



NOVELA ROMÁNTICA

# MANUAL

*de seducción*

*Lee Vincent*

**MANUAL**  
*de seducción*  
*Lee Vincent*®

PRIMERA EDICIÓN AGOSTO 2017  
WHITE LOTUS HOUSE PUBLISHING

En ruta al destino

© Lee Vincent

SafeCreative: 1708243356203 (Obra registrada el 24 de agosto de 2017)

Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción de esta obra de manera parcial o total sin el consentimiento de su autora.

**Contacto:**

Email: [leevincentauthor@gmail.com](mailto:leevincentauthor@gmail.com)

Blog: [www.desdemiescritorio.info](http://www.desdemiescritorio.info)

Facebook: Lee Vincent Escritora

Twitter: @AutoraVincent

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Por lo que cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, marcas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

“No es suficiente conquistar,  
se debe aprender a seducir”,  
*Voltaire*

**Dedicatoria:**  
*A todas esas mujeres que alguna  
vez se han roto la cabeza  
intentando seducir a un hombre.*

## Preámbulo

—Solo quiero que le rompas el corazón, Pat.

Al escuchar la confesión de mi amiga, Ariana, en medio de su perturbada sonrisa, especulé en que ya su Cosmopolitan, cargado de alcohol, comenzaba a surtirle efecto. Razoné en que tal vez sus hormonas estaban alteradas por la llegada de su período menstrual o que algún medicamento le había dañado la mitad de sus neuronas, o peor aún, que la muy granuja estaba gastándome una broma. Una burla muy pesada, por cierto. Absorbí un poco de mi Margarita para apaciguar mi mente.

Solté un suspiro cansado. Ariana llevaba quince minutos tratando de convencerme sobre su maquiavélico plan.

—Lo que me pides es una locura —dije.

Agité mi trago mientras me acomodaba en el taburete frente a la barra. Preferí distraer mi mente con los chicos que había a nuestro alrededor. Unos ejemplares muy atractivos, pero que no despertaban en mí un genuino interés más allá de deleitarme con sus traseros. Por el momento no aspiraba a ninguna relación. Estaba dedicada a cumplir mi sueño, la publicación de mi primer libro.

—¿Me vas a escuchar? —preguntó como si se tratara de una niña que requería atención.

Odiaba cuando acudía a su actitud pueril. Había logrado colmar mi poca paciencia, así que estuve a punto de iniciar una ronda de insultos bastante subidos de tono. No sería la primera vez que le soltaba unos cuantos improperios, aunque no me sentía orgullosa de ese hecho. Recordé que cuando culminamos la secundaria, la muy bruja habló con uno de los chicos del equipo de ajedrez de la escuela para que fuera mi pareja durante el baile de graduación. Odié esa noche como ninguna otra. Permitir que ese chico, con ganchos en los dientes y granos en la cara, anduviera detrás de mi trasero durante toda la celebración acabó sepultando mi reputación. Yo, que no había sido muy agraciada entre mis compañeros, por mi carácter empollón, con aquella compañía sellé mi suerte. Por eso, después de esa afrenta, le reclamé con palabras ofensivas.

—Anda —me instigó, empujándome con el codo—. Podrías probar las teorías de tu libro antes de lanzarlo. Puedes hacer tu experimento con Roig y

de una vez destruirlo —sonrió con sorna—. Sabes que podría hablar con mi padre, y en un abrir y cerrar de ojos tu libro sería publicado por la mejor editorial del país.

Arthur McKeinn, el padre de Ariana, era el accionista mayoritario de Butterfly Publishing hacía dos años, pero no mantenía una relación muy estrecha con su hija tras abandonar a su familia por un amante. Según mi amiga, se veía con su padre en contadas ocasiones, así que no tuve claro cómo lograría interesarlo en mi manuscrito, aunque, después de todo, si Ariana lograba esa hazaña yo alcanzaría mi sueño. Me vi firmando libros en Barnes & Noble, en el 555 de la Quinta Avenida en Nueva York, con una fila interminable de lectores anhelantes frente a mí.

—Deja de chantajearme con ese tema, Ariana —desistí.

Por muy tentadora que sonara la oferta no me parecía sensata. Me tenía hasta las narices con esa promesa de que hablaría con su padre. Hacía tres meses que había terminado el manuscrito y en todo ese tiempo mi querida amiga no movió una uña a mi favor.

—Hace unos días entraste a mi apartamento suplicando porque te ayudara —mencionó—. Estoy buscando la oportunidad de hablar con mi padre.

—Pues le estás poniendo un precio muy alto a tu ayuda.

Me giré para observar su cabellera negra y ondulada, y sus hermosos ojos azul turquesa. ¿Por qué me pedía esa locura cuando era tan hermosa? Era capaz de romperle el corazón al tal Roig Alexander con tan solo pestañear un par de veces. ¿Desde cuándo ese hombre se había convertido en su obsesión? No la culpo del todo. El hombre está como para comérselo y disfrutarlo sin prisa, pero de eso a que hubiese monopolizado cada acción de mi amiga, no lo podía comprender.

Roig Alexander era el principal oficial de la compañía desarrolladora de software para la que trabajábamos, no como ingenieras, sino como asistentes de administración. O sea, alguien que se encarga de hacer el trabajo duro del jefe, velar sus espaldas, enviar regalos de aniversarios y cumpleaños y, por si fuera poco, cobrar una octava parte de lo que ganaba el aludido.

Vi que Adriana jugó con un cigarrillo entre sus dedos y agradecí que la Ley Antitabaco, que acababan de aprobar en Palo Alto, no le permitiera encenderlo en el interior del bar.

—Ahórrate el sermón —me dijo al verme mirar el pitillo—. Siento que si no fumo sufriré un colapso nervioso.

Sonreí con malicia. Tal vez era hora de hacer algo radical por ella.

—Si yo acepto escuchar tu propuesta, tu prometes no fumar durante el resto de la noche.

Un poco de manipulación no venía mal. Ariana devolvió el cigarrillo a la cajetilla con resignación y de ahí a su bolso.

—Soy toda oídos —dije con una sonrisa cándida.

—Sabes que he estado saliendo con Roig hace casi un mes, aunque sé que no soy para nada su compañera exclusiva. —Inició con un quejido bastante lastimero—. Las primeras citas fueron fabulosas, pero después de una noche de sexo fue como si se esfumara todo interés por mí.

Hice una mueca. Había escuchado demasiadas historias similares. Los hombres quieren sexo y las mujeres quieren amor. Así que cuando el hombre logra lo que desea va a su siguiente conquista. En principio, cuando me di cuenta de que ese era el juego dudé, pero ya se han probado mis hipótesis: al hombre le encanta cazar, se siente acorralado cuando lo persiguen, y más que unas largas y delineadas piernas, necesita un cerebro que lo desafíe.

Lamentablemente no todas las mujeres eran capaces de enfrentar una relación así porque a todas nos han acondicionado a: hombre guapo, si tiene dinero mucho mejor, noviazgo, petición de mano de rodillas, matrimonio y, luego, la cereza del pastel, hijos, preferible una parejita.

—¿Puedes creer que le he enviado mensajes de texto, correos electrónicos, le he dejado mensajes en el parabrisas de su auto y no ha querido contestarme? Lo último fue que le exigió a su secretaria que no me permitiera la entrada a su oficina.

—Si una desquiciada me dejara papelitos en el parabrisas creo que haría exactamente lo mismo. —Absorbí el resto de mi Margarita de un solo sorbo.

—¡Te odio!

—¿Por decirte la verdad? Pensé que la amistad estaba basada en la sinceridad.

—El asunto es que quiero vengarme. En todo este tiempo ha salido con dos chicas más. Lo sé porque lo he seguido.

—¿Qué has hecho qué? —Tuve que asirme de la superficie de la barra al escuchar su confesión.

—Sí, una es contable de una firma en el centro y la otra es una maestra de primaria. ¿Puedes creerlo? Una maestra de primaria aburrida y sin gracia. Creo que es activista ambiental y no se rasura las axilas.

La imagen mental me provocó náuseas.

—Bueno... —dije con tono resignado—. Si Roig es como dices,

coleccionará a distintas mujeres. Eso es parte de la diversión.

—Gracias por el aliento que me infundes —me contestó, melodramática.

—Te daré un consejo, olvídate de ese engreído y trata de centrarte en ti y en tus intereses. Busca distraerte. Clases de música, *CrossFit*... ¡Qué se yo! Tal vez así conozcas a alguien.

—¡No! —golpeó la superficie de la barra con el puño cerrado—. Quiero aplastarlo como a una cucaracha.

—Ariana, las obsesiones son peligrosas. ¿No has visto la película *Atracción Fatal*? Hazme caso y olvídate de ese tipo.

—Quiero destruirlo.

—Pues conmigo no cuentas.

Ariana hizo un puchero, gesto muy característico cuando quería salirse con la suya.

—He visto cómo varios chicos se han desquiciado por ti, Pat. — comentó —. Sin proponértelo los pones a tus pies. Aquel piloto, ¿cómo era que se llamaba?

—Víctor Rivera.

—No sé cómo lo rechazaste. Dicen que los latinos son los mejores amantes. ¿De dónde era?

—Puerto Rico. Lo dejé por mujeriego. Ahora estuviera yo con un cuerno en cada ciudad.

—Pat, solo te pido una ayudita. Lo conoces, aplicas esas reglas de las que siempre hablas, y luego lo mandas a volar. Le destruyes el corazón.

Ariana tomó su servilleta y la chascó hasta dejarla hecha una bola irreconocible. ¿Desde cuándo mi amiga se había convertido en una psicópata?

—Y entonces te prometo hablar con mi padre para publicar tu libro.

La idea no comenzaba a cuadrarme, aunque a medida que mi amiga me iba describiendo las sinvergüencerías del hombre, más gana sentía de aplicarle mi *Manual de Seducción*. Moví mi pierna con ansiedad en un meneo intermitente. Quizá, como decía Ariana, me vendría bien aplicar unas cuantas estrategias antes de lanzar el libro y de paso ganarme un jugoso contrato con *Butterfly Publishing*, una de las editoriales más prestigiosas del mundo.

—No sé si estoy a punto de atravesar las puertas del infierno —dije y sonreí mostrando más bien una mueca—. Un mes. Lo que pueda lograr en ese tiempo.

—¡Perfecto! —Ariana aplaudió con entusiasmo en un gesto demasiado



añado como para no capturar algunas miradas a nuestro alrededor—. Espero que le dejes el corazón hecho añicos, amiga. Todas mis apuestas van a ti. ¡Acabemos con ese mujeriego! —Levantó su vaso para sellar el pacto.

Y así empezó esta historia, que no sabía el rumbo que tomaría, hasta que descubrí que el amor no tiene manuales.

# Capítulo Uno

*La ley de la atracción comienza con la indiferencia*

*Él*

Cuando estacioné el auto en el lugar que me correspondía sentí unas ganas inmensas de regresar por el mismo camino que hacía unos minutos me había llevado hasta allí. Hacía varias semanas tenía esa sensación de hastío, de que nada me importaba en realidad. Sabía el motivo, pero no quería pensar que mi comportamiento melancólico se debía a que aún extrañaba a Katherine. No debería importarme, pero me importaba. Tenía que superar ese episodio a como diera lugar. Solté todo el aire de mis pulmones, me miré en el espejo retrovisor y me sonreí a mí mismo.

—Sonrisa fingida —me dije cuando vi aquella mueca—. ¿A quién quiero engañar?

En ese momento sentí el móvil vibrar en el bolsillo de mi chaqueta. Cuando comprobé la hora en el panel del auto supuse de quién se trataba. ¿Cuándo aquella mujer se daría por vencida? Lo más difícil de las conquistas es cuando las desea terminar.

De todas formas, revisé el mensaje de texto.

Laura:

*“Te deseo un lindo día, aunque ya no desees contestar mis llamadas. Me encantaría que pudiésemos hablar. Estaré en mi apartamento en la noche. Espero verte”.*

Su comportamiento era tan patético que me exasperaba. A ese ritmo tendría que cambiar el número del móvil. Esta sería la tercera ocasión que recurría a esa alternativa en menos de un año. Tomé mi maletín para dirigirme a la oficina. Tan pronto entré en el despacho del último piso eché de menos a mi secretaria, pese a que la recepcionista la consideraba una mujer muy capaz, pero Susy era mi mano derecha. Comprendía mis exigencias, mis arrebatos y además tenía una excelente cualidad, la discreción.

—Señor Alexander, buenos días —me saludó Pebble, la recepcionista,

con una cálida sonrisa.

No comprendía de dónde esa mujer sacaba aquellas increíbles ganas de vivir en medio de la tragedia que enfrentaba, una sentencia de muerte debido a su resquebrajada salud. Quizás debería aprender de ella y no vivir tan hastiado.

—Buenos días —contesté entre dientes.

—La señora Anderson acaba de llamar para informar que está lista para la reunión.

Continué caminando hacia mi despacho.

—Dile que mejor voy hasta su oficina —contesté, antes de esconderme en mi guarida.

A veces me gustaba salir de mi zona de confort y desplazarme por las oficinas de los otros pisos. Como CEO de la compañía no podía estar ajeno a la operación de la empresa. Dejé mi maletín, y tomé mi libreta de apuntes y mi tableta para dirigirme al piso tres.

Cuando llegué, la guapísima, Ruth Anderson, me esperaba en la recepción de su oficina. Era una mujer muy atractiva, pero lo más que destacaba ante mis ojos era su sagacidad para los negocios. En una que otra ocasión se me había insinuado con descaro, pero había dejado pasar sus comentarios directos por evitar confrontaciones en el trabajo.

—Bienvenido, señor Alexander —me dijo al estrechar mi mano con firmeza.

—Gracias, Ruth. —La seguí a la sala de reuniones, un recinto más reducido que el de mi oficina, pero decorado con igual ostentación. Me dejó ocupar la cabecera de la mesa. Imaginé que quería reconocer mi autoridad.

Después de discutir varios asuntos, la mujer salió del despacho para buscar unos documentos y yo aproveché para curiosear en mi móvil. Una foto de una rubia hermosa, que hacía dos días acababa de conocer en el gimnasio, me alegró el día. Esta chica quería jugar con fuego y yo estaba dispuesto a quemarla. Era cuestión de días para que se sumara a mi lista.

—Mi secretaria traerá un café para mí —me anunció Ruth a su regreso—. ¿Desea algo? ¿Agua? ¿Té?

—No, estoy bien. Muchas gracias. —Aparté el móvil para centrar toda mi atención en la reunión.

Continuamos sin interrupción hasta que apareció una chica de cabello castaño, atado en una cola de caballo. Me fijé en que cuando dijo los “buenos días” ni tan siquiera se inmutó en mirarme. Tenía sus uñas pintadas de un

tono rosa subido que me pareció muy sexy. Creo que tengo un fetiche con las uñas de las mujeres. Es imposible no fijarme. Continué escrutándola, tenía una figura menuda, pero curvilínea. De esta manera distinguí unos pechos bastantes generosos, una cintura estrecha y unas caderas pronunciadas. Era guapa, concluí al final.

Cuando se giró para marcharse me convencí de que era hermosa. Entonces, tuve una idea. No sabía si sería genial, pero a mí me pareció extraordinaria.

### *Ella*

**P**ara cuando regresé a la oficina el lunes estaba involucrada en la locura que me había propuesto Ariana. Tenía un mes para romperle el corazón a un donjuán, que se creía el dios Eros en la tierra. Cuando me bajé de mi sedán observé de reojo que el flamante BMW del individuo ocupaba el espacio de CEO de la empresa. Si quería hacer algo contundente, más no evidente, era mejor que apurara mis pasos.

Cuando llegué al piso tres vi el trasero de mi jefa entrando a la sala de juntas. Miré mi reloj, otra vez me retrasaba por quince minutos. Caminé de puntitas para que no se percatara de mi tardanza, pero la astuta mujer se giró para sonreírme justo cuando alcancé mi escritorio. Llevaba un modelo Armani de color vino que le sentaba como un guante sobre su estilizada figura.

—¿Otra vez tarde, Pat? —canturreó al observar su reloj de pulsera—. A este ritmo tendré que enviarte a recursos humanos.

—Tuve un inconveniente con el auto.

No estaba bien mentir, pero tampoco estaba bien quedarse sin trabajo, sin apartamento, y vivir en la miseria. Sonreí para suavizar el momento.

—¿Cuántos cafés necesitas?

—Solo uno, Roig odia el café.

¿Había escuchado bien? ¿Estaría Roig Alexander allí? La vida no podría irme mejor. Ruth Anderson se enfiló hacia la puerta de la sala de juntas, pero antes de entrar volvió a girarse.

—¡Apúrate, Patricia!

La mujer entró a la sala y yo me metí en mi cubículo buscando la estrategia del encuentro. Tuve que calmarme porque juro que las manos

comenzaron a sudarme. «Tranquila, esto es pan comido. Piensa en el contrato y en el adelanto de las regalías», me dije, pero cuando ya casi conseguía ralentizar mi pulso, a fuerza de unas respiraciones que aprendí en una clase de meditación asiática, la alarma del móvil sonó anunciando un nuevo mensaje de texto.

Ariana:

*“¿Ya llegaste? Cuando llegué no vi tu coche en el estacionamiento”.*

Pat:

*“Se me hizo tarde”.*

Ariana:

*“Como siempre. ¿Tienes la estrategia?”*

Pat:

*“Pensé en que sería fabuloso tirarlo por la ventana de su oficina”.*

Ariana:

*“No seas idiota”.*

Pat:

*“Entonces, déjame pensar. Por el resto del día no me llames ni me envíes mensajes. Si hay algo nuevo, yo me comunico”.*

Ariana:

*“λ Entendido”.*

Dejé mi móvil sobre el escritorio para ir a preparar el café. Antes de entrar en la sala de juntas, me aseguré de que mi sostén estuviera en su lugar para que se me vieran los pechos más abultados y que mis labios color rosa estuvieran humectados. Caminé como una mujer fatal y después de dos toques en la puerta escuché que mi jefa me autorizaba la entrada.

De primera intención apliqué una estrategia infalible que formaba parte de mi manual: la indiferencia.

—Buenos días —dije, pero de forma casual. Ni tan siquiera levanté la vista para mirarlo.

En ese momento imaginaba que se trataba de aquel joven ajedrista que me acompañó a mi baile de graduación.

—Buenos días —su voz se escuchó con fuerza en todo el salón—. ¿Es nueva?

Me molestó que se dirigiera a mi jefa y que no recordara las veces que nos habíamos cruzado en el ascensor. Entonces, debo admitir que cometí un error. Alcé la vista para encontrarme con sus ojos oscuros y su cabellera morena. Usaba un traje sastre a la medida, de color gris, y exhibía una risita sardónica que me desconcentró por unos segundos. Sin dejar de mencionar que estaba muy cómodo en la butaca frente a la mesa y eso me permitía una vista perfecta de sus músculos.

Advertí mi desliz y me recompuse al desviar la mirada. El maldito hombre era un adonis, pero yo no estaba allí para evaluar su figura, sino para destruirlo como la terrible cucaracha que era. Pensé en Butterfly Publishing y en el cuantioso contrato por la venta de los derechos de mi libro. ¿Mi problema? Era ambiciosa sobre la posibilidad de convertirme en la próxima Paulo Coelho.

—Pat lleva con nosotros... —Mi jefa fue incapaz de recordar—. ¿Cuánto tiempo, querida? ¿Ocho meses?

—Nueve meses.

—La rescatamos de una agencia de empleo temporero.

La declaración de Ruth me pareció un insulto, pero mantuve mi gesto inexpresivo. ¿Rescatada? De pronto me sentí como esos perritos y gatos a los que tantos mimos les daba durante mis horas voluntarias en el centro de control de animales de la ciudad.

—¿Se le ofrece algo más? —Empleé un tono cortante. Quería salir de allí de inmediato. Estaba quedando como una fracasada frente al hombre y eso no tenía nada estratégico.

—No, Pat —dijo Ruth con un ademán—. Puedes retirarte.

Salí de esa batalla un poco desmoralizada, pero por una primera ofensiva fallida no se perdía la guerra. Necesitaba más indiferencia. Tal vez con diez barriles quedaría reivindicada.

Tesis: #6 Actúa como si fueras un galardón.

*Ella*

**L**a reunión parecía que no terminaría nunca. Ya iba a ser casi mediodía y el encuentro no daba señales de culminar. Miré mi reloj con ansiedad. En quince minutos tomaría mi hora de almuerzo y perdería la oportunidad de un segundo encuentro con el donjuán.

—¿Almorzamos? —la voz de Billy Edward a mis espaldas hizo que me sobresaltara.

—¡Me vas a matar de un susto! —Le pegué un manotazo en el hombro—. Eres un imbécil.

—Pocas personas lo saben, así que no se te ocurra difundirlo —dijo, a la vez que se acariciaba el hombro para aplacar el dolor.

Billy era un hombre de treinta años, muy apuesto y con una personalidad exquisita. Se había convertido en uno de mis mejores amigos después de una confesión muy reveladora de su parte, amaba a un hombre tan apuesto como él. Habían sido pareja por casi cinco años, pero el muy traidor lo abandonó para irse a París en busca de nuevas oportunidades. Hacía seis meses que habíamos iniciado una hermosa y sincera amistad.

—Baja tu trasero del escritorio —le advertí—. El gran jefe está reunido con Cruela de Vil. —Sabía que no estaba bien, pero así llamábamos a mi jefa.

—No me digas. —Billy se irguió para acomodarse la corbata y alinear los anteojos de pasta oscura—. ¿Cómo estoy?

—Como todos los días.

—Eso quiere decir que estoy bello.

Se dejó caer en el sofá de espera y cruzó las piernas.

—Será mejor que me esperes en el vestíbulo —le pedí.

—¿Y perderme ese festín? Jamás —dijo con movimientos rebuscados—. Pocas veces se ve a un hombre como Roig Alexander. Es como un pudín de calabaza. —Se relamió.

Lo tomé de la mano para que se levantara, justo en ese momento se abrió la puerta de la oficina y la figura de dos metros del gran jefe apareció. Billy tenía sus manos apoyadas en mi cintura. Al notar el rostro severo de Roig Alexander nos distanciamos con prisa.

—Te espero abajo —dijo Billy simulando una voz grave y masculina pocas veces empleada por él—. Permiso.

Lo vi retirarse por el pasillo y pude imaginarme que corría hacia el ascensor.

—Señor Anderson, tan pronto tenga el informe se lo haré llegar —dijo mi

jefa batiendo sus pestañas más de lo debido.

Se rumoraba que vivía arrastrada por aquel hombre, pero que Roig la mantenía a raya.

—Procura que esté en mi despacho antes del miércoles al mediodía, Ruth —dijo Roig pero se detuvo frente a mi escritorio antes de irse—. Las relaciones en horas de trabajo están prohibidas —me advirtió en voz baja.

Agradecí que mi jefa se hubiera encerrado en su oficina.

—Lo siento, señor Alexander.

—Espero que no se vuelva a repetir.

Asentí un poco avergonzada.

—Así será.

No me costó otro remedio que acudir al aspecto servil que tanto odiaba. Si quería que él no se llevara la peor impresión era preferible pasar como una ingenua. Sonreí como una tonta. Eso siempre funcionaba, pero esta vez la mirada airada del hombre me desconcertó.

—Hasta luego —dijo y desapareció por el pasillo.

Acababa de perder la segunda oportunidad de atraerlo. ¿Qué me pasaba? ¿Acaso todas las teorías de mi manual eran un simple espejismo? Mi única certeza era que mataría a Billy apretando su cuello lentamente y eso sería antes de culminar nuestro almuerzo.

### *Ella*

Cuando regresé del almuerzo había logrado vencer la tentación de matar a Billy y no había sucumbido al deseo de revelarles el proyecto en el cual estaba embarcada. Pensaba que entre menos personas supieran, más efectivo sería el ataque.

—Dime qué ha pasado algo —escuchar la voz ansiosa de Ariana al otro lado del teléfono de la oficina no me reconfortó—. Ya son casi las dos. Lo vi llegar de almuerzo. Hablaba sonrientemente por el móvil. Lo más seguro con una de sus amiguitas.

Me convencí de que Ariana estaba perdiendo el juicio y yo increíblemente iba en la misma dirección.

En eso el intercomunicador sonó.

—Te dejo —susurré—. Cruela me llama.

Tomé el aparato.



—Dime, Ruth.

—Necesito que lleves unos documentos a la oficina del señor Alexander.

—Enseguida.

Otra oportunidad. La vida me quería demasiado. Como decían que la tercera iba la vencida, me preparé para ganar esta batalla. Ruth me dio una carpeta y un sobre, junto a un sermón de que el asunto en cuestión era extremadamente confidencial, casi como un archivo clasificado.

—No quiero que te detengas a hablar con tus amiguitos de los otros pisos, ¿entendiste?

A pesar de que hacía un mes había cumplido veintiséis años me sentí como un crío. Faltaba que mi madre me mandara a buscar de Michigan para pegarme unos cuantos correazos.

—Entendí. —Solté un suspiro frustrado y caminé hacia el ascensor.

En el interior del aparato conté hasta cinco, ponderé gritar para dejar salir mi frustración, pero luego recordé que había cámaras en el interior, así que levanté mi mano y les envié un saludo a mis amigos de seguridad. Martin y Steve eran geniales.

Pocas veces había visitado el piso dieciocho con sus suelos de mármol y sus cerraduras de color oro. Tan pronto estuve frente a las puertas de cristal toqué el timbre. Tras varios intentos fallidos por fin alguien se dignó contestarme.

—¿Quién? —dijo una voz masculina y ruda.

—Soy Patricia Campbell —dije sin dejar de apretar el botón del intercomunicador—. Vengo a traerle unos documentos al señor Alexander, de parte de la señora Ruth Anderson.

—Pase.

Después de superado el control de acceso, caminé muy erguida hasta la recepción, pero no vi a nadie. ¿Dónde estaba la mujer pelirroja que se suponía atendiera a los visitantes?

—Buenas tardes —dije para ver si alguien aparecía, pero todo parecía tranquilo, demasiado sereno. ¿A dónde fue a parar el hombre que me permitió acceso?

Sentí unos pasos a mis espaldas y me giré para encontrarme con un par de ojos negros. Sonreí como una idiota, pero lo único que conseguí fue que se me acercara un rostro parco.

—Disculpe, señor Alexander. No encontré a la recepcionista.

—Pebble está de almuerzo, y mi secretaria, Susy —hizo una pausa para

mirar su reloj de pulsera—, debe estar en este momento en la sala de parto del hospital Sutter.

Le extendí la carpeta. Ojeó el contenido y suspiró con hastío.

—Venga conmigo —me dijo. ¿Qué se proponía?

Caminé tras de sí hasta que atravesamos un pasillo que nos condujo a una recepción aún más suntuosa que la primera. Comprendí que aquella era su oficina.

—Espéreme en la sala de reuniones —señaló hacia una puerta doble de madera pulida—. Enseguida estoy con usted.

No tuve más opción que seguir sus instrucciones. La sala tenía una mesa de madera refulgente que ocupaba el centro. Alrededor doce sillas se alineaban perfectamente. Más allá una pantalla enorme se exhibía en la pared. Un ventanal con una vista increíble sobre Palo Alto atrajo mi total atención. Me acerqué al cristal, pero al sentir vértigo me aparté.

—¿Le tiene miedo a las alturas, señorita? —dijo Roig cuando entró de improviso a la sala. Ahora llevaba una computadora portátil y su móvil—. Puede sentarse.

Ambos ocupamos nuestros lugares a la misma vez. Él a la cabeza de la mesa y yo a su diestra con el ventanal de cristal a mis espaldas. Abrió el expediente y para mi sorpresa vi mi currículum en sus manos. ¿Qué significaba aquello?

—Tiene usted un currículum impresionante, señorita Campbell —reconoció—. Podría aspirar a una posición de mayor envergadura. Licenciada en administración de empresas con un master en mercadeo. ¿Qué hace aquí, señorita Campbell? ¿Es una especie de espía industrial?

Ante su ingenio no tuve otro remedio que sonreír.

—Me es conveniente este trabajo. No puedo dedicarle más de seis horas al día.

—¿Niños?

Pensé si esa pregunta era legal, incluso si aquella entrevista era legítima.

—No —contesté de forma parca.

—Imagino que Ruth le explicó que, debido a que mi secretaria estará fuera algunas doce semanas, por el asunto de la maternidad, estamos entrevistando posibles candidatos para el puesto. —Levantó la vista para mirarme de forma perspicaz—. Será solo de forma temporal.

—La señora Anderson no tuvo tiempo para explicarme en detalle de qué se trataba.

—Me alegra saber que defiende las espaldas de su jefa. Ella no pudo explicarle porque no estaba enterada. Tiene usted muy buen sentido de la discreción. El cincuenta por ciento del éxito de un asistente es actuar con prudencia y mesura, aunque el desliz con su novio...

—No es mi novio.

—Pensé que...

—Es mi mejor amigo. Billy Edward trabaja en el cuarto piso, en el departamento de sistemas.

Si quería avanzar con mi proyecto lo primero que tenía que dejar claro era que no había ningún prospecto a la vista. Esa oportunidad de ser su secretaria me había caído del cielo.

—Me dijo que solo puede trabajar seis horas.

—Sí, cuido a mis abuelos por las tardes.

—Muy noble de su parte.

—No es nobleza, es mi deber.

Tuve dudas de si ese último comentario me había alejado de mi objetivo o me había acercado. El hombre seguía adentrándose más en la información de mi perfil profesional.

—Es voluntaria en el centro de control de animales de la ciudad. Una actividad muy admirable, señorita Campbell. Estudió música. ¿Violín?

—Chelo, pero ya no lo práctico tanto.

—¿Le gusta escribir?

—Sí, pero no presumo de eso.

Quería distraerlo. Pensaba que no era conveniente que hiciera preguntas adicionales sobre el tipo de escritura que desarrollaba.

—Forma parte del Club 4H.

Roig me miró fijamente con un semblante que no alcancé a descifrar.

—O es usted una magnífica mujer o es una gran mentirosa.

Lo miré estupefacta ante su descaro. Me acababa de insultar en mis propias narices. ¿Qué se suponía que hiciera?

—Lo iremos descubriendo por el camino. —Cerró el expediente y me extendió su mano firme y cálida—. La espero mañana a las ocho de la mañana. Soy muy quisquilloso con la puntualidad.

Se levantó para escoltarme a la salida.

—Cuando salga marque el dos, cuatro, seis, cinco, y asterisco —me indicó en el pasillo—. Me encargaré de que mañana tenga su propio código de acceso.

—Muchas gracias, señor Alexander.

—No sé si felicitarla o compadecerla. Descanse hoy, mañana comienza su calvario. —Con esa promesa se perdió en el corredor.

Estuve allí un par de segundos en lo que recomponía mi mente. ¿Cómo había ido a parar en esa situación absurda? Cuando llegué a la salida se me había olvidado el código, pero con suerte el joven encargado de la limpieza me permitió salir. Regresé a mi cubículo con la cara desencajada. No había manera de que todo eso acabara bien.

Imposible que ganara la guerra metiéndome como peón en territorio enemigo. Saldría trasquilada. Tal vez era el momento de abortar la misión.

Tesis #... No hay tesis sobre esta guerra.

## Capítulo Dos

Tal vez el león no es tan fiero como lo pintan

*Él*

Cuando atravesé la puerta de la casa de mis padres, en el exclusivo sector de Montain View, me llené de valor para enfrentar lo que vendría. Julie, la ama de llaves, me recibió con la espontaneidad de siempre y con un surtido de mis dulces favoritos sobre una bandeja.

—Que no se entere tu madre, Roig —me advirtió con una sonrisa conspiratoria.

—Como siempre, será nuestro secreto —dije tras guiñarle un ojo.

Caminé hasta la sala y me dejé caer en el sofá frente a la imponente chimenea. Acomodé mi cabeza en uno de los cojines egipcios y evoqué detalles del pasado día de trabajo. Después de todo, me sentía complacido con mi decisión de reclutar a la señorita Campbell como mi asistente.

Debía admitir que la encontraba irresistiblemente atractiva. Su manera de reaccionar a mis comentarios, su sagacidad para salir de apuros y su discreción con los asuntos. Recordé sus delicados dedos transitar sobre el teclado de su computadora. Conjeturé sobre la sensación de aquellas uñas rasgando mi espalda desnuda y tuve que contenerme para que mi deseo no se hiciera evidente. Su perfume me atraía como si se tratara de una trampa. Sonreí al imaginarme mucho más en mi oficina.

—Hijo —la voz de mi madre a solo pasos de distancia me llevó a incorporarme de inmediato. Odiaba que me recostara en sus cojines de colección—. Qué bueno que hayas venido.

Mi madre, Claudia Alexander, era una mujer con una presencia muy distinguida y elegante. Se había encargado de hacerse una imagen de mujer aristocrática que la había llevado alcanzar los círculos más selectos de los poderosos de California y estados aledaños. Manejaba tres organizaciones internacionales, sin fines de lucro, que brindaban ayuda a países subdesarrollados. Su pecunia personal, una suma bastante considerable, provenía de la renta de una cantidad de propiedades que le habían heredado sus padres. Dinero que administraba mi padre y que lo había convertido en uno de los magnates inmobiliario más sobresalientes en el oeste de los

Estados Unidos.

—Tu padre no vendrá a cenar —me dijo cuando se sentó en una butaca cercana después de besarme en la mejilla y escudriñar mi rostro—. Te ves un poco alicaído, cariño.

—Se debe a que tengo mucho trabajo.

—Te trasnochas demasiado con tus amigos. No sé qué hacen día y noche en esos clubs.

No saciaría su curiosidad.

—Camile Strauss me dijo que te vio en el club de la marina acompañado de una chica. ¿Quién era?

El problema de vivir en Palo Alto era que casi todos los del “jet set” se conocían.

—Una amiga —dije.

A mi madre le encantaba indagar en mi vida personal, pues desde lo ocurrido con Kathy pensaba que vivía arrestándome de dolor. En principio fue así, pero ahora solo me divertía con las mujeres y descargaba a través del sexo mis incontables frustraciones.

—¿Y papá? —intenté desviar el tema.

—Ya sabes, sus reuniones de negocios duran hasta tarde —hizo un mohín que me indicó que ni ella misma creía en esas fortuitas reuniones de negocios a horas nocturnas.

Siempre he sabido que esas juntas tienen nombres, y largas y estilizadas piernas. Mi madre se ha resignado a la doble vida de mi padre. Para ella es más importante mantener el estatus quo frente a sus allegados, que enfrentar un divorcio contencioso. Aunque lo ocultaban, sospechaba que hacía años hacían vidas separadas. Incluso dormían en distintas habitaciones.

—Becky debe estar por llegar y tu abuela bajará tan pronto se termine de arreglar —dijo.

Natalie Alexander era la madre de mi padre. Una mujer distinguida, de un carácter férreo. Criada en medio de estrictos convencionalismos, se proyectaba como una mujer difícil de acceder, pero conmigo era distinta. En muchas ocasiones había sido mi cómplice como la vez que le dije que estudiaría ingeniería electrónica y no me haría la mano derecha de mi padre. Ese día me ovacionó con emoción y me dio parte de mi herencia para que costeara la universidad. Decisión que mi padre jamás le perdonó.

Nuestro idilio duró hasta el día que le manifesté a la abuela mi intención de casarme con una mujer divorciada. Para ella, Katherine Beauchamp no se

merecía un prospecto como yo. No sé si fueron sus ruegos a los altos comandos del cielo o sus deseos, pero a casi dos años de aquella relación, terminamos. Kathy se había enamorado de Ernest Williams, un idiota científico que había conocido cuando culminaba su maestría en la universidad. No solo se había fijado en él, sino que me confesó que se había acostado con el tipo. Poco le faltó para decirme que aquel dios del amor la había satisfecho como ningún otro.

Fue difícil enfrentarme a tal humillación. Después del primer impacto tuve que repasar en qué cosas había fallado. Luego me resigné, hasta convencerme de que no se trataba de mí, sino de que ella era una mujer inconforme. Con el tiempo, no quise involucrar mis sentimientos en nuevas relaciones. Ahora solo buscaba pasarla bien y disfrutar del sexo, así que cuando las mujeres querían más que eso me retiraba. Y ellas siempre querían más que sexo.

—¿Y Erika? —pregunté por mi hermana mayor.

—Natanael tuvo su primera cita para el asunto de las vacunas y tiene fiebre.

Nataniel era mi sobrino menor. Un recién nacido que me tenía enamorado, amor que me duraba hasta que me babeaba las camisas o me vomitaba en el hombro. Gracias al cielo que lo veía una vez al mes. No entendía cómo mi hermana podía lidiar con esos dos torbellinos. La mayor se llamaba Clarissa, una niña de dos años y medio, caprichosa y parlanchina, pero con una carita de ángel irresistible.

—Becky invitó a Katherine a la cena de compromiso —la confesión de mi madre fue como si hubieran soltado una granada sobre mi cabeza.

En todo ese tiempo había evitado un encuentro con Kathy.

—No entiendo a Becky —dije, crispado—. Ya esa mujer no forma parte de la familia

—Sabes que las une una gran amistad. Gracias a Dios que la convencí para que desistiera de la idea de pedirle que fuera su dama de honor.

Resoplé. A veces pensaba que mi hermana menor me odiaba.

—Le hice ver que eso sería una afrenta para ti. Su rompimiento está muy reciente. Un año no es suficiente para que los chismosos se olviden.

—A mí ya no me importa. —Recurrir al orgullo siempre era una de mis mejores estrategias.

—Acaba de confirmar que irá a la cena con Ernest —dijo mi madre tanteando la situación.

Tuve que disimular la ira, pero no pude evitar tensar la mandíbula y

fruncir el ceño.

—Que vaya con quien desee.

—Sé que te duele porque la querías.

—Mamá, no empecemos —me exasperaba que insistiera—. Si vine a cenar fue para buscar la invitación de la boda de Becky en persona, pero si pretendes torturarme será mejor que me vaya.

Me levanté del sofá dispuesto a abandonar la casa de mis padres. Desde que había roto con Kathy pocas veces los visitaba porque el tema del rompimiento del compromiso se convertía en algo recurrente.

—Solo me preocupo por ti, Roig —dijo mi madre a mis espaldas. Estaba determinada a seguirme hasta la puerta—. Me encantaría que conocieras a una linda chica y formaras una familia. No es bueno que estés solo, hijo. Eres un hombre guapo, con un buen trabajo...

—No necesito una mujer para ser feliz —me giré para enfrentarla antes de llegar al zaguán.

—Sabes que ese ir y venir de mujeres no es bueno. Hay muchos peligros. Enfermedades...

—No soy un crío, mamá. Sé muy bien lo que hago.

—Solo deseo lo mejor para ti —me acarició el brazo con cariño.

—Jovencito —la voz de mi abuela, proveniente de la escalera, me detuvo—. ¿te vas sin saludarme y sin cenar? Parece mentira.

La observé descender hasta el último peldaño con su gracia y estilo, pese a sus ochenta y cuatro años, y desistí de mi idea de huir.

### *Ella*

—¡Eres mi heroína! —Tuve que alejarme el móvil de mi oreja tras el grito excitado de Ariana. La imaginaba dando brincos en la sala de su apartamento—. Es increíble. Lo tendrás todo el día a pasos de ti. Así te enterarás de todas sus andadas y llevarás a cabo el plan con éxito. Amiga, tienes que contarme hasta el más mínimo detalle.

Esa última aseveración no me pareció ética. Una cosa era tenderle una telaraña al donjuán y otra muy distinta atentar contra mi trabajo.

—Tengo que dejarte —le dije. Prefería que no añadiera más a sus locuras—. Voy a servirle la comida a mis abuelos.

Miré en dirección a mi abuela paterna cuando acabé la llamada. Adele



Campbell se veía tan frágil y serena en su mecedora que me conmovió. Sus casi noventa años no habían borrado su cara de felicidad y su amor por mi abuelo. Adolfo Campbell era fuerte, aún conservaba el temple de un comandante del ejército estadounidense. Solía decir que con noventa y dos años aún podía valerse por sí solo. Recordé que hacía unos años mi padre tuvo que quitarle su carné de conducir y regalarle a mi sobrino mayor su auto. Una época difícil y triste porque el abuelo se pasaba las tardes llorando; se negaba a hacerse viejo.

—Niña, ¿qué hay de comida para hoy? —me preguntó el abuelo.

—Un puré de papas y un hervido de carne, delicioso.

—¿Hay postre? —me preguntó la abuela

—Pudín de guineo.

—¿Lo preparó Camile? —insistió abuela.

Asentí. Camile era la nueva esposa de mi padre, pero mi abuela aún no la aceptaba. No era una mala mujer, pero mi abuela, como ferviente católica, no reconocía las segundas nupcias.

—Pues no quiero nada que venga de esa mujer.

—Tu siempre hablando disparates, Adele —refunfuñó el abuelo—. Las personas van a la iglesia a perder el tiempo. Te pasas todo el día con el rosario en la mano y mira cómo te expresas.

Estaba segura de que comenzarían una nueva discusión, por eso apuré el paso, serví la cena y me dediqué a hablar de política. ¡Error!

—Ese hombre viene a reformar la patria —dijo el abuelo en medio de la cena.

—A perseguir a todo el que no crea como él, Adolfo. ¿No te das cuenta?

—Mujer, apenas ha comenzado. Déjenlo trabajar.

—Suficiente con la estúpida idea de construir el muro con México y su alianza con Rusia —dijo la abuela.

—Estados Unidos debe proteger sus fronteras —insistió el abuelo mientras yo le limpiaba la boca con su servilleta.

—¿Y por qué no hace lo mismo con Canadá? —dijo mi abuela con gran astucia.

—No pretenderás que haga dos muros a la vez, mujer. Primero el de México y luego el de Canadá.

—Los republicanos no saben gobernar —refutó ella con indignación.

—Siempre que los republicanos estamos en el poder Estados Unidos prospera.

—Guerras y dinero es lo que buscan ustedes.

—Y ustedes, los demócratas, mantengo y vivir del gobierno.

A esas alturas me sentía como una bola de tenis en medio de ambos. Pensé en que no había un tema de convergencia entre uno y otro. Me preguntaba cómo en medio de tanta hostilidad habían superado casi setenta años de matrimonio.

Encontraba divertido sus desencuentros, pero me asustaba que en medio de esas álgidas discusiones mi abuela le tirara con su bastón o que el abuelo le dijera algo impropio. Lo más hermoso de todo fue que, antes de dejarlos en su cama, listos para dormir, se dieron un beso de buenas noches.

Tuve que contener las lágrimas. Aquellos viejitos eran la pareja a la cual yo aspiraba. Qué pena que Ralph nunca lo hubiese apreciado. Cerré la puerta y antes de irme me despedí de Sandy, la enfermera que estaría cuidándolos durante la noche.

Caminé hasta mi auto en medio de un aire nostálgico, de cuando se acerca el otoño. ¿Algún día encontraría un amor tan firme y sincero como el de Adele y Adolfo? Rogaba porque así fuera.

### *Ella*

**M**i día empezó fatal. Lo primero, madrugué antes de que la alarma del despertador sonara. Por lo regular suelo cancelarla varias veces hasta que me doy cuenta de que estoy justo para llegar a tiempo, pero ese día me sentía nerviosa. No por Roig Alexander, sino por el reto que supondría estar a la altura del puesto. Nunca había trabajado como asistente de un ejecutivo principal de una empresa. Mi último trabajo había sido como asistente de ventas en una empresa menor. Después de eso había tenido un par de trabajos temporeros que no correspondía a mi formación, hasta que llegué a las manos de Ruth Anderson en OXY Software. Tenía mucho que agradecerle a Cruela de Vil, pues ella me había enseñado el buen manejo de una oficina y el protocolo empresarial.

Imaginaba cómo sería la responsabilidad de este nuevo cargo. Atender las llamadas internacionales; la agenda de Roig, que seguramente era un caos; su exigente rutina de trabajo; mantener al día los archivos y, por si todo eso fuera poco, jugar a la seducción.

Eso último estaba por descartarlo. Prefería no arriesgar mi posición en la

empresa. Había luchado mucho por ocupar un lugar permanente que me asegurara seguro médico y unos cuantos días de vacaciones pagas.

Encendí la cafetera y acaricié a mi gata, Augusta, una felina mixta multicolor. Ronroneó ante mi tacto, pero se arrellanó en su diminuta cama para indicarme que ya no precisaba de mis mimos. A veces pensaba que los gatos eran muy afortunados, no se apegaban a ningún afecto. Vivían a su entera conveniencia.

Cuando la tetera comenzó a silbar la retiré del fuego. Entonces, escuché el sonido de un nuevo mensaje de texto.

Adriana:

*“Te deseo que hoy tengas grandes avances para destruir a R.A. Cambio y fuera”.*

De primera intención no logré identificar a qué se referían las iniciales, pero caí en cuenta que eran del nombre de Roig Alexander. Resoplé cansada y decidí apurarme. Prefería llegar a la oficina antes de las ocho para que cuando el donjuán atravesara el pasillo me encontrara a tiempo, lista para llevar a cabo sus órdenes.

Pero nada salió como lo planeé. Como olvidé el código de acceso, tuve que visitar la oficina de recursos humanos. Allí una mujer muy incompetente tuvo que llamar a seguridad, los de seguridad a operaciones y por poco piden asistencia al Pentágono para asignarme un bendito número. Miré mi reloj, que marcaba las ocho y tres, y me convencí de que cuando Roig notara mi tardanza saldría por la puerta trasera de la empresa con mi carta de despido bajo el brazo.

Al fin identificaron el código de acceso y pude llegar hasta el lugar que sería mi espacio de trabajo por las próximas semanas. Me senté en la butaca, pero me sentí como una intrusa al ver las fotos de la secretaria de Roig. Susy tenía una linda familia, compuesta por un esposo de escasa cabellera y tres hijos. O sea, que estaba por parir su cuarto retoño. Resoplé ante la idea de manejar a cuatro chicos en estos tiempos.

Acomodé mi bolso en uno de los cajones y me dediqué a buscar los códigos de acceso del ordenario con el departamento de informática, asunto que se complicó cuando el jefe del área envió a mi amigo Billy para ayudarme.

—Esto es lo que yo llamo salto con pértiga. Del piso tres al dieciocho en un abrir y cerrar de ojos —comentó Billy a la vez que me sacaba de mi silla—. Necesito espacio, *chéri*.

Me agradaba el acento francés que empleaba para referirse a mi persona. Sonaba muy musical y sexy. Retiré mi cappuccino para evitar que se virara sobre el terminal.

—Decisión inteligente —dijo, mientras se arremangaba la camisa.

Vi sus dedos recorrer el teclado con rapidez mientras hizo unas muecas que no comprendí. Lo admiré, pensando en que no había nadie mejor que él en el dominio de los sistemas. Sentí que mi cuerpo se tornó rígido al ver la figura de Roig Alexander.

Su rictus, árido y a la vez severo, me dejó ver que le disgustaba la presencia de Billy.

—Buenos días, señor Alexander —dije para disminuir la tirantez.

—Buenos días. —Vi que apenas movió los labios.

—Buen día —dijo Billy sin percatarse de la tensión que de pronto se había apoderado del espacio.

—La espero en mi oficina, señorita Campbell.

—Enseguida.

Busqué mi libreta de anotaciones y mi agenda para seguirlo. Su oficina era amplia y varonil. Un lugar en donde predominaban los colores oscuros y los detalles en cuero genuino. Un enorme escritorio de madera ocupaba el centro, acompañado por una imponente butaca, parecida más a un trono que a un mobiliario ejecutivo. Me interesó la amplia estantería de libros de referencia en temas administrativos y de ingeniería. Detuve mi atención en los trofeos de golf sobre una ménsula de madera y cristal.

—No se deje impresionar —dijo cuando se retiró la chaqueta para dejarla en el espaldar de su butaca—. Eso reconoce mi filantropía, no mis destrezas. —Escuchó un par de mensajes en su contestadora a la vez que me hacía señas para que tomara asiento frente a su escritorio.

Así descubrí que su nueva conquista se llamaba Laura Collins y que lloriqueaba porque hacía días que intentaba contactarlo, pero no obtenía ninguna respuesta. Fue vergonzoso escuchar los ruegos de la mujer. Roig cortó los mensajes dejando ver que le repugnaba su actitud.

—Pensé que ayer fui suficientemente claro sobre lo que espero de usted —dijo y se dejó caer en la butaca.

—No sé a qué se refiere.

—Su novio.

—Le dije que no es mi novio.

—¿Qué hace en su computadora?

—Facilitarme los códigos de acceso.

—Espero que no me esté mintiendo.

—No tengo por qué hacerlo.

—Si la señorita Laura Collins llama dígame que estoy muy ocupado y que no puedo atenderla. Jamás me pase una llamada suya.

—Jamás le pasaré una llamada que no autorice.

—Perfecto. Nos vamos entendiendo.

—¿Algo más? —pregunté. Me urgía salir de allí.

—Por el momento me gustaría que me consiga una línea directa con Andrew Howard, nuestro director en la sucursal de Irlanda. Puede conseguir su número en el directorio de Susy. Hoy Pebble —Hizo referencia a la recepcionista—, llegará más tarde de lo usual, pero también puede darle instrucciones para que la ayude en caso de que se sienta agobiada con sus obligaciones.

—Lo tendré en cuenta.

Me levanté para marcharme. La presión de la personalidad de ese hombre me abrumaba, pero confiaba en que pronto me acostumbraría.

—Por cierto, señorita Campbell, envíe un arreglo de flores al hospital Sutter con un globo de niño a nombre de Susana Simmons.

Me alegré de que todo hubiese salido bien durante el parto de la secretaria. Cuando iba a agarrar el picaporte me giré para mirarlo. ¿Por qué cometí tamaña imprudencia? Se veía tan guapo escribiendo, concentrado en su trabajo, que aparté la vista. Intenté convencerme de que era un donjuán y que, aparte de ser su secretaria temporera, sería la que le destruiría su afamada carrera como mujeriego.

Tesis #37: Que él crea que tiene el control.

### *Ella*

**L**a jornada de trabajo pasó sin darme cuenta. Gracias a la ayuda de Pebble pudimos culminar las tareas a la hora acordada. La mujer resultó ser muy competente y conversadora, asunto me que agradó, puesto que tendría en quien confiar los asuntos de trabajo.

Pebble Madison tenía alrededor de cuarenta años. Pelirroja, soltera —lo sabía porque lo había escuchado en los comentarios de pasillo— solitaria y con una tristeza perenne en su mirada.

—Roig se ve un poco duro, pero en realidad es muy buena persona —me dijo cuando tomábamos el almuerzo en el pequeño comedor de la oficina—. Eso sí, es muy exigente con el tiempo de trabajo.

—Me he dado cuenta. ¿Por qué no consideraste hacerle las vacaciones a Susy?

—Te confieso que no me gusta ese tipo de responsabilidad. Además... —Se tomó su tiempo para continuar—, mi salud es un poco frágil y necesito ausentarme con frecuencia para visitar al médico.

No suelo ser indiscreta, así que no abundé en el tema y me concentré en mi almuerzo.

—Tengo lupus —dijo al rato y escruto mi rostro para comprobar mi reacción.

Escuchar una confesión como esa me dio lástima. De lo poco que sabía había escuchado que la enfermedad afectaba los órganos del cuerpo de forma agresiva.

—¿Estás estable? —Fue lo único que se me ocurrió preguntar.

—Sí, el médico me ha dicho que puedo hacer mi vida de forma normal. —Sonrió con cierta tristeza.

—Creo que la ciencia ha avanzado mucho y que pronto encontrarán una cura.

—¡Ojalá!

Cuando faltaban cinco minutos para mi salida, Roig me requirió en su oficina. Esta vez llevaba la corbata floja y el cabello un poco revuelto le caía sobre la frente.

—Antes de que se retire me gustaría que cancelara una mesa en el restaurante *Le Blanc* —me pidió.

¿Acaso canceló con una de sus amantes? Me sentí intrigada.

—Por supuesto, señor Alexander. ¿Algo más?

—Agradecerle por su eficiencia. Sé que la carga de trabajo suele ser abrumadora.

No me incomodaba la intensidad de la carga de trabajo, me agobiaba su personalidad, sus modos y su manera de manejar ciertos asuntos. Lo vi gritar y exigir por algo que no salió bien y reír ante una conversación con su hermana informándole sobre las ocurrencias de sus sobrinos.

—Pebble ha sido de gran ayuda —comenté.

—Me alegra saber que ha encontrado una aliada. Descanse.

—Igual, señor Alexander.

Culminado mi primer día de trabajo me convencí de que estaba cada vez más lejos de ejecutar el loco plan de Ariana, pero más cerca de ganarme una mejor posición en la empresa. Tal vez no lograba seducir a un donjuán ni mucho menos publicar un libro con una prestigiosa editorial, pero sí demostrar mis competencias profesionales.

Suspiré cuando alcancé el interior de mi auto, pero un texto de Ralph me indicó que la dicha y la felicidad jamás duran para siempre.

### *Ella*

**L**o peor de romper con un obseso era que no entendía el significado de “se acabó”. Apuré mis pasos para discurrir por la acera que daba acceso al Flying Bar del aeropuerto de Palo Alto. Aquel había sido nuestro lugar de encuentro desde que nos tropezamos hacía dos años. Y fue literalmente eso, un tropezón. Nos conocimos en este mismo aeropuerto. Él regresaba de culminar sus estudios en Virginia Tech y yo de unas estupendas vacaciones con mi madre en las cuales recorrimos los Grandes Lagos y cruzamos la frontera con Canadá para visitar las Cataratas del Niágara. Fue también un viaje muy doloroso, eran las primeras vacaciones en las cuales no nos acompañaba papá y, aunque ninguna hizo referencia a ese tema, en el ambiente se sentía un velo de nostalgia.

Cuando conocí a Ralph Miller apliqué todas las técnicas que estaba comenzando a esbozar para cuando publicara mi primer libro, *Manual de Seducción*. Digamos que él fue mi primer conejillo de india. Algunos hombres son muy predecibles, pese a que se pasan la vida haciéndonos creer que no. Así que cuando vi a ese guapetón de cabello rubio y ojos azules sonreírme, me lancé. Debo decir que el éxito se cumplió al pie de la letra y se comprobaron mis cuarenta y tres primeras tesis de un total de cincuenta y ocho.

Sin embargo, algo salió mal. Ralph nunca dejó de lado su creencia en las uniones libres y yo perdí todo interés de inmediato. Entendí que teníamos objetivos diferentes y me fui hartando hasta que empecé a alejarme, lo peor que hice porque entonces él se obsesionó.

Allí estaba, al final del bar, sentado en un taburete frente a la barra con una cerveza en la mano mientras miraba la pantalla del televisor, en la cual se reflejaba un partido de *football*. Me acerqué despacio, rogando que al fin

decidiera entender que nada salvaría nuestra relación.

—Hola —lo saludé con un beso en la mejilla.

Debo admitir que lo más encantador que tiene Ralph es su sonrisa, una combinación de chispa y seducción muy atrayente. Tomé asiento a su lado y pedí una cerveza.

—¿Mucho trabajo? —preguntó, a la vez que jugaba con el borde la botella.

—Sí.

—¿Tus abuelos?

—Están bien. Hoy no los tuve que cuidar. Mi padre me dio la tarde libre.

—Me alegro.

—Y tú, ¿cómo estás?

Se tardó unos segundos en contestar.

—Empacando. —Lo miré sin entender—. Me ofrecieron una plaza como ingeniero mecánico en Panamá y la acepté.

No esperaba encontrarme con esa noticia. Es difícil porque cuando compartes tantas cosas con una persona en el fondo no dejas de quererla y todavía sentía algo por ese hombre, algo que no era amor, pero sí un gran afecto.

—Me alegro mucho que tengas esa oportunidad, Ralph. Has trabajado mucho para eso.

Se giró en el taburete para mirarme directamente.

—Ven conmigo. —Me ofreció.

Tuve que absorber un poco de cerveza para disimular mi desconcierto.

—Estoy dispuesto a casarme, Pat.

Estuve a punto de estrellarle la botella de cerveza en la cabeza. Tantas veces que le había pedido formalizar y ahora, justo cuando todo se había ido al cuerno, me proponía matrimonio. Me rasqué la barbilla y busqué calmar mi furia al fijar mi mirada en una pareja que compartía a nuestro lado. Algo me decía que saliera de allí corriendo, pero que antes lo mandara al diablo. Opté por contenerme.

—No creo que sea una decisión inteligente, Ralph.

—¿Acaso no eras tú quien decía que el amor no hay que pensarlo, sino sentirlo? Casémonos. Tengo una semana para finiquitar todo y viajar.

¿Pretendía que organizara una boda en una semana? Había perdido el juicio y yo estaba por perder la paciencia.

—No, Ralph. No voy a casarme contigo.



—¿No era eso lo que querías? —Levantó las manos exasperado—. No logro entenderte.

—Aquí no se trata de lo que yo quiera. Un matrimonio es una unión entre dos personas que están completamente convencidas de que no importa lo que pase permanecerán unidas. —Hice una pausa para sosegarme—. Además, tú no crees en el matrimonio.

—Estoy dispuesto al sacrificio.

—No quiero sacrificios.

Me levanté del taburete, dejé un billete sobre la barra y me acomodé el bolso en el hombro para salir.

—Te deseo todo el éxito y la felicidad que te mereces, Ralph.

Salí de prisa, tan de prisa que tropecé con algunos clientes. Alcancé la acera con la garganta ardiendo y los ojos húmedos. Cuando logré llegar a la intimidad de mi auto me desbordé en un llanto estremecedor. No entendía mi estado cuando yo misma había deseado con ansias que Ralph acabara su asedio. Tal vez se debía a la certeza de que jamás volvería a verlo.

# Capítulo Tres

*“No te tengo miedo”*

*Ella*

**E**l viernes entré al edificio decidida a terminar con aquella locura que Ariana pretendía que yo ejecutara. Saludé a Martin, el empleado de la recepción, y caminé de prisa hacia el ascensor. Mi sorpresa fue inmensa al encontrarme con mi jefe en el interior. Ese día llevaba gafas oscuras y un traje de color azul marino que lo hacía más atractivo aún.

—Buenos días, señor Alexander —balbuceé.

Poco faltó para que tuviera que recoger mis propias babas.

—Buenos días, Pat.

¿Cuándo pasé de ser señorita Campbell a Pat? No me atreví a reclamarle frente a los demás empleados. Me tuve que acomodar en una esquina porque el ascensor iba repleto. El mutismo en el reducido espacio me extrañó, pero siempre sucedía que cuando uno de los “grandes” se subía a ese aparato los empleados tomaban distancia y precaución. En la medida que fuimos dejando pasajeros pude acomodarme mucho mejor y desde el piso dieciséis hicimos el recorrido solos.

—No sabía que todos los empleados fueran mudos —dijo Roig tras soltar una carcajada. Le sonreí al pensar lo mismo—. ¿Tan insoportable soy?

—Me parece que se debe a que le tienen respeto.

Me recosté de la pared de fondo al igual que él.

—¿Miedo? —Se giró para mirarme de una manera bastante extraña—. ¿Tú también me tienes miedo?

Esa última pregunta me tomó por sorpresa porque empleó un tono almibarado que jamás había utilizado conmigo. Desvié la mirada por temor a que mis ojos me delataran y descubriera que lo encontraba irresistiblemente atractivo.

—No, yo no le tengo miedo, señor Alexander.

—Me alegra saber eso porque necesitamos trabajar en confianza.

Gracias al cielo las puertas del elevador se abrieron, pude respirar aire libre y me sentí a salvo. Mi pulso palpitaba con un ritmo diferente, pero se lo atribuí a la altura. Me escoltó hasta mi sitio para darme unas instrucciones y luego se encerró en su oficina. Momento que aproveché para enviarle un

texto a Ariana.

Patt:

*“No cuentes conmigo para ejecutar el plan”.*

Ariana:

*“¿Qué paso? Todo estaba bien”.*

Patt:

*“No voy a arriesgar mi trabajo”*

Ariana:

*“Entonces no esperes a que hable con mi padre para que publique tu fiasco de libro”.*

Hice una mueca de disgusto y lamenté no tenerla de frente para golpearla. La quería mucho, había sido mi amiga desde la universidad, pero sabía de lo que era capaz con tal de salirse con la suya. Así que, si había dicho que no me ayudaría con la publicación de mi libro, lo haría.

Suspiré buscando la mejor estrategia para apaciguarla.

Pat:

*“Me preocupa mi trabajo”.*

Ariana:

*“Se ve que ese libro tuyo es un fraude. Si no logras atrapar a R.A. quedará probado que por mucho que te hayas esmerado en escribirlo, no sirve”.*

Maldije mi suerte y decidí ignorarla, pero a los diez minutos contrató.

Ariana:

*“Si abortas la misión, te declararé la guerra”.*

Pat:

*“Buscaré otra estrategia”.*

Adriana:

*“Mucho mejor”.*

Intentaba ganar tiempo, por eso me proyecté algo más sosegada. En eso sonó el intercomunicador.

—Pat, necesito que consigas el contrato de JB. Por favor, verifica que sea el más reciente. Si no lo encuentras en el archivo, puedes pedir copia a la división legal.

—De inmediato, señor Alexander.

Diez minutos después entré en su oficina con la copia el documento. Lo ojeó desde la comodidad de su butaca con las piernas cruzadas y la corbata floja. Como de costumbre, se había quitado la chaqueta para darle espacio a una camisa blanca muy bien almidonada que dejaba ver los músculos de sus brazos.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

—No... —contesté con torpeza y me dirigí a la puerta.

—¿No ha llamado Laura?

¿Laura? ¿Cuál Laura? Caí en cuenta que me estaba preguntando por la loca histérica que le dejaba mensajes en la contestadora.

—No, desde anteayer no ha mantenido contacto.

—Tal vez ya se dio por vencida. Siempre pasa lo mismo. Unos días de lloriqueo hasta que se hastían y terminan por dejarlo a uno en paz.

Escucharlo hablar de manera tan despectiva me indignó. Hablaba como si para él fuera muy normal desilusionar a una mujer. Disimulé mi enojo y salí del despacho con la idea de que, después de todo, aquel imbécil se merecía que le aplicasen las cincuenta y ocho tesis de mi manual una por una. Eso haría en justicia a todas las mujeres heridas por aquel canalla.

Tesis #44: No te muestres insegura.

### *Ella*

**E**sa noche, después de cuidar a los abuelos, me encerré en mi apartamento para continuar viendo mi serie favorita, House of cards. Me faltaban varios capítulos para terminar la tercera temporada, sin embargo, cuando estaba muy cómoda en mi colchón, el gusano de la consciencia me gritó que la guerra se ganaba con tácticas, pero se requería disciplina, por eso

busqué mi manuscrito. Era hora de repasar y delinear una estrategia. Del lunes en adelante no le daría tregua al donjuán.

Hice algunos apuntes, estudié los puntos fuertes y los puntos débiles de la situación, me hablé a mí misma frente al espejo y me convencí de que en menos de dos semanas lo tendría comiendo de mi mano. Temí que el personaje de Frank Underwood hubiese reencarnado en mí.

El sábado estuve todo el día limpiando el apartamento. Lo bueno de vivir sola era que todo se mantenía más o menos ordenado, lo malo era que no había división de tareas. Cuando acabé, casi a las siete de la noche, recibí un mensaje de Billy.

Billy:

*“¿Un par de copas en el View Palace?”*

El View Palace era el lugar de moda en donde solo podías disfrutar de dos cocteles porque si te arriesgabas a un tercero dejabas el sueldo de una semana. Empezando por la tarifa del estacionamiento y culminando por la propina a los camareros. La única vez que había ido a ese lugar fue también por invitación de Billy. Allí se reunía el “jet set” californiano. Según mi amigo, podías tener la suerte de encontrarte con alguna estrella hollywoodense, aunque debo admitir que yo no había resultado afortunada.

Pat:

*“No creo. λ Estoy muerta”.*

Billy:

*“No seas aguafiestas y vístete. Paso por ti en una hora”.*

Arrastré los pies hasta la ducha para relajarme bajo el chorro de agua. Lamenté que ya hubiese hecho compromiso, era preferible permanecer allí por horas, aunque la factura alcanzara una suma impagable.

Tal y como prometió, Billy estuvo frente a mi puerta a las ocho. Vestía un impecable traje de color azul metálico y llevaba su cabello oscuro parado en puntas. Se veía fabuloso, por eso no me extrañaba que siempre tuviera una nueva conquista.

—Te ves estupenda, *chéri* —me dijo cuando me besó la mejilla después de darme una vuelta—. Seré la envidia de todos los que no sepan que soy

gay.

Soltó una carcajada.

—¿No has pensado que puede ser contraproducente que te vean conmigo?  
—le pregunté cuando descendíamos al primer piso del edificio.

—Hoy no ando en plan de conquista. —Entrelazó mi brazo con el suyo—. Esta noche saldré con mi mejor amiga.

Llegamos al View Palace justo a tiempo, antes de que llegara el tropel de personas que invadió el lugar media hora después. Gracias a eso nos acomodamos en sendas butacas con vista al área más exclusiva de la ciudad. Lo que me gustaba de ese lugar era que la estructura quedaba expuesta al aire libre, aunque no quería pensar si llegaba un aguacero de improvisado.

—¿Te enteraste? —me preguntó Billy.

—¿De qué?

—Leslie, la del piso cinco, está saliendo con mi jefe.

—¿Leslie? No creo que la conozca.

—Claro, fue la misma que cogieron con el pasado jefe de recursos humanos debajo del escritorio.

Recordé que aquella chica tenía una larga historia laboral que dejaba mucho que decir.

—Y a ti, ¿cómo te va con el gran jefe?

—Bien, es exigente, pero ya me estoy acostumbrando.

La sonrisa de Billy en su rostro no me agradó.

—¿No te ha invitado a salir? —preguntó mientras se comía la aceituna de su Martini—. Me imagino que no ha perdido el tiempo. Eres preciosa, tal y como le gustan a él. Pechos generosos y trasero respingón. Sin dejar de lado tu hermoso rostro.

Lo miré con ira. Me molestaba cuando me hacía parecer una mujer fatal. Siempre había tenido un concepto de mí misma como alguien normal, aunque mi padre decía que era la mujer más hermosa del universo. Claro, se trataba de mi padre. Además, eso mismo decía de mi hermana mayor. Sin embargo, admito que debía tener cierta gracia porque algunos hombres insistían en llamar mi atención.

—Me concentro en el trabajo.

—Si yo tuviera un jefe que estuviera tan bueno como ese Alexander no saldría de debajo de su escritorio dándole placer.

De tan solo imaginarme la escena se me hizo algo grotesca. No me parecía algo sexy ver a dos hombres... Cancelé el pensamiento.

—Lo digo por ti, no por mí —aclaró.

Hice una mueca de burla. Billy coqueteaba con cualquiera que le pareciera del sexo masculino.

—Necesito ir al baño —dije.

Buscaba distraerlo para que dejara el tema. Capaz y me sacaba la verdad de mi proyecto. Prefería refugiarme en el baño por unos minutos.

Cuando regresé del lavabo me detuve en la barra para pedir una botella de agua. Pensé que, de acuerdo a los precios del lugar, podrían cobrarme un día de trabajo.

—Buenas noches, señorita Campbell.

Me giré cuando me pareció conocida aquella voz a mis espaldas y allí estaba el más sexy de todos los donjuanes. Esta vez se había vestido con una camisa suelta y un pantalón oscuro. Llevaba el cabello un poco revuelto, lo que lo hacía ver más sensual aún.

—Buenas noches —saludé con cierta sorpresa.

—¡Qué casualidad encontrarte aquí!

—Es el lugar de moda.

Alcancé la botella de agua que el chico de la barra había dejado.

—Sí, es muy agradable. —Hizo una pausa para fijar su mirada en mi bebida—. ¿No me digas que eres abstemia?

Negué con la cabeza.

—¿Un trago? —me ofreció.

—Muchas gracias, pero debo volver a mi mesa. Buenas noches, señor Alexander.

—Buenas noches, Pat —escuché que dijo entre dientes.

Tesis #9: Jamás demostrar que estás interesada.

### *Ella*

**E**l lunes estrené nuevo uniforme, un conjunto de color vino que me sentaba a la perfección, me dejé mi melena de color castaño suelta y me maquillé acentuando el color ámbar de mis ojos.

Había aprendido que cuando te arreglas pensando en conquistar a un hombre llevas toda las de perder. Las mujeres deberíamos arreglarnos para sentirnos bien con nosotras mismas, esa seguridad la irradiábamos y los lobos rapaces caen como corderitos. Pero en esta ocasión me vestía como si fuera

un soldado listo para la guerra.

Grande fue mi sorpresa cuando lo vi entrar a su oficina del brazo de una mujer hermosa de cabello oscuro. Sollozaba un poco histérica mientras él buscaba consolarla. Acomodé mis cosas y me senté frente a mi ordenador para poner la agenda al día, aunque en el fondo quise pararme de puntillas frente a la puerta con la oreja pegada. La curiosidad me estaba consumiendo.

—Esa es la tal Laura Collins —me susurró Pebble cuando se acercó a mi escritorio—. Un poco patética. ¿No te parece?

—Pobre.

—¿Quién la manda a fijarse en un mujeriego como nuestro jefe?

—Algunas mujeres tienen complejo de restauradoras.

Vi que al rostro de Pebble se asomó una sonrisa.

—Ese complejo lo perdí a los veintiocho años cuando encontré a la basura de mi novio en nuestra cama con mi mejor amiga. Le di múltiples oportunidades después de descubrir sus aventuras, pero esa última fue demasiado.

—Lo siento —dije.

—Fue lo mejor que me pudo ocurrir. Abrí los ojos y extendí mis alas. Desde ahí me he dedicado a recorrer el mundo y a conocer distintas culturas.

Eso me pareció muy inteligente y mucho más práctico que amargarse la vida.

El ruido del intercomunicador nos sobresaltó a ambas.

—Señorita Campbell, ¿podría venir un momento? —me pidió Roig.

—Voy enseguida.

Dejé lo que estaba haciendo, me despedí de Pebble, me alisé el uniforme y entré a la oficina. La mujer continuaba sollozando mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo que supuse era de Roig.

—Dígame —le dije a mi jefe.

—Laura necesita que usted le consiga un taxi.

Pobre desgraciada. Se veía tan ridícula llorando frente al dios de la indiferencia que quise abofetearla para que reaccionara. Con su actitud lo único que estaba consiguiendo era que Roig le impidiera la entrada al edificio de forma definitiva, cambiara el número del móvil, y si la cosa empeoraba, tomara un vuelo con destino a Siberia con tal de no verla nunca más.

Tesis #13: La dependencia emocional desencanta.



## *Ella*

**D**espués del incidente con la histérica de Laura Collins, en el cual tuvieron que intervenir los chicos de seguridad, la oficina recobró una relativa calma que de vez en cuando era interrumpida por el teléfono. Al mediodía intentábamos sacar un informe que requería la central de Inglaterra, por lo que se nos atrasó la hora de almuerzo.

—Puedo mandar a pedir comida italiana —me dijo Roig—. Aquí al lado hay un restaurante muy bueno.

Se había pasado gran parte de la mañana merodeando cerca de mi escritorio, verificando la ortografía de los documentos y dictándome párrafos interminables.

—Puedo saltarme la hora del almuerzo y salir antes —dije sin apartar mis rápidas manos del teclado.

—¿Tan torturante te resulta almorzar conmigo? —su voz se volvió melosa.

—No es eso, señor Alexander —contesté un poco ansiosa— Me preocupa que el informe llegue a tiempo.

—Ya nos falta poco. Veinte minutos de almuerzo no harán gran diferencia.

—Entonces, lo ordeno enseguida —dije.

—Lo haré yo. —Su mano sobre mi brazo me hizo sentir un corrientazo de emoción—. Perdón, no debí...

Me mantuve callada para no darle pie a caricias futuras. Era preferible que se convenciera de que no me arrastraría tras sus bóxers. Acostumbrado a que las mujeres le besaran los pies, una muestra de rechazo lo haría reflexionar.

Tesis #17: No te hagas la interesante, sé interesante.

## *Ella*

—**T**e vi con él en el club —me dijo el gran jefe durante nuestro almuerzo en el comedor de la oficina.

Estábamos solos, pues Pebble se había excusado para visitar a su médico. Su tono casual no me dejó descifrar si estaba disgustado o intrigado.

—Aunque insistas en asegurar de que no son pareja, se ven muy bien juntos.

No contesté de inmediato sopesando qué era preferible, dejarle saber que

estaba soltera o dejarlo que se rompiera la cabeza. Opté por lo último, así que me concentré en los *rotinis* con camarones que tanto me fascinaban.

—No sabía que cocinaran tan bien en ese lugar —diserté cambiando el tema de forma radical—. Está delicioso.

—Si uno se deja llevar termina con varios kilos de más —dijo.

Estaba convencida de que ese hombre no tenía exceso de grasa en su cuerpo; era todo músculo y fibra. Evité demorarme en esos pensamientos por temor a que pudiera descubrirme. Si era sincera debía admitir que de vez en cuando me había deleitado mirando su trasero y que una que otra vez también se me había hecho la boca agua cuando se quitaba la chaqueta ante mí.

—Eres de las pocas mujeres que comen con apetito. Casi siempre las mujeres son algo remilgosas por el asunto del peso.

—Tengo un metabolismo que siempre corre a mi favor y dos veces a la semana hago *spinning*.

—Una chica que se cuida.

—Digamos “una chica que le gusta mucho la comida y sí, teme subir de peso, por eso hace ejercicios”.

—No serás de las que vomitan.

Le torcí la mirada. Ese tema era muy doloroso para mí, pues mi hermana mayor, Elizabeth, había sufrido trastornos alimentarios en su juventud. Una condición que por poco le cuesta la vida. Fue un infierno que tuvimos que pasar juntos como familia, pero que logramos vencer.

—Perdón, a veces digo las cosas sin pensar. —Su disculpa me pareció sincera.

—Nunca he padecido de trastornos alimentarios, pero alguien que conozco sí. Prefiero no hablar de eso.

Continué comiendo, pero no con el mismo apetito. Parece que Roig lo advirtió porque intentó reanimar la conversación, sin éxito alguno.

Esa tarde, cuando llegué a casa de mis abuelos, me alegró encontrarlos en el huerto posterior a la residencia. Los observé a distancia sin que se percataran de mi presencia mientras escuchaba sus anécdotas. De esos viejos tenía que aprender tanto, que le pedí a Dios que me los dejara un tiempcito más.

# Capítulo Cuatro

“La dignidad sobre todo”

*Ella*

A mitad de semana, después de mi clase de *spinning*, me encontré con mi hermana mayor, Elizabeth. Era cirujana en el hospital El Camino desde hacía casi una década. Esa noche le había tocado hacer guardia, así que me había pedido que nos reuniéramos en la cafetería de la clínica.

Después de darme una ducha ligera en el gimnasio, fui directo a verla, pues me preocupaba que el asunto de su matrimonio todavía estuviera en un limbo. Estaba casada con un hombre estupendo, que le llevaba unos cuantos años, pero el asunto de la edad no los había afectado hasta este momento. La verdad era que Mike Fredman le llevaba veinte años y ya mi hermana estaba por cumplir cuarentaidós. Tenían dos hijos, mis adorados sobrinos, los gemelos Tina y Sam. Hacía un año que los chicos no vivían con sus padres porque se habían ido a estudiar a sus respectivas universidades. Sospechaba que ese vacío había hecho mella en el matrimonio.

Cuando atravesé el pasillo hacia la cafetería de la clínica vi a un par de médicos que de pronto me hicieron sentir enferma. ¿Desde cuándo trabajaban aquellos especímenes tan guapos allí? Tendría que visitar más a menudo el hospital. No supe por qué el rostro de Roig Alexander se coló en mi mente como si se tratara de un puntillazo. Me reprendí de inmediato.

Tan pronto atravesé la puerta me encontré con Elizabeth en una de las mesas. Tenía el rostro alicaído y su cabello atado en una coleta. Pese a la diferencia abismal de edades, mi hermana mayor era para mí un ejemplo a seguir. Lo bueno de tener una hermana que te llevara dieciséis años era que siempre te trataba como su consentida.

—Qué bueno que pudiste venir —me dijo cuando me besó—. ¿Café? ¿Bocadillo?

—Acabo de salir de una clase de *spinning*.

Sonrió, pero vislumbré lo que me pareció una mueca triste.

—Mike dejó la casa anoche.

Advertí que la crisis era peor de lo que sospechaba. No esperaba encontrarme con esa sorpresa, así que tuve que acomodarme en la silla.

Apoyé los codos sobre la mesa y aguardé un poco buscando las palabras precisas.

—¿Te dio alguna excusa para esa decisión?

—Tiene a otra mujer —sollozó un poco, pero de inmediato se limpió las lágrimas con una servilleta—. Te llamé porque los chicos no lo saben todavía. Tampoco he querido preocupar a mamá y a papá. Ellos ya tienen sus propios rollos. Además, no me animo a contárselo a nuestros amigos.

—Te comprendo. —Apreté su mano—. Sabes que puedes contar conmigo.

—No sé qué hacer, Pat.

—¿Estás segura de que tiene a otra mujer?

—¿Qué otra excusa puede tener un hombre que abandona su hogar para irse a una habitación de hotel?

—Tal vez está abrumado por la ausencia de Tina y Sam.

—No creo. De pronto empezó a perder interés en todo. Yo lo amo, Pat.

—Lo sé, cariño. —Le acomodé un mechón de cabello que se había escapado de su coleta—. Dale un poco de tiempo.

—¿Y si me pasa como mamá? ¿Y si me abandona por otra?

Suspiré e intenté no recordar una de las etapas más difíciles de mi vida. Hacía cinco años que Peter Campbell, mi padre, había recogido su ropa para mudarse de casa. Dejó todo por una mujer que conoció por Internet. Mi madre por poco enloquece, pero el dolor no dura para siempre. A los dos años inició su transformación y con sesenta y cinco años ahora se sentía renovada y feliz. Incluso había conseguido un nuevo domicilio lejos de todo y había hecho una nueva vida en Michigan, cerca de la frontera con Canadá.

—Es todo muy prematuro, Elizabeth. Debes darle tiempo.

—No sé cómo se lo voy a decir a los chicos.

—Es preferible que esperes algún fin de semana en el cual puedan reunirse todos. Mike debería participar.

—Me siento horrible. Me cuesta llegar a casa.

—No quiero que te sientas sola. ¡Hagamos algo! ¿Por qué no vienes unos días a mi apartamento?

Mi *loft* no era una estructura de cinco mil pies cuadrado, como la casa de Elizabeth en uno de los sectores más exclusivo de la ciudad, pero podría suministrarle el calor y consuelo que necesitaba.

—Lo pensaré.

Hice una mueca.

—Me encantaría que me acompañaras.

—No quiero interrumpir tu intimidad. Tal vez hay un chico...

—Ningún chico.

La imagen de Roig Alexander regresó a mi mente.

—Te quiero, Pat.

—Yo también. —Le besé la mejilla—. Promete que te irás unos días conmigo.

Esperaba que mi ofrecimiento le sirviera de consuelo. Camino a casa pensé en que las relaciones son extrañas. Cuando más seguro te sientes, en un abrir y cerrar de ojos algo puede pasar. Evoqué el día en que descubrí que mi padre se había enamorado. No pude evitar que las lágrimas acudieran. Si la traición de un hombre dolía, la de un padre devastaba.

### *Ella*

**E**se jueves me levanté optimista. Por un lado, estaba feliz de que faltara poco para el fin de semana y que pudiera dormir un poco más de lo habitual y, por otro lado, acababa de recibir un correo electrónico de mi editor para decirme que estaba dándole los toques finales a mi libro. Luego de eso, lo enviaría a algunas editoriales, que con un poco de suerte quizás se interesarían. Tuve que leer el mensaje un par de veces, pero tuve que disimular la emoción que me embargaba porque ya estaba en la oficina.

En eso llegó mi jefe. Esta vez había optado por un conjunto negro y corbata gris.

—Buenos días —dijo, pero no se detuvo como en otras ocasiones.

Tiró la puerta y se encerró. Vaya manera tenían algunos hombres. A media mañana me rompía la cabeza al pensar en qué le estaría ocurriendo, pero supuse que era preferible ignorarlo. Si tenía una pataleta pronto se le pasaría.

Pebble llegó a media mañana cargando unas deliciosas donas de Paradise Sweet. Y a ese lugar nunca se le podía decir no.

—Estoy muy contenta. El doctor me dijo que todo va bien.

—Me alegro mucho, Pebble.

—No ha llamado la señorita *psyco* —me preguntó en referencia a Laura Collins. Negué con la cabeza evitando hablar con la boca llena—. Temo que esa mujer atente contra su vida.

—Sería una lástima.

—Una lástima es que Roig no se comprometa con nadie.

—No se ha enamorado —dije.

—Espero que no pienses que soy cotilla, pero parece que tuvo a alguien para casarse hace un tiempo. Me lo dijo Susy. Aparenta ser que la quiso mucho, pero la relación fracasó y eso lo desilusionó.

Entonces, el donjuán parecía tener corazón, pensé.

A eso de las once de la mañana se comunicaron del vestíbulo para que autorizara la entrada de un chico proveniente de una floristería. No entendí lo que Martin, el guardián del vestíbulo, quiso decirme de inicio, pero al ver la canasta supe que ese detalle era para Roig. Pebble escoltaba al chico. La mujer tenía una cara de asombro para arrancarle una carcajada a cualquiera.

Hice esperar al chico para buscar dinero y saldar su propina, pues no utilizaría mi propia pecunia para financiar las conquistas de mi jefe, así que toqué su puerta con firmeza, cargando la enorme canasta repleta de vino, galletas, chocolates y una rosa muy insinuante. Pese a que intenté leer la tarjeta en el interior del diminuto sobre, incluso la coloqué contra la luz, no pude distinguir quién la enviaba.

—Perdone, señor Alexander, pero acaban de traer este obsequio.

—¿Cuándo piensas comenzar a tutearme?

Carraspeé un poco ante la sorpresa.

El hombre observó la canasta con cierta sospecha dibujada en su rostro. Parecía que temía que en el interior del obsequio hubiese un artefacto explosivo oculto porque no se atrevía a acercarse.

—El joven de la floristería espera por su propina —dije cuando no lo vi reaccionar.

—Claro... —dijo como si le doliera que lo hubiera sacado de su escrutinio. Buscó su billetera y me entregó el dinero—. ¿Con esto estará bien?

—Por supuesto.

Me giré para salir sin mi curiosidad satisfecha.

—Pat, ¿te animas a salir conmigo mañana en la noche?

Detuve mi marcha con un leve temblor. ¿Acaso había escuchado bien o me lo estaba imaginando? Me volteé para mirarlo.

—No es una cita como tal —dijo—. Es algo complicado.

Del pedestal me dejó caer al suelo. Con mi orgullo mancillado, me erguí, le sonreí y le dije:

—Lo siento, Roig, mañana tengo un compromiso con el Club 4H.

Caminé a la puerta para salir de allí cuanto antes.

Tesis #23: Jamás te dejes tratar como una alfombra.

## *Ella*

—Si me encomendaste el proyecto tendrás que confiar en mí —le dije a Ariana cuando le conté los detalles de mi primer rechazo—. Sé muy bien lo que estoy haciendo.

—Claro, te recuerdo que te quedan solo un par de semanas, amiguita. Has desperdiciado demasiado tiempo.

Estábamos en casa de unos amigos en común en medio de la celebración de una barbacoa con motivo de su aniversario. Pocas veces me animaba a salir los jueves en la noche, pero Enestine y Lorenzo lo merecían. Habían sido nuestros amigos desde la universidad. Del tipo de pareja que dura unida toda la vida desde jóvenes.

—Tendrás que extenderme el plazo.

—Tu libro será un fraude, definitivamente.

Sospechaba que mi amiga había bebido más de la cuenta, por eso en un principio opté por ignorarla. En ese momento se acercó un chico, quien había venido desde San Clemente. Era un joven de cabello castaño, ojos claros y piel tostada por el sol. Imaginaba que su afición era el *surfing* porque no hacía otra cosa que hablar de tablas y olas.

—Esta fiesta se comienza a poner aburrida —dijo cuando se sentó junto a mí—. ¿No te animas a ir a otro lugar?

Su pregunta fue una insinuación, pues la curvatura de sus labios me permitía descifrar que ese otro lugar sería un colchón. Lo observé en detalle. Tenía un cuerpo muy bien formado y una cara de lo más encantadora, pero no me sentía atraída a ser una más de sus conquistas. El problema de cuando has probado tus teorías es que no te cansas de ensayar una y otra vez.

—Me siento de maravilla aquí —dije y me acomodé en la silla. Le sonreí coqueta, crucé mis piernas y le di un sorbo a mi cerveza.

El hombre le pareció que mi actuación era una invitación, por eso acercó su silla. De forma sutil a los cinco minutos buscaba apoyar su mano en mi muslo, pero con gran cortesía la retiré.

—¿No me encuentras atractivo?

Me encantaba cuando los hombres guapos presumían que su belleza tendría que encandilar a todas las mujeres.

—Digamos que eres guapo, pero no eres mi tipo.

Al fin se dio por vencido y se alejó.

Tesis: #13 No quieras disfrutar de todo lo que se te acerca.

## *Él*

**E**staba tirado en la tumbona en la azotea de mi ático. Hacía unos minutos que George, uno de mis mejores amigos, había traído un paquete de cervezas y una infinita orden de alitas de pollo fritas.

—Hombre, debes haberle hecho un trabajo excepcional en la cama a esa mujer para que la tengas tan loca por ti —me dijo en referencia a la canasta que me había enviado Laura.

Solté un suspiro hastiado y terminé mi primera cerveza. No quería hablar de Laura Collins, esa obsesiva mujer ya me tenía hasta la coronilla.

—¿Vas para lo del compromiso de tu hermana mañana? —me preguntó.

—No tengo alternativa. Poco le faltó a mi madre para amenazarme.

—No puedes faltar a algo tan importante, Roig.

—Ya sabes que Kathy aprovechará para estar allí y fastidiarme.

—Debes superarlo.

—Lo he superado.

—Si fuera así no te importaría compartir un rato con tu ex.

En un inicio me mantuve en silencio, reflexionando sobre lo que George me acababa de decir. La verdad era que todavía me cabreaba verla del brazo de ese inútil que ahora era su prometido. ¿Cómo fue que acabó con aquel alcornoque? Un tipo sin gracia, dedicado a la ciencia, bajito y un poco rechoncho. Cada vez que pensaba en eso me enfermaba, por eso se me ocurrió llevar a alguien a la cena y quien mejor que a Pat. La consideraba una mujer equilibrada, como si nada la afectara. Alguien que no daría problemas, pero ella también me había rechazado.

—Tenía pensado ir con alguien.

—¿Para darle celos? Creo que sería infantil, Roig. —George devoraba una alita—. Ya no le importas.

—Tampoco es bueno que me vea solo y piense que aún me lamo las heridas.

—¿Y a quién has escogido?

—Pensé en mi secretaria.

—¡Estás loco! ¿No me has dicho que es casada?



—A su sustituta —dije—. Tranquilo, de todos modos, me rechazó por una actividad con el Club H. Ninguna mujer me había rechazado por algo tan insignificante. El Club 4H. ¿Puedes creerlo?

—Insignificante para ti, pero no para ella. —Mi amigo se limpió la boca con una servilleta y agarró otra cerveza—. ¿Está buena?

—Es muy guapa.

—Me asustas cuando dices guapa. ¿Puedes ser un poco más específico?

Rememoré su cara. Era ovalada, con una piel sedosa y unos labios pequeños, pero atractivos. Su melena era de un color castaño con destellos dorados y ondulada, y sus ojos de color ámbar. Muy pocas veces había sonreído, pero las veces que lo había hecho me había contagiado. Su cuerpo, aunque pequeño, tenía muchas curvas que lo hacían deseable y sus piernas, aunque no eran largas, estaban muy bien tonificadas. Imaginaba que era por sus clases de *spinning*.

—Diantre, Roig, tienes una cara de imbécil que me deja ver que la chica es un bombón.

—Es linda, pero también muy astuta.

—Lo suponía. Si rechazó salir contigo debe serlo.

George tenía unos comentarios punzantes que a veces me provocaban arrojarlo de la azotea. Pensé en tirarle la canasta de alitas por la cabeza, pero sopesé mi impulso porque tenía hambre.

—Invita a algunas de tus amiguitas. La lista es bastante grande —dijo al acomodarse en la tumbona a mi lado—. La rubia del gimnasio está buenísima y se arrastra porque le hagas caso.

Evoqué el trasero firme de la rubia, pero Rose Miller no era una mujer para presentarla ante mi familia. Era del tipo revolcón rápido y huida escurridiza.

—No puedo llevar a mis conquistas a una cena tan íntima. Luego piensan que uno tiene intenciones serias con ellas.

—¿Y tu secretaria no pensaría lo mismo?

—Yo no le intereso. Creo que le está tonteando a un chico de sistemas. Los he visto varias veces juntos.

—Pues tendrás que enfrentarte al fantasma de tu amada Kathy sin ningún parapeto.

Hice una mueca. Si pudiera desaparecer para no asistir al compromiso lo haría, pero mi hermana Becky no se merecía tal desplante. Solo me quedaba apañármelas en aquella reunión familiar.

## Capítulo Cinco

*“No ceder fácilmente, ni parecer dócil o sumisa”*

*Ella*

Llegué a la ceremonia del Club 4H con media hora de retraso. Evelyn, la secretaria de la junta, no perdió oportunidad para reprocharme, pero la entendí, yo llevaba los trofeos para la premiación y mi tardanza había retrasado todo el protocolo. Quise subsanar mi demora otorgándole todo el crédito por el estupendo restaurante que había escogido.

—No me gusta cuando me adulan —me dijo entre dientes.

Sonreí como una tonta y me dirigí a la tarima para colocar los galardones. Demás está decir que también recibí una reprimenda del vicepresidente. Un hombre que destilaba odio por cada poro de su piel. A ese alcorcho también le sonreí, pero me mantuve callada, indolente. A veces me preguntaba por qué me sometía a esa tortura, pero los logros de los participantes y el avance de cada uno de ellos me hacían soportar los desplantes de algunos miembros de la directiva.

Me pareció escuchar la voz chillona de mi madre: “Pat, debes mejorar en tu puntualidad para que evites problemas”, pero ya me había acostumbrado a que ese era mi talón de Aquiles. No quería decir que no tuviera interés en mejorar, pero no lo tenía entre mis prioridades.

En ese momento vislumbré a Sergio a lo lejos. Quise ocultarme tras el cortinaje. Estaba segura de que cuando me viera correría hasta mí y me abrazaría con sus manos pastosas, repletas de dulce. Amo a los niños, pero hay algunos que me exasperan.

—¡Pat! —No pude evitar que el niño gordiflón hiciera lo que había previsto—. Te quiero.

Una palabra como aquella, proveniente de un rostro candoroso, ablandaba a cualquier duro corazón, por eso le respondí el saludo con igual cariño, pese a que mi vestido sufrió las consecuencias.

Después de dos horas de aburridos mensajes y condecoraciones, rogaba porque todo el protocolo acabara y pasáramos a la cena. Estaba desfalleciendo del hambre. A esas alturas los chicos que no estaban metidos en las *tablets* o en los móviles de sus padres comenzaban a impacientarse.

Decidí que era momento de fugarme al lavabo.

Taña sorpresa me llevé al salir del salón y caminar por el corredor. Allí estaba el donjuán. Esta vez vestía un frac color negro que lo hacía lucir como el príncipe encantador. Intenté girarme sobre mis talones y escabullirme hacia el salón de nuevo, pero no fui lo suficientemente rápida para que no advirtiera mi presencia.

—¿Pat?

“No sonrías como tonta”, me dije, pero era imposible. De pronto me convertí en una niña en el interior de una tienda de deliciosos caramelos. Juró que luché porque no se me notara lo atractivo que lo encontraba.

—Últimamente coincidimos en todos lados —dijo mientras caminaba hacia mí.

Tenía razón. Era como si de pronto el universo hubiese decidido conspirar a favor de mi plan de conquista.

—¿Cómo vas con tu reunión del Club 4H? —me preguntó de forma casual.

Pude distinguir un dejo de sarcasmo en su comentario, pero lo obvié porque sabía que después de todo hablaba un hombre herido por el rechazo.

—Ha sido una velada perfecta —sonreí, aunque pude ver que Roig no me creía mi actuación. Soy muy mala fingiendo.

—Todavía estás a tiempo para acompañarme.

—No creo. Los niños no me lo perdonarían —sonreí nerviosa.

Vi que el rostro masculino se iba transformando al mirar sobre mi cabeza, a la vez que me giré para ver qué lo atormentaba. A la entrada del restaurante, del brazo de un hombre, pude distinguir a una hermosa mujer de cabellera oscura. Era realmente guapa.

Lo incomprensible fue que la pareja se dirigió hacia nosotros.

—Buenas noches —dijo la extraña con una sonrisa fingida al extender su mano para saludar a mi jefe—. Ya conoces a Ernest.

—Sí, por supuesto —dijo Roig con su rostro hosco.

Observé que se le había tensado la mandíbula.

—Gusto en verte —saludó el tal Ernest, con cara de científico loco mientras le apretaba la mano a mi jefe.

Fue en ese momento que sentí el brazo de Roig cerrarse alrededor de mi cintura en un gesto demasiado íntimo y posesivo. Lo miré sin comprender. Su sonrisa nerviosa me dejó ver que pronto me revelaría sus intenciones.

—Ella es Patricia Campbell, mi novia.

Juro que tuve que inspirar todo el aire que me fue posible para no perder el conocimiento. ¿Cómo pasé de ser su secretaria a su novia? Sentí un pequeño pellizco en mi cintura, carraspeé un poco y con una enorme sonrisa dije:

—Mucho gusto.

Los nervios me traicionaban mientras el rostro de la mujer se reflejaba como una poesía, entre sorpresa y cólera. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué me había perdido?

—Mucho gusto, señorita Campbell —me dijo el hombre que la acompañaba y me estrechó la mano en un gesto genuino.

—Me alegra saber que tienes a alguien Roig —dijo al fin la mujer en una señal en extremo hipócrita—. Nos vemos adentro.

Roig hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida y cuando los perdió de vista suspiró aliviado. Se giró hacia mí. Debió fijarse en mi rostro encabritado porque de inmediato levantó las manos en señal de tregua.

—Puedo explicarte. Te lo juro.

—Sí, eso espero, que me expliques esta locura.

—Hace más de un año que Kathy me abandonó por ese hombre. —Hizo una pausa—. No hubiera soportado que creyera que aún...

—¿Por eso querías que te acompañara a esa cena?

—Es la fiesta de compromiso de mi hermana y quería ir con alguien.

Su estrategia no me pareció una mala idea para adelantar mis planes de conquista. Después de todo quien había sugerido fingir un compromiso era él.

—No quiero que piense que aún estoy herido.

—¿Y lo estás?

Mi pregunta lo tomó por sorpresa.

—No, Kathy es parte de mi pasado.

—Entonces, te acompañaré —le dije sin ponderar las consecuencias, guiada por un maléfico instinto.

En el fondo sabía que Roig Alexander aún sentía algo por aquella mujer y quería averiguar cuanto lo perturbaba su recuerdo.

—¿Y el Club? —me preguntó.

—Ya no notarán mi ausencia.

De esa manera me dejé llevar del brazo del donjuán sin saber lo que aquella decisión iba a acarrear.

Tesis #9: No hagas tratos con el enemigo.

## Él

Cuando sobrepasamos el umbral del lujoso salón comedor sentí que todas las miradas se fijaron en nosotros. Llevarla del brazo ante los ojos curiosos de los miembros de mi familia y de los más allegados me pareció una locura, pero si quería salvar mi orgullo debía aceptar que aquella farsa era mi mejor salvavidas.

Giré mi cabeza para observar a Pat. Se notaba nerviosa, como si el aprieto en el que la había metido la hubiese trastornado un poco. Le sonreí para impartirle un poco de seguridad y la ayudé a acomodarse en el espacio asignado en la mesa.

—Buenas noches —dije—. Ella es mi novia, Patricia Campbell.

Vi las caras de mis padres transformarse en interrogación mientras mis hermanas me observaban sin entender. Fuera de Kathy, jamás había presentado a otra mujer como mi novia ante la familia. Coloqué mis manos sobre los hombros de Patricia para impartirle mayor intimidad a mi relación, pues temía que descubrieran la verdad y que pronto la mujer saliera corriendo de la velada. No podía darme el lujo de que todo ese teatro se fuera abajo.

Al final todos le dieron la bienvenida, aunque sabía que pronto comenzaría el interrogatorio, tipo la Gran Inquisición. La abuela, quien ocupaba la silla contigua a Pat, se le acercó.

—No sabía nada de tu existencia, pero me alegro de que Roig haya conseguido una chica tan linda como tú.

Al escuchar a mi abuela quise que la tierra se abriera, pero la sonrisa sincera que le devolvió Pat me tranquilizó.

—¿Cómo se conocieron? —La anciana era muy perspicaz.

Pat me observó con sus ojos ansiosos, como diciéndome: “Sácame de aquí”.

—Nos conocimos en el trabajo, abuela —intervine para salvar la situación—. Pat trabaja en la empresa.

La anciana chascó la lengua y regresó su atención a la ensalada que acababan de servir como primer plato.

—Los romances de oficina son peligrosos —dijo—. Si algo sale mal cualquiera de los dos tendría que dejar su puesto.

Era el momento de despejar cualquier duda y cumplir mi misión de que Kathy se reventara de rabia. Le tomé la mano a Pat y se la besé con ternura.

Luego, acerqué mi rostro y le di un ligero beso en la boca. Me pareció una tortura no poder alargar aquel gesto y descubrir su interior, pero me contuve.

—Pat es realmente maravillosa, abuela. No creo que eso suceda.

—Eso espero. Les deseo lo mejor.

En eso la mirada airada de Kathy se encontró con la mía. Sonreí con socarronería y me dediqué a cenar. Al final parecía que saldría bien librado de esa batalla.

### *Ella*

A mitad de la recepción luchaba con mis pensamientos. ¿Cómo fue que terminé aceptando ser utilizada para darle celos a otra? Yo, que era la autora de un manual de seducción que, entre muchas cosas, te enseñaba a no ser reducida a alfombra por ningún hombre. Realicé mi papel lo mejor que pude hasta que a Roig se le ocurrió besarme. No quería pensar en la sensación que provocó aquel gesto. Sentir que en el interior de mi panza comenzaba una danza escandalosa me llenó de pánico.

Aquella cena había servido para mostrarme vulnerable a las tremendas destrezas de seducción del hombre. Algo no estaba saliendo como había previsto y lo peor, la noche apenas empezaba. Antes de que finalizara la velada pudimos disfrutar de un cordial en otro salón más íntimo y eso permitió mayor interacción entre los presentes. Fue de esa manera que pude conocer a las hermanas de Roig, Becky y Erika.

—Me gusta ver a mi hermano tan enamorado —mencionó Erika a la vez que le sacaba los gases a un hermoso bebé. Contemplaba a Roig, quien en ese momento se había alejado para dialogar con un par de hombres—. Suele ser bastante reservado con sus asuntos.

—Desde que se separó de Kathy no lo había visto con nadie —comentó Becky—. Ese asunto le pegó duro.

Tan duro como para tener una conquista diaria, pensé. Me mantuve callada pensando en que Becky era demasiado ingenua o actuaba como una enajenada. Roig Alexander jamás había estado solo. La lista de amantes, con sus corazones partidos, era interminable. Me vino a la mente la imagen de la pobre Laura, la obsesionada, y torcí los labios como un lamento.

—Te advierto que Roig no es un tipo fácil —prosiguió Erika.

—Lo sé, pero hasta el momento ha sido muy considerado conmigo. —

Pretendía interpretar mi papel de novia lo mejor que pudiera.

—Trata de no mostrarle mucho interés —me aconsejó Becky—. Es de los que se aburren con facilidad.

Sonreí. ¿Acaso aquella chica iba a decirme a mí, la autora del Manual de Seducción, como tratar a un tipo como Roig Alexander? Miré en dirección del hombre, quien en ese momento se giró para alzar su copa a manera de saludo.

En eso se acercó Kathy con una sonrisa fingida, de esas que no engañan a nadie. Se veía rabiosa.

—Te felicito por tu relación con Roig —dijo con un tono punzante que me fascinó.

—Gracias.

—Al pobre le ha costado mucho olvidarme —prosiguió—. Espero que pueda conseguirlo en algún momento.

Las hermanas se excusaron cuando el fotógrafo requirió su presencia para las fotos familiares.

—Apenas habla de su relación contigo —le dije a Kathy al rato y terminé de un solo sorbo la copa de vino.

La mujer mostró una sonrisa diabólica.

—No creo que eso signifique nada —dijo Kathy—. Suele ser muy discreto con sus sentimientos. ¿Cuánto llevan saliendo con él? ¿Tres meses?

Intuí que aquella pregunta era una trampa, por eso me mantuve en silencio.

—¿No tienes una nueva pareja, Kathy? —Buscaba provocarla.

Ella se giró para saludar a distancia al alcornoque de su novio. Sentí lástima por aquel infeliz. Al final la mujer terminaría engañándolo con otro.

—Ernest me ofrece una seguridad que Roig jamás pudo —dijo con amargura—. Ya te darás cuenta de que no se compromete más allá de la cama. Yo quería un matrimonio, familia, pero a él lo mueve su trabajo y sus bajas pasiones.

¿Había escuchado bien? Al donjuán lo movían “bajas pasiones”. Me intrigaban sus manías. Me regañé, no debería interesarme por nada más allá que romperle el corazón para lograr mi contrato editorial.

—Así que un día me dijo que no estaba dispuesto a formalizar. —Kathy rio con burla—. Treinta y dos años no son suficientes para que siente cabeza.

—Tal vez no eras lo que buscabas.

Me miró con ganas de abofetearme.

—¿Y crees que tú seas lo que buscas, querida? —Me contempló con desprecio, como si me encontrara poca cosa.

—Quizás.

—Te advierto que después de que se canse de los revolcones contigo buscará a otras. Roig es de los que no se ata a nada.

Igual que Ralph, mi ex, amante de las relaciones libres. ¿Qué les pasaba a los hombres con el tema del matrimonio?

—Lo que sucede es que Roig nunca se ha enamorado. —dije y recordé la tesis #27: Los hombres no se comprometen hasta que se enamoran y enamorarse está en lo último de su lista de deberes. Antes está el sexo.

La mujer dejó escapar una carcajada.

—¿Y piensas que se ha enamorado de ti? ¡Qué ingenua!

—Lo dudo. Es muy pronto para eso.

—Entonces, no entiendo qué haces con él.

—Lo mismo que él hace conmigo, por ahora me divierto.

El rostro incrédulo de la mujer me provocaba reírme, pero me contuve lo mejor que pude. Me acusó de ser frívola y la perdí de vista el resto de la velada.

Tesis #39: Jamás muestres todas tus armas.

## *Él*

**A**l finalizar la celebración tuve la intención de llevar a Pat hasta su casa, pero la mujer se mantuvo tenaz en su negativa. Por fin pude convencerla de que se lo debía por aceptar esa locura de interpretar el papel de fingir ser mi novia frente a los ojos inquisidores de mi familia y allegados. La ayudé a subir al interior de mi auto y emprendimos camino a su apartamento.

No conseguí concentrarme en lo que me decía de su auto averiado, solo pensaba en lo divino que sería besarla en la oscuridad, acariciar sus pechos y aventurarme hasta su entrepierna. Su diabólico perfume y su tono de voz me estaban enloqueciendo. Rogaba porque al llegar frente a su edificio me pidiera subir.

—Gracias por traerme —me dijo cuando nos estacionamos. Extendió su mano a modo de despedida.

Sonreí con malicia. Conocía demasiado bien a las mujeres. Primero actuaban con timidez e indiferencia, y luego se transformaban en fieras



salvajes. Así que me aventuré a acercarme. Su mano firme sobre mi pecho me dejó ver que no aceptaría mi beso. Hice un gesto de incredulidad y me alejé.

—Si acepté acompañarte y permitir que me presentaras como tu novia fue solo para ayudarte con tu ex, pero eso no cambia nuestra relación de jefe y empleada.

¿De dónde diablo habían sacado a aquella mujer? Jamás conocí a alguien con su temple.

—Lo siento, Roig.

—Pensé que me invitarías a tomar un último trago en tu apartamento. — Me arrojé con todo. Quería confirmar que no se trataba de una pantalla de indiferencia.

Sonrió, y juro que quise besarla, aunque me pegara una cachetada. La encontraba encantadora.

—Tengo dos razones para no invitarte.

La miré con atención.

—Primero, me muero de sueño, y segundo, mi hermana ha venido a pasar unos días conmigo. Sería una desconsideración de mi parte. —Se giró para abandonar el auto—. Buenas noches. Que descanses.

—Buenas noches. Gracias por salvar mi orgullo.

—Espero que Kathy se lo haya creído.

Me dirigió una última sonrisa y caminó al portal con un movimiento de caderas que me invitó a seguirla, intentar seducirla y satisfacerme con su delicioso cuerpo. «¿En qué diablos estoy pensando?», me dije. Ella tenía razón, por el bien de nuestro futuro profesional era preferible no rebasar los límites. Encendí el auto y lo puse en marcha con una gran disyuntiva, ¿cuánto resistiría en hacerle un nuevo acercamiento? Patricia Campbell era mi nueva obsesión.

# Capítulo Seis

*“La ganadora infalible, la fuerza de voluntad”*

*Ella*

**E**n el interior del ascensor, rumbo a mi apartamento, daba pequeños golpes con mi frente contra la pared. Me preguntaba cómo tuve tanto aguante frente a ese hombre. Sus ojos negros y sensuales, su arrebatadora colonia masculina y sus sugerentes labios a centímetros de mi boca, sin dejar de lado su exquisito aliento. ¿Cómo había resistido? Deberían erigirme una estatua por mi hazaña. Me recosté de la pared con una sensación de frustración que se reflejaba en mi entrepierna. Quise abofetearme por estúpida. Debí dejar que me besara.

«Lo hiciste bien. Ahora debe ser él el trastornado», me dije. Seguramente cuando llegara a su casa terminaría bajo la ducha fría. Imaginármelo bajo el chorro tampoco fue la mejor idea. La escena era demasiado erótica.

Me sentía confusa y vulnerable, dos cosas que iban en detrimento a mi propósito. Tenía que recapitular en mi estrategia. Aquel asunto se me estaba saliendo de las manos.

Tan pronto logré acceso al interior de mi apartamento corrí a buscar el manuscrito. Necesitaba repasar las leyes de la atracción una vez más.

—¿Estás bien? —la voz de mi hermana a mis espaldas me sobresaltó.

Giré la cabeza para sonreírle como una idiota.

—Sí, solo que...

—No me digas que vas a escribir a estas horas. —Elizabeth se arrellanó en un sofá cama cercano.

—Es que quería revisar algunas notas.

—Me habías dicho que el manuscrito ya fue revisado por tu editor.

—Sí, pero siempre es bueno darle una segunda ojeada. —Estaba quedando como una tarada frente a Elizabeth.

—¿Y cómo te fue con lo del Club 4h?

—Bien.

—No sabía que esas actividades se acababan tan tarde.

—Es que siempre nos quedamos dialogando un rato más.

—Pat, no sé por qué pienso que estás metida en algo gordo.

Oculté mi mirada. Elizabeth tenía el poder de leer mis pensamientos. Y eso en sí ya era demasiado. Me di por vencida cuando vi que no cedería. Me giré en la butaca.

—Tienes razón. Estoy metida en un rollo de proporciones épicas.

Elizabeth se levantó.

—Pues como vas a contarme todo con lujo de detalles, iré por dos copas de vino.

Esa noche, después de acabarnos dos botellas, terminé por confesarle todo a mi hermana. Ella, escandalizada, no dejaba de pedirme que desistiera de esa locura, pero yo era ambiciosa y sabía que un contrato editorial con Butterfly supondría una jugosa suma por los derechos de mi manual. Dinero que me permitiría vivir cómodamente un año, durante el cual pensaba dedicarme a escribir una segunda obra y viajar alrededor del mundo. Eso me posibilitaría dejar la empresa y olvidarme de Roig Alexander para siempre.

Lástima que la vida no siempre se comporta como solemos imaginarla.

### *Él*

**L**e temía tanto a la soledad de mi apartamento que terminé en el de la rubia del gimnasio en medio de una sesión de sexo para nada memorable, pero que le permitió a mi mente alejar el fantasma de Pat. La peor afrenta que puede cometer un hombre es hacerle el amor a una mujer mientras piensa en otra.

Tan culpable me sentí que dejé a Rose Miller rendida sobre el colchón y después de asearme, abandoné su apartamento.

Camino a mi casa pensaba que el cúmulo de acontecimientos pasados me tenían alterado. Necesitaba poner mi mente en orden, así que el resto de ese fin de semana me retiraría a mi cabaña en Malibú. Solo como una ostra. Necesitaba reencontrarme. Saber que Roig Alexander tenía todo bajo control, pero sobre todo, pensar en una estrategia rápida para lograr que mi secretaria temporera cayera rendida sobre mi escritorio. Solo de esa manera lograría librarme de esas tremendas ganas de poseerla.

### *Ella*

**N**o sé cuántas veces practiqué una sonrisa que pareciera parca frente al

espejo de mi cómoda. Lo cierto fue que calculé que al menos una docena de veces, solo para convencerme de que Roig no se tragaría esa indiferencia.

Ese lunes por la mañana llegué a la oficina temprano, tan temprano que, salvo algunos autos en el estacionamiento, no se distinguía un alma. Tuve suerte de que Elizabeth me prestara su SUV porque mi auto aún estaba en el taller. Repasé mi maquillaje, me alisé el cabello y me puse una nueva ronda de perfume.

Steven:

*“Rechazaron el manuscrito”.*

Un mensaje de texto de mi editor con aquella noticia me nubló la mañana. Acabé de sentándome frente a mi escritorio con una actitud de derrota. Había albergado la esperanza de que esa editorial comprara el manual para así liberarme de la locura que suponía seducir a Roig. Decidí no contestar el texto, pues no estaba de ánimos para recibir una respuesta de consuelo. ¿Y si después de todo no se me daba bien ese asunto de escribir? ¿Y si mi afán solo era un espejismo y en realidad era pésima con la pluma?

Confirmé la agenda de Roig, archivé unos cuantos documentos y transcribí algunos mensajes, hasta que el reloj sobre mi escritorio me advirtió que faltaban tres minutos para que él llegara. Los nervios en mi estómago me advertían que este enredo había tomado otra dimensión.

Ariana:

*“Este fin de semana hablé con papá. Está dispuesto a que el editor de su empresa revise el manuscrito, pero tengo que asegurarme de que has avanzado con R.A.”.*

El mensaje de Ariana me llenó de optimismo. Tuve que leerlo varias veces para corroborar que no era mi mente delirante. Si Butterfly Publishing accedía a publicar el manual sería mi sueño convertido en realidad. Cuando me disponía a contestarle escuché los buenos días del donjuán y oculté el móvil en mi bolso. Parecía relajado y feliz. Me pareció oír que hasta tarareaba una canción.

—¿Qué tenemos para hoy? —preguntó con su maletín apoyado sobre mi escritorio y su abrigo en el brazo.

Esa mañana había comenzado el otoño y con su llegada se había

manifestado el frío característico de la época.

—A las nueve, reunión con los accionistas, a las diez y treinta la jefa de recursos humanos desea discutir el plan de retiro de algunos empleados, almuerzo de negocio con Stéfano Cameron y en la tarde...

—¿Te cambiaste el perfume? —me interrumpió.

—A la una tiene al asesor legal para el asunto de los contratos —dije, sin apartar la mirada de la agenda—, a las tres vienen de Technical Advisor Magazine para la entrevista.

—¿Por qué te cambiaste el perfume?

Quise evitarlo, pero al final tuve que enfrentarlo.

—No suelo utilizar la misma fragancia todos los días. —La parquedad siempre funciona.

Vi que se acercó en un movimiento sigiloso para embriagarse de mi aroma. Fue un gesto tan íntimo que no pude evitar que la piel se me erizara.

—Este también es exquisito —me dijo con un tono aterciopelado y sus ojos entornados—, pero prefiero el anterior.

—¿Confirmando sus citas, señor?

Sonrió y me hizo sentir vulnerable, insegura. ¿Qué diantre me estaba ocurriendo con ese hombre?

—Sí. Espero que lo que pasó el viernes no erija un muro entre nosotros.

—Prefiero que nos tratemos de manera estrictamente profesional.

Eso último era lo más cierto que había dicho en mucho tiempo, no era una simple estrategia de seducción. Mi seguridad dependía de que ese hombre se mantuviera a raya.

Roig caminó a su despacho y tan pronto sentí que cerró la puerta solté un suspiro de alivio.

—*Cheri*, ¿qué es eso que acabo de escuchar y de ver? —La presencia inesperada de Billy me sobresaltó.

—Te pueden despedir por escuchar conversaciones ajenas —le advertí.

Levantó la ceja izquierda y se apoyó del borde de mi escritorio sin dejar de escrutar mi cara. Hizo un mohín de desconfianza y dirigió su mirada a la puerta del despacho.

—Tienes que contarme, para eso somos amigos, casi casi hermanos siameses.

—No tengo nada que contarte.

Me levanté para dirigirme al cuarto de archivos. El impertinente de Billy no se dio por vencido y me siguió con actitud perseverante.

—¿Tienes algo con ese hombre?

—¿Cómo se te ocurre? Es mi jefe.

—No te juzgaría —se relamió—. El tipo está buenísimo.

—No me gustan los líos de oficina.

—Por un espécimen así dejo que me despidan.

—Eres un incordio, Billy. —Entonces, me entró curiosidad sobre cómo había logrado acceso a la oficina—. ¿Cómo entraste?

—La seguridad de este lugar es pésima. El chico de limpieza me permitió acceso.

Tendría que hablar con Bobby sobre su falta.

—Vete a tu oficina, Billy. A Roig no le gusta que estés aquí.

—¿A Roig? ¿Desde cuándo se tutean? ¿Y por qué le disgusta mi presencia? ¿Celos? Dime si ha pasado algo, Pat.

—Nada. —Intenté simular que buscaba algo en los archivos para despistarlo.

—Vi cómo te olisqueaba el cuello.

—Estás viendo cosas donde no las hay.

Me miró con sospecha y caminó a la puerta. Se giró a último minuto con un gesto trágico, muy característico de su personalidad.

—No te perdonaría si me entero por otros medios, o sea los chismes de pasillo. Solo si viniera de tu boca lo aceptaría.

Se giró para marcharse. Apoyé mi frente en el archivo para recuperar la paz que ya a las ocho y media de la mañana había perdido.

—Pat, te necesito en mi despacho —La voz de mi jefe me alertó y salí de mi escondite.

Tesis #39: Cuando sientas que el piso se convierte en arena movediza es mejor recapitular las estrategias.

## *Él*

**M**e molestaba su repentina indiferencia. Esa mujer era tan fría y centrada que no exhibía ni un resquicio que me permitiera saber qué pensaba de lo ocurrido el viernes. Su aparente apatía me estaba martirizando. Había observado su porte al atravesar el umbral de mi despacho, su caminata hasta la butaca frente al escritorio y su postura profesional al tomar el dictado que le recitaba.

—Mi abuela te envía saludos —interrumpí.

—Dile que son correspondidos.

No levantó la mirada.

—No había tenido la oportunidad de agradecerte por...

—Cómo te dije, prefiero no hablar del tema y ceñirnos al trabajo.

Tamborileé con mis dedos ansiosos sobre el escritorio. Tenía que buscar la forma de romper aquel témpano de hielo.

—¿Este memorando deseas que se lo envíe a JB de inmediato? —preguntó.

Asentí en silencio para provocar que me mirara y aproveché para sonreírle.

Se levantó y yo la imité. Me fui acercando despacio hasta quedar frente a ella.

—¿Algo más que tenga que ver con el trabajo? —me preguntó con un repentino temblor en su labio inferior.

—¿Por qué has tomado esta actitud conmigo?

—No quiero que confundamos las cosas. Tú eres mi jefe.

—Quedan solo siete semanas para que eso cambie.

—Pues en esas semanas no deseo problemas.

Extendí mi mano desobedeciendo mi buen juicio y le acaricié el mentón con mi pulgar. De forma impulsiva me acerqué para besarla, pero en eso escuché la voz de Pebble tras la puerta.

—Señor Alexander, están llegando los miembros de la junta para su reunión —anunció la recepcionista.

Pat caminó a la puerta como si agradeciera la oportuna presencia de esa mujer. Pebble tenía una puntería fija en aparecer cuando menos se le requería. Con veinte segundos de retraso me hubiera dado oportunidad de besarla. Maldije en mi mente y regresé a mi escritorio con mi mente nublada de frustración.

Esa mujer era un hueso duro de roer, pero yo estaba dispuesto a esperar a que ella reaccionara. Tal vez Pat era de las que le gustaba jugar. Ya lo averiguaría. Cambiaría de estrategia.

### *Ella*

**R**oig estuvo en reuniones todo el día, tiempo suficiente para reflexionar

sobre lo sucedido en el despacho. Sabía que debía ceder un poco y bajar la guardia para lograr interesarlo, pero estaba aterrada porque el hombre me gustaba demasiado y temía cometer una imprudencia que echara al traste mis cincuenta y ocho teorías.

Después de un confinamiento de veinte minutos en el baño para recuperarme de la sensación que me produjo su cercanía y su casi beso, me dirigí a mi escritorio, pero me topé con Pebble en el pasillo.

—Traes una cara de espanto digna de una fotografía —me dijo la mujer entre risa—. Ya acomodé a los accionistas y les serví el café.

—Gracias por asistirme. Parece que me cayó mal el desayuno.

—Pensé que tuviste problemas con Roig. En la cocina hay antiácido, si necesitas.

No necesitaba un medicamento contra los ácidos intestinales, necesitaba recuperar el control de mis emociones y no dejar que ese hombre implementara conmigo sus estrategias de mujeriego.

—Espero que mejores —me dijo antes de dirigirse a la recepción—. Estaré trabajando en la transcripción del informe anual.

—Gracias, Pebble.

Me disculpé para atender una llamada en mi escritorio.

—Buenos días, despacho del Ingeniero Roig Alexander —dije.

—Buenos días, ¿me podría comunicar con la señorita Patricia Campbell? —me extrañó la voz de una mujer procurando por mí.

—Es Patricia, ¿en qué puedo ayudarle?

—Querida, qué gusto saludarte. Es Claudia Alexander, la madre de Roig.

Tomé asiento en mi silla para aplacar los nervios. Ese día se presentaba como un viaje en una montaña rusa.

—¿Cómo está, señora?

—Muy bien. Aquí con los preparativos de la boda. Ya sabes cómo son esas cosas. Becky me ha pedido que te llame para invitarte a una fiesta que le tenemos con motivo de su despedida de soltera. Obvio, no será una fiesta grotesca de esas de muy mal gusto en las cuales asisten hombres casi desnudos. Es más bien una comida de media tarde en mi casa. Espero que puedas acompañarnos. Será este domingo después de las tres.

Titubeé. ¿Por qué Roig no había acabado con aquella farsa?

—Haré todo lo posible, señora Alexander.

—Me encantaría que asistieras. Después de todo, espero que pronto formes parte de nuestra familia.



Tragué hondo.

—Le agradezco la invitación, señora Alexander.

—Dale saludos a mi hijo y te espero el domingo.

Colgué el auricular e intenté analizar mi pésima situación. Hablaría con Roig para que detuviera aquella mentira.

El sonido de un nuevo mensaje de texto en mi móvil me advirtió que mi vida se había convertido en la madre de todas las calamidades.

Ariana:

*“Tienes hasta las cuatro de la tarde para decirme algo concreto”.*

Tenía que aplacar a la loca, por eso le escribí:

Pat:

*“Ha habido avances notables. Intentó besarme”.*

Ariana:

*“¿Te iba a besar? Esto no me gusta, Pat. Una cosa es que lo seduzcas para romperle el corazón y otra cosa es que intente besarte”.*

Pat:

*“¿Cómo quieres que lo conquiste?”*

Ariana:

*“Quiero verlo arrastrarse”.*

¿Cuándo fue que Ariana perdió la mente?, pensé, y desistí de darle detalles. A esas alturas me encontraba harta de todo. Intenté concentrarme en las tareas que me aguardaban y cuando al fin el reloj marcó las dos de la tarde salí de allí corriendo para refugiarme en la casa de mis abuelos, donde todo era seguro y podía estar en paz.

Tesis #54: Cuando todo se comienza a complicar es mejor detenerse a pensar si vale la pena.

# Capítulo Siete

*“Un cambio de estrategia”*

*Ella*

—Necesito que consideres la posibilidad de aumentar dos horas a tu jornada laboral —me decía Roig al día siguiente en medio de nuestra reunión matutina en la cual discutíamos la agenda del día.

En esa ocasión estábamos en su despacho. Él observaba la correspondencia a la vez que yo tomaba nota de sus órdenes. Buscaba la oportunidad para decirle sobre la invitación de su madre.

—No me funciona que estés en la oficina hasta las dos de la tarde, Patricia. —Parecía molesto.

—Pensé que Pebble...

—Tiene sus propias funciones. Te necesito a ti.

Esa mañana el hombre se había comportado de forma árida, por eso había evitado cualquier tema fuera del ámbito laboral, pero tenía urgencia de tratar el asunto de nuestro supuesto noviazgo. Me desagradaba su actitud, pero lo entendía. Después de todo, tenía que proteger su orgullo por mi actitud de indiferencia.

—Te dejé saber desde el principio que cuido a mis abuelos y que...

—Pues será mejor que regreses a tu puesto original —me dijo sin retirar la mirada de la correspondencia.

Me levanté indignada. No dejaría que su actitud impasible me redujera a nada.

—Recogeré mis cosas, entonces.

Soltó una carcajada sardónica a mis espaldas. Gesto que me obligó a girarme para enfrentarlo.

—Te das por vencida muy rápido, Pat.

Estuve a punto de cruzarle la cara con dos cachetadas para desquitarme el coraje.

—No puedo trabajar horas adicionales —insistí sin apenas abrir la boca.

—Antes quiero que lo pienses y que hagas un esfuerzo. Te estoy pidiendo solo dos horas. No creo que te sea tan difícil.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Quiero que le envíes un arreglo floral a una amiga.

Debió notar mi quijada desencajada porque me dirigió una media sonrisa. ¿Me estaba pidiendo que le ordenara flores a una de sus conquistas? ¿Una nueva amante?

—Aquí anoté la dirección de su trabajo —me entregó un papel.

Tomé la nota para retirarme sin mirarlo a la cara. ¿A qué estaba jugando?

—Tu madre llamó ayer.

—¿Para qué?

—Para saludarle e invitarme a una comida que le harán a tu hermana el domingo con motivo de su despedida de soltera.

Roig se llevó las manos a la cabeza.

—Pensé que ya habías arreglado eso, Roig.

—No encuentro cómo decirle que acabamos.

—Es muy fácil, la llamas y le dices que terminamos.

Roig me desafió con la mirada y se me acercó.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque levantaría sospechas. No conoces a mi madre. Además, es capaz de dejarme en evidencia con Kathy.

Lo observé con ira.

—Si tanto te importa la opinión de esa mujer, ¿por qué no vuelves con ella?

Se acercó aún más.

—Ya no me interesa ella.

—Pues parece todo lo contrario.

—Tengo orgullo, ¿sabes?

—Pues no voy a permitir que me utilices como excusa a tus propósitos de darle celos. No entiendo por qué no utilizas a alguna de tus amiguitas.

Hubo un silencio.

—Ellas no son como tú, Pat.

—¿Idiotas? No, Roig. No voy a permitir que me utilices. Tienes hasta hoy para acabar con esta mentira.

—Señor Anderson —La voz de Ariana al otro lado de la puerta nos tensó a ambos.

—No la dejes entrar, por favor —me pidió.

Sabía de la obsesión de mi amiga por ese hombre, así que caminé hasta la puerta para atenderla en el exterior.

Al verme, Ariana me miró con recelo, como si imaginara que en el interior del despacho hubiese ocurrido una sesión de sexo salvaje, que solo tuvo lugar en su perturbada mente.

—¿Te estás revolcando con él? —me inquirió Ariana.

—¿Puedes bajar la voz? —La tomé del brazo para guiarla al cuarto de archivos. Eso nos daría privacidad.

—¡Eres una traidora! —Me gritó cuando cerré la puerta.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Y Pebble?

—Le dije que mi jefe me envió con este documento. —Alzó el expediente—. Fue mejor que viniera para comprobar cuál es tu juego.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —cuchicheé. No era conveniente que Roig se enterara de nuestra treta, de lo contrario saldríamos por la puerta ancha.

—Haz lo que sea necesario por triturar su corazón, Pat, pero ruega porque yo no me entere de que te has acostado con él. —Su amenaza provino de un rostro desencajado, casi desquiciado—. Tienes mucho que perder, no solo tu trabajo, sino la oportunidad de convertirte en esa gran escritora que deseas ser. No sabes de lo que soy capaz. Procura que no haya cama entre ustedes.

Salió dando un sonoro portazo, y allí me quedé yo, aterrada, pensado en cómo había dejado que aquella locura llegara tan lejos.

Tesis #49: Si empiezas a enloquecer es hora de cambiar las tácticas.

## Él

**D**espués de ese incidente, en el cual Ariana logró acceso a mi despacho, me recosté en mi butaca, satisfecho, aunque me preocupaba cómo manejar el asunto de nuestro supuesto noviazgo. Chasqué la lengua al pensar que tendría que enfrentar de nuevo el interrogatorio de mi familia, por eso me negué a aclarar nada. Dejaría que todo siguiera su curso.

Durante la reunión con Pat había logrado confundirla. Ahora era yo quien tenía la sartén por el mango. Alcé el intercomunicador para finalizar de perturbarla.

—¿Llamaste a la floristería?

—Pensé que los correos a Suiza tenían mayor prioridad —me dijo con tono furibundo.

Sonreí de nuevo.

—Las prioridades en esta oficina las impongo yo, Pat. En este momento la señorita Rose Miller es prioridad sobre todo lo demás.

Imaginé una mueca de disgusto en su hermoso rostro. ¡Qué mucho me estaba divirtiendo! Era cuestión de días para que la tuviera comiendo de mi mano.

—Sí, señor, como usted ordene.

Antes de colgar la llamada le dije:

—¿Crees que las rosas rojas le envíen algún mensaje?

—No lo sé, señor Alexander.

Su trato distante me fascinaba.

—Eres mujer. Alguna vez te deben haber enviado flores.

—Cuando alguno de mis pretendientes me quiere decir algo lo hace de frente. No me envía señales extrañas.

Su comentario punzante por poco me saca una carcajada, pero disimule.

—Rose es muy sensible —añadí.

—Tendré que dejarlo. Están llamando por la línea principal.

Por poco pierdo mi tímpano izquierdo cuando colgó la llamada. Me recosté de mi butaca, me acomodé y cerré los ojos con satisfacción. Patricia Campbell sabría quién era el jefe.

### *Ella*

—**P**apá serán solo seis semanas —intentaba convencer a mi padre para que se quedara dos horas adicionales con mis abuelos, pero Peter Campbell a veces se ponía terco, peor que una mula.

El hombre no apartó su mirada del televisor.

—Hija, nosotros nos podemos quedar esas dos horas solos. ¿Verdad, Adolfo? —mencionó mi abuela.

—No, no quiero arriesgarlos —dije.

—Ni que fuéramos niños pequeños —intervino el abuelo desde su mecedora.

—Papá, no puedo perder esta oportunidad —insistí para ver si el terco de mi padre cedía—. Después de que haga estas vacaciones podrían considerarme para un puesto permanente.

—No puedo, Pat —dijo Peter—. Sabes que tengo mis clases de tenis. Ni pensar en faltar un mes y medio.

Hice una mueca de disgusto y me dejé caer en el sofá al lado de mi abuela. Adele me acarició la mano con mucho cariño.

—Dos horas no son nada, hija. Tu padre nos da el almuerzo y cuando se vaya cierra con seguro. ¿Qué nos puede pasar a tu abuelo y a mí? —sonrió con dulzura—. Quédate tranquila. Te preocupas demasiado, Patty.

No estaba totalmente convencida de que aquello pudiera funcionar. Más tomando en cuenta que Adolfo le encantaba hacer travesuras con su andador. Puse los ojos en blanco cuando mi padre se despidió sin mayor preocupación.

—Es mejor que aceptes que nunca va a cambiar —me dijo la abuela cuando estaba preparándole la cena en la cocina—. Mucho esfuerzo está haciendo al quedarse cinco horas con nosotros.

—Nunca quise llegar a viejo por esto mismo. Es un lío que lo cuiden a uno —añadió el abuelo con fastidio.

—Ahora nos toca a nosotros cuidarlos. —Intenté abrazar al viejo, pero como típico huraño, repelió mi gesto.

—Déjate de sentimentalismos, Pat. Siempre te he inculcado que el más fuerte es el que sobrevive, y todavía soy fuerte. —Me mostró sus músculos flácidos.

—Sí, abuelo, es cierto.

Lo único cierto era que los amaba tanto que haría cualquier cosa por aquel par.

### *Ella*

A mitad de semana me sentí fracasada, como si de repente Roig Alexander tuviera todos los hilos bien amarrados y yo girara de acuerdo a sus demandas. Tan osado era el hombre que me había agradecido con una amplia sonrisa el envío del arreglo floral a la tal Rose Miller, y cuando le reclamé si había resuelto el asunto del noviazgo falso optó por ignorarme.

En una que otra ocasión lo observé encerrarse en su despacho para conversar por teléfono. Lo que más me sacaba de quicio era las sonoras carcajadas y el cuchicheo que no me permitía enterarme de detalles. Sospechaba que hablaba con su nueva conquista. Debía ser una rubia despampanante, de pechos exuberantes y trasero esférico. ¡Qué la llevara a ella a esa comida familiar!

Gracias al cielo que no todo estaba mal. Al menos me había librado de

Ariana por unos cuantos días, pues se había ido de vacaciones a Aspen con su madre y su único hermano. El que no me perdía el rastro era mi amigo Billy.

Precisamente ese día estábamos almorzando en un *bistro* cerca del trabajo.

—Tienes un brillito en los ojos muy sospechoso Patricia Campbell —me dijo mientras devoraba un enorme *wrap* de pollo—. Me da mucha tristeza que no confíes en mí.

—¿Podrías dejar de hablar con la boca llena?

Billy se limpió con la servilleta, masticó un poco y prosiguió después de beber un poco de agua.

—*Chery*, no me evites. Sabes que confío mucho en ti.

—Hay cosas que es mejor que no sepas. Créeme.

—Esa respuesta no me convence. ¿Se trata del gran jefe? ¿Has caído redonda?

—Por supuesto que no.

Me acomodé en la silla. Ponderaba si contarle era una buena decisión, pero tenía atragantado aquel secreto. Confiar en Billy quizás era arriesgado, pero tal vez su punto de vista masculino me ayudaba. Además, no podía negar que el individuo tenía un ingenio descomunal.

—¿Estás loca?! —fue su respuesta al contarle.

Tuve que pedirle que bajara la voz para que las personas que nos rodeaban perdieran interés en nuestra conversación.

—¿Sabes que Roig Alexander te pondrá de patitas en la calle y se encargará de destruir tu carrera y tu reputación? —Ahora murmuraba.

Oculté mi rostro. Claro que sabía que mi comportamiento era imprudente, pero los dos años que había dedicado al manuscrito me empujaban a hacer algo radical. Esa misma semana me había enterado que dos editoriales más lo habían rechazado. Me negaba a que un trabajo tan bueno se quedara tirado en un cajón. No renunciaría a mi sueño tan fácilmente.

—Debe haber una manera mejor de lograr que publiquen tu manual —dijo Billy, quien en ese momento había apartado lo que restaba de su almuerzo. Aparentemente había perdido el apetito después del bombazo.

—Mi editor ha tratado, pero ya hemos recibido tres rechazos.

Billy se acomodó sus espejuelos de pasta sobre el puente de la nariz y me lanzó una mirada que no supe descifrar del todo.

—¿Sabes cuántas veces rechazaron a la autora de Harry Potter? —me mostró ocho dedos—. Ocho veces, *cheri*. Te faltan cinco.

Se volvió a limpiar la comisura de los labios con la servilleta.

—Yo sé que no me has pedido consejo, pero te lo daré de todas formas — insistió apuntándome con el dedo índice—. Desiste de esa locura de inmediato. Esto solo puede traerte problemas. Y, por favor, apártate de Ariana. Esa mujer no tiene las neuronas funcionales.

—Es mi amiga.

—Muy mala amiga, por cierto. Si te apreciara, aunque fuera un ápice — hizo un gesto con sus dedos para demostrarme algo pequeño—, no te estaría pidiendo una locura como esa. No puedo entender cómo te dejaste convencer.

—Billy, publicar ese libro es mi sueño.

—Lo sé, pero esa no es la forma.

—El papá de Ariana es uno de los principales accionistas de Butterfly Publishing.

—A la porra con eso, Patricia. Piensa, perderás todo.

Si ese día le hubiera tomado el consejo a mi amigo me hubiese ahorrado mil problemas, pero la necedad me cegó.



# Capítulo Ocho

*La suerte cambia con una llamada*

*Él*

A final de esa semana me convencí de que me estaba comportando como un estúpido. El asunto de utilizar a Rose para despertar el interés de Patricia llegó hasta esa noche. Después de cenar con la rubia y tener una sesión de sexo bastante corriente, salí de su apartamento convencido de que esa relación era insostenible. Me arrepentía de mis actos, pues la mujer se iba ilusionando con cada encuentro. ¿Por qué no podíamos disfrutarnos íntimamente sin pensar en un futuro?

Cuando llegué a mi apartamento me recosté del sofá, pero dejé las luces del salón apagadas. Me fascinaba relajarme con solo los rayos de la luna que se colaban por el ventanal.

George:

*“Quiero imaginar que no estás en tu apartamento”*

El mensaje de texto de mi mejor amigo me sacó de mis cavilaciones.

Roig:

*“Aunque no lo creas ya estoy en casa”.*

George:

*“Te has vuelto un hombre muy aburrido. Estamos en casa de la hermana de Emilia Standford. Ha regresado de Europa y está hecha un bombón. Si la vieras”.*

Roig:

*“Con tus dotes de conquistador no será difícil llevártela a la cama”.*

George:

*“Está casada con un noruego que mide como siete pies”.*

Roig:

*“Sal de ahí, sino quieres problemas”.*

George:

*“¿Y el asunto de la secretaria?”.*

Roig:

*“Mal. Me ignora. Insistí en que fuera a la despedida de soltera de Becky, pero tampoco”.*

George:

*“Es mejor que le digas a tu familia que terminaste con esa novia falsa”.*

Roig:

*“Cada vez que la veo lo que me provoca es arrojarme sobre ella y besarla”.*

George:

*“Eso es acoso laboral”.*

Roig:

*“Ella también lo desea. He visto cómo me mira”.*

George:

*“Te crees que todas las mujeres te desean”.*

Roig:

*“En este momento la única que quisiera que me deseara es ella”.*

George:

*“Esta mujer no es como las demás. Baja un poco tu plan de conquistador. Quita a Rose del medio y compórtate como lo que no eres”.*

Roig:

*“¿Qué no soy?”*

George:

*“Un caballero”.*

No continué la conversación con mi amigo porque él tenía razón. Patricia Campbell no era cualquier mujer. Al final me quedé dormido, pensando en las estrategias para seducirla, pero ninguna me convencía.

### *Él*

**L**a semana transcurrió con relativa tranquilidad, pese a que parecía que el trabajo no acabaría. Entre reuniones e informes fue muy poco lo que pude adelantar con Patricia, aunque la estrategia de comportarme como un jefe ecuánime y amable estaba funcionando, y ella se iba relajando. Desistí de ser tan agresivo en mis avances y me dediqué todos esos días a observarla. Verla ensimismada en sus tareas me fascinaba. Creo que jamás me había tomado las cosas con tanta calma con una mujer. Ni tan siquiera con Kathy, mi ex prometida.

A ella la conocí en una fiesta que celebraban unos amigos en común y a las pocas horas nos revolcábamos en el colchón de su apartamento. Se puede decir que la fui conociendo con el tiempo. Lo que me gustaba de esa relación es que no tenía tiempo para aburrirme. Siempre había una nueva actividad o evento, pero lo que fue erosionando, lo que creíamos firme, fue que al final no tuvimos el espacio suficiente para conocernos en realidad. Basar una relación en una placentera vida sexual es ponerle el sello del fracaso. Cuando el sexo se convirtió en rutina no quedó nada y ella fue a buscar un hombre que la retara, no solo en la cama.

Así que esa lesión la había aprendido de una manera muy dolorosa.

—¿Necesitas algo? —me preguntó Pat cuando me recosté del umbral de la puerta del despacho para observarla afanada en su escritorio.

—No, gracias.

Regresé a mi oficina para deleitarme con la vista que me ofrecía el ventanal panorámico. Divagaba en mis pensamientos cuando sonó mi móvil. Una llamada de mi hermana mayor a las nueve de la mañana no era un asunto común.

—Erika, ¿están bien los niños?

—Sí, en realidad te llamaba para que me hagas un favor.

—Claro, ¿qué necesitas?

—Que seas el niñoero de tus sobrinos solo por unas horas. Hoy es mi

aniversario y quiero cenar con Ethan.

Me llevé la mano izquierda a la frente. ¿Acaso Erika había perdido la mente?

—Te prometo que será desde las siete de la noche y antes de las doce pasé a buscarlos.

—No sé nada de cuidar niños. Creo que es mejor que hables con mamá o con Becky.

—Mamá está en Nevada en la convención anual de una de sus fundaciones. Llega mañana. Y esta noche Becky cena con la familia de su prometido. —soltó un sollozo—. Tú eres mi única esperanza.

Lancé un gruñido airado. ¿Qué diantres haría con un niño de seis meses y una chiquilla de dos años? Los amaba, sí, pero no tenía destrezas.

—Te doy el dinero para que contrates a una niñera, Erika.

—La única niñera en quien confiaría es Bet y esta noche tampoco está disponible.

Hubo un silencio prolongado en la línea que fue interrumpido por un sollozo de mi hermana, pero eso no me ablandaría. Sabía lo manipuladora que era. Su estrategia era hacerme sentir culpable y luego responsabilizarme por su desgracia.

—Esta cena es muy importante, Roig. Los matrimonios tienen que solidificarse para no fracasar. Si pierdo a Ethan, pierdo la mitad de mi vida.

—¿Por una cena? ¡Por favor!

—Cuando tengas tu propio matrimonio y sepas la presión que ejercen dos niños, hablaremos.

—Eso no pasará —bufé.

—Claro que sí. Más temprano que tarde la tal Patricia Campbell te arrastrara al altar. Vi cómo la mirabas en la cena.

—Que la boca se te haga piedra.

—Como no cuides a tus sobrinos, no cesaré en rogar para verte como cordero degollado frente al altar y por lo menos con cinco chiquillos muy traviesos. Y cuando eso pase y requieras de mi ayuda... ¡No cuentes conmigo!

Sabía que las amenazas de mi hermana eran ciertas. Recordé la vez que se mantuvo orando para que me contagiara con sus varicelas. Aunque no me le acercaba por nada del mundo, al final terminé forrado con las benditas bolsas de agua y un picor infernal.

—Es un riesgo que los dejes conmigo.

—Prometo que te llevaré todo lo necesario. Verás que es muy fácil.

Recordé el partido de póker con mis amigos.

—Lo siento, hermanita. Había olvidado mi partido de póker esta noche en mi apartamento.

—¡Estupendo! Tus amigos podrán ayudarte. Paso por tu casa a las siete. Gracias, Roig. Eres mi hermano favorito.

Hice una mueca y colgué la llamada. No podía hacerme la imagen mental de preparar teteros, contar cuentos y cambiar pañales. ¿Cómo pasé de ser un seductor a un niñoero? No encontraba nada sexy en el asunto.

### *Ella*

**E**se viernes por la noche, después de cuidar a los abuelos, decidí dedicárselo a mi hermana. Hacía unos días que no la veía, pues había regresado a su casa ante la llegada de mis sobrinos. Estábamos los cuatro en la cocina, que para esa hora era un caos.

Al menos me había librado de estar presente cuando Elizabeth habló con Tina y Sam sobre la ausencia de su padre. Aparentaba que, superada esa primera impresión, los tres intentaban disimular su dolor. Esa noche nos habíamos propuesto preparar comida tailandesa gracias a que Tina estaba tomando un curso como electiva en la universidad.

—Alguno de nosotros debe guardar fuerzas para limpiar todo este desastre al final —dije.

—Sí, tía Pat —dijo Sam—. Te elegimos a ti para esa misión.

—Estupendo —dijo Tina—. Ya quisiera tener alguien que me asistiera en ese asunto en mi clase.

Me dejé caer en uno de los taburetes de la encimera con cierta nostalgia. No podía evitar que la ausencia de Mike no me afectara. En todas nuestras reuniones ese hombre era el alma de la fiesta y siempre era quien se encargaba de confeccionar las cenas.

Elizabeth se me acercó para besarme en la frente.

—Te sientes como yo —me dijo al oído para que los chicos no se enteraran.

Me tomó de la mano para buscar refugio en la sala y así contar con mayor intimidad.

—¿Se ha comunicado? —pregunté y negó con la cabeza.

—Llamó a los chicos cuando llegaron. Dijo que pasará el día de Acción de Gracias con ellos.

—Eso es una buena señal.

—No quiero hacerme ilusiones, Pat.

—Bueno... Pero piensa. Si tuviera esta nueva relación no pasaría un día tan importante con su familia. ¿No crees?

—En eso tienes razón, pero tal vez esa nueva mujer a su vez lo quiera pasar con su familia. Además, su idea no me incluía a mí. Se refirió a sus hijos.

—Siempre me he preguntado si no debería yo ser la cirujana y tú la escritora. Tienes una tremenda imaginación.

—Me rompo la cabeza a cada minuto pensando qué hice mal. Si es que ya me estoy poniendo vieja.

—¿Olvidas que el hombre en cuestión te lleva veinte años? Eres hermosa. Mírate. Ya quisiera yo a mis cuarenta y dos años tener tu figura.

Cuando jovencita, Elizabeth había recibido el rechazo de sus amigos en la escuela por sus granos en la cara y los ganchos en sus dientes. No se podía decir que era la chica más hermosa y, aunque todavía yo no nacía, las fotos eran la mejor evidencia. A sus veinte años, por el asunto de su baja autoestima, cayó en la anorexia. Una época muy triste para toda la familia, por eso siempre me encargaba de recordarle que era una mujer hermosa e inteligente, no en balde la habían reconocido como cirujana del año en todo California.

—A veces me siento fatal.

—Es una etapa —dije y absorbí un poco de su copa de vino.

—¿Y el asunto del donjuán?

—Fatal —afirmé—. Para colmo tendré que presentarme el domingo en casa de sus padres para compartir en una comida que le tienen a la hermana menor por su próxima boda.

—¿Aún no ha arreglado lo del noviazgo falso?

—No sé qué está esperando.

Elizabeth sonrió con malicia.

—Creo que le hace ilusión ese asunto, Pat.

—¡Por favor! Roig Alexander es alérgico a las relaciones serias.

—Entonces, ¿por qué no ha aclarado el asunto con su familia?

—Porque le conviene. Protege su orgullo ante la tal Kathy. ¿Puedes creer que es el hombre más descarado? Ahora se revuelca con otra mujer.

—Lo estás juzgando mal.

—La ventaja de ser su asistente es que conozco de cerca sus fechorías.

—¿Y Ariana? Esa chica es persistente.

—Está de vacaciones en Aspen y eso me ha dado cierto alivio, aunque no para de enviar textos diarios para que le dé información, pero he optado por ignorarla en estos últimos días. —Hice una pausa—. Han vuelto a rechazar el manuscrito. Esta es la cuarta ocasión.

—A grandes escritores les ha pasado igual. No tienes que desanimarte.

—Eso mismo me ha dicho Billy, pero no es fácil.

—No dejes de insistir. ¿Descartaste entonces seducir al donjuán?

—Es mi jefe. No voy a arriesgarme.

—Pero te encanta.

—¿Acaso me ves rendida a los pies de un mujeriego? No soy tan idiota.

—Fuiste tú quien me dijiste que era así porque no había encontrado la mujer que lo enamorara. Tal vez seas tú con tus tesis de seducción quien lo redima.

—Roig Alexander es un caso perdido.

—No dejes de insistir.

—Ya ni tan siquiera lo intento.

—Quizás así te funciona mejor.

Le hice una mueca para que abandonara el camino que llevaba la conversación.

No hay tesis sobre las relaciones con hermanas mayores, astutas y sabias.

## *Él*

**T**emía que en algún momento de mi vida tuviera que admitir esto, pero la presencia de mi amigo George me consolaba. Estábamos en la cocina de mi apartamento preparando una cena ligera para los muchachos que ya estaban por llegar a nuestra noche póker.

—No la creo capaz —dije.

—Parece que no conoces a tu hermana. Si dijo que vendría con los niños, de un momento a otro aparecerá en tu puerta con esas dos angelicales criaturitas.

—¿Crees que puedo hacer ese papel? No estoy preparado.

—Se trata de instinto.

—¿Instinto? ¿Cambiar un pañal te parece un asunto de instinto, George?

—Bueno... Lo cambias o te mueres de asco.

—¿En qué diablos estará pensando Elizabeth?

—En tener sexo agresivo con su marido.

—Dijo que irían a cenar.

—Eres tan ingenuo, Roig —canturreó divertido—. Los matrimonios piden esas treguas para acabar en un colchón consumidos de lujuria. ¿No lo ves? Cuando tienes niños en la casa no puedes concentrarte. Es preferible que alguien los cuide y así se puede dar rienda suelta a la imaginación.

—Pereces experto.

—Lo vi con mis padres. Nos dejaban con cualquier miembro de la familia y después, cuando llegaba a casa y registraba todo, me percataba de que habían tenido una especie de bacanal.

—Eres un depravado, George. Se trata de tus padres. ¿Cómo puedes hablar así?

—Creo que todavía tienen una placentera vida sexual.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté por pura curiosidad.

—El otro día entré a su habitación a buscarle un medicamento a mi madre y sin querer, juro que fue sin querer, vi un frasco de Viagra.

Tuve que desistir del tema e insistir con los filetes que me aguardaban en la sartén.

—Creo que tu suerte esta vez te abandonó —dijo el granuja de mi amigo señalando el monitor que mostraba lo sucedido en el vestíbulo del edificio—. Lo bueno de las cámaras de seguridad es que te advierten sobre las desgracias antes de que sucedan.

Vi a mi cuñado, Ethan, saludar al guardia de la entrada, firmar el registro de visitas y dirigirse al ascensor acompañado de mis inocentes sobrinos. Solté un suspiro. Erika había cumplido su promesa y había enviado al mejor mensajero. Ella sabía que a Ethan era difícil negarle un favor. «¡Bruja! ¿Cómo te atreves a dejarme a tus hijos para revolcarte con tu marido?», pensé.



# Capítulo Nueve

## *Coincidencias*

### *Ella*

Salí de la casa de mi hermana a las once de la noche, a pesar de su insistencia de que pasara la noche con ellos. Sabía que Augusta, mi gata, estaría ronroneando por todo el apartamento en busca de comida, así que me detuve en una farmacia con servicio las veinticuatro horas.

Me parecía conveniente comprar en ese horario porque el lugar estaba dispuesto solo para mí, pues no era muy común que los clientes optaran por adquirir alimento para gatos a la hora de dormir. Saludé a los empleados y me dirigí hacia mi pasillo favorito empujando un carrito de compras que chillaba cada vez que trataba de avanzar.

Me distraje con algunos juguetes nuevos que habían colocado en la sección de perros y me decidí por un par para donarlos al centro de animales. También adquirí un saco de comida y unas meriendas. Al llegar al área dispuesta para gatos me di cuenta que no quedaba la comida que tanto le encantaba a Augusta. Hice un mohín de disgusto. Cuando llegara con otra marca me aruñaría la cara. Exageraba, pero la verdad es que en múltiples ocasiones mi felina había hecho huelga frente al plato cuando le sustituía su marca favorita. No tuve opción. Tomé varias latas y me giré con prisa para tropezarme con un enorme pecho masculino. Levanté la mirada para toparme con un apuesto rostro que me sonreía como queriendo decir: “¡Sorpresa! He aquí tu pesadilla”.

La vida no podía estar compuesta de extrañas coincidencias. Y allí en medio del pasillo de los productos para mascotas me encontré con Roig Alexander.

Después de la impresión inicial, nos saludamos torpemente con un apretón de manos.

—Qué casualidad encontrarte aquí a estas horas —me dijo algo nervioso.

Tenía el cabello revuelto, una camiseta de color azul marino y unos bermudas blancos. Llevaba unas sandalias playeras. Se veía diferente. En cierto punto, hasta más joven.

Me alisé los mechones de cabello que se habían escapado de mi coleta y

maldije la decisión de no llevar maquillaje.

—Yo... Estoy comprándole comida a mi gata —sonreí. Debía parecer una idiota, pero los nervios me traicionaban.

—Yo estoy buscando un termómetro.

—Creo que están en el pasillo seis.

—Conoces muy bien el lugar.

—Créeme, me ha salvado en múltiples ocasiones.

—¿Me ayudas?

¿Cómo negarme si me dirigía aquella sonrisa tan sexy? Caminamos hacia el pasillo seis. Me carcomía la curiosidad del uso que le daría al termómetro. Y entonces acudió a mi mente un pensamiento muy perverso. Tal vez era para tomarle la temperatura vaginal a alguna de sus conquistas. Había escuchado que ese era un método anticonceptivo casi infalible. Estuve a punto de desistir en mi comportamiento bizarro y mandarlo al diablo, pero era preferible disimular y a la vez intentar sacarle la verdad.

Llegamos al área de los termómetros. Lo vi dudar frente a la oferta de aparatos de todos los tamaños, marcas y precios.

—¿Cuál me recomiendas? —preguntó.

—Depende el uso. —A veces me sorprendía de mi astucia.

—Para tomar la temperatura de un bebé.

¿Bebé? Quizás tenía un hijo.

—Estoy de niñera de mis sobrinos y el bebé tiene el cuerpecito caliente.

—¿Tu hermana...?

—¡Es una inconsciente! Me dejó a los niños para poder...

Se detuvo como si lo que fuera a decir resultara vergonzoso.

—¿Para? —pregunté levantando una de mis cejas.

—Olvídalo. El asunto es que necesito salir de dudas.

—¿Y sabes tomarle la temperatura a un bebé?

—No debe ser una ciencia hacer que abra la boca.

—A los bebés se le toma la temperatura por el recto. Es más certero.

Me miró con los ojos como platos.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque cuidé a mis sobrinos y mi hermana me enseñó. Es médica.

—No podría hacerlo.

—Pues tendrás que llevarlo a urgencias.

—Odio los hospitales.

—Un bebé con fiebre es muy peligroso, Roig.

—Ayúdame, por favor.

## *Él*

**A**l final me tuvo lástima y la convencí. Cuando logramos llegar a mi apartamento George intentaba calmar a Natanael arrullándolo en sus brazos, James le contaba un cuento a Clarissa y Ted preparaba un tetero en la cocina. La sala era un caos entre el cochecito, los peluches, los teteros, la ropa y los pañales.

Vi que la cara de Pat se transformó en incredulidad.

—Adelante —la escolté.

Después de saludar a mis amigos, la mujer tomó el bebé en sus brazos mostrando gran destreza y para sorpresa de todos le quitó el gorro, los guantes, la frisa y lo dejó tan solo con su pijama.

—Lo primero que deberían aprender es que a un bebé no se le debe abrigar tanto y más si está en un cálido apartamento. Eso le sube la temperatura —dijo acurrucando a un calmado Natanael. Era como si el bebé supiera que Pat había venido a rescatarlo de nuestras ineptas manos.

Le mostré la funda con el termómetro, pero me hizo un gesto para que desistiera. Ted se le acercó para extenderle el biberón.

—Gracias —dijo Pat. Luego vertió unas cuantas gotas de leche en el dorso de su mano, la olisqueó y entonces alimentó al bebé.

¿Para qué era todo ese protocolo?

—Bueno, amigo. Ya que ha llegado rescate es mejor que nos marchemos —me dijo Ted a la vez que me palmeaba el hombro—. Muy astuto traer a la chica —me dijo al oído y luego me hizo un guiño.

—Ya la niña se quedó dormida —dijo James tras acomodar a Clarissa en el sofá y cubrirla con una frisa.

—Yo coincido con los muchachos. Ya no hacemos mucho aquí —dijo George cuando se acercaba a la puerta—. Que pasen buenas noches —y me dijo en voz baja—: La tienes en la trampa. Espero que no la dejes huir.

Cuando el trío dejó el apartamento juro que sentí un poco de nervios. ¿Qué me pasaba con esa mujer? Temí girarme y que al verla me le abalanzara encima para besarla, pero me contuve.

—Te agradezco que vinieras a salvarme del caos —dije con una sonrisa de alcorcho. Estaba irreconocible.

Patricia me pidió que la dirigiera a un lugar en donde pudiera acostar al

bebé. Se me ocurrió que en mi habitación sería un lugar silencioso y seguro. La vi titubear frente a la puerta, pero zanjada su impresión inicial, se acercó a mi cama. No la juzgaba, mi habitación parecía más el cuarto de un burdel que una habitación de descanso. Ahora me arrepentía de haber instalado un *pole dance* a un extremo del salón, contar con un mini bar y una cama redonda cubierta por sábanas de satén rojo. Demasiado obvio que allí lo menos que se hacía era dormir.

—Siento que te encontraras con esta decoración en medio de esta absurda situación —dije. ¿Por qué no la dirigí al cuarto de huéspedes? ¡Imbécil!

—Lo importante es que el bebé esté bien.

Lo acomodó en el centro del colchón.

—Gracias —dije cuando se incorporó.

—Debo irme.

—¿Quieres tomar algo? Cerveza, soda, té...

—No, gracias. Acabo de cenar.

¿Cenar? ¿Acaso había salido con alguien? Me intrigaba el asunto.

—¿Con tu amigo? Ese que insistes en decir que no es nada tuyo, pero que te acompaña a todas partes pegado a ti como goma de mascar.

—No creo que sea de tu incumbencia.

—¿Sales con alguien?

Me interpose entre la salida y ella para no dejar que huyera.

—A veces te pones muy pesado, Roig.

—Me dolería mucho escuchar que sales con alguien.

—¿Y eso por qué?

—Se supone que eres mi novia.

Soltó una carcajada.

—Pensé que habías culminado esa farsa.

—¿Y perder la oportunidad de presumir que tengo la novia más hermosa del mundo?

—Debo irme.

Me acerqué despacio. Iba a besarla así me ganara un guantazo de su parte. A esas alturas nada me importaba más que tener el privilegio de saciarme de sus labios, así que arriesgué todo. La tomé de la cintura para que sintiera mi cuerpo. Vi sus ojos asustado... o más bien deseosos. No estaba tan seguro. Nos acercamos lentamente. Ambos dispuestos a no negar lo que tanto nos torturaba...

—Tío... Tengo sueño... ¡Mamá...! —El lloriqueo de Clarissa esfumó el

hechizo.

Pat corrió para socorrer a la niña y yo me quedé con mis ganas tremendas de besarla. Puse mi frente contra la pared para aliviar mi excitación y luego me giré para fingir como un idiota que nada había pasado.

### *Ella*

**M**i madre solía llamarme la atención sobre mi disposición de, sin importar la circunstancia, ayudar al prójimo, por eso entendía el porqué estaba en esa absurda situación. Al menos me justificaba pensando eso.

Después de lograr que la sobrina de Roig se quedara dormida junto a su hermano, le eché una última mirada a la habitación y salí de allí corriendo. ¿Cómo se le había ocurrido instalar un tubo niquelado en su propio cuarto? Tuve que disimular que todo aquello no me sorprendía, pero la realidad era que me tenía los nervios de punta. Temía que de improvisto descubriera un látigo, unas esposas o vaya a saber que otras cosas.

Vamos, que estaba bastante mayorcita para saber que esas cosas eran muy normales en una pareja y hasta divertidas, pero un *pole dance*.

—Te prepararé un té caliente —me dijo antes de que me escabullera.

Sabía que buscaba retenerme. No se conformaría con no intentar besarme de nuevo. Y eso ocurriría de un momento a otro si no salía por aquella puerta en los próximos segundos.

Me tomé el té lo más rápido que pude, pero cuando me pensaba salva, al tomar el pomo de la puerta, sentí su cuerpo pegado a mi espalda y su aliento cálido en mi nuca.

—No finjas más, por favor —me dijo con su voz ronca—. Sé que lo deseas.

—Roig, esto no nos conduce a nada bueno.

—Todo lo bueno, Patricia.

### *Él*

**L**as ganas inmensas de poseer su boca me arrastraron y la giré para atrapar sus labios. Esta vez ella abrió la boca para que la disfrutara a mi antojo. Incluso me abrazó por el cuello y con aquella invitación me atreví a estrecharla por la cintura. Pensaba que sería un simple beso y que tendría la

voluntad para alejarme. ¡Qué equivocado estaba!

Patricia Campbell era como una droga. Después que disfrutabas la primera experiencia querías más. La sentí jadear y eso me enloqueció de tal forma que de su boca me dirigí a su cuello. Su fragancia me embriagaba. Sentí mi sexo endurecerse, pero no quería que ella fuera capaz de percibirlo para no dañar el momento. Después de todo, tal vez era una chica un poco conservadora.

El problema con esta mujer era que no podía descifrarla y eso me estaba enloqueciendo. Con ella me sentía como en un frenético sube y baja. Cuando creía que la tenía conquistada, atrapada en mis manos, se escapaba.

—Hueles delicioso, Pat.

Gimió de nuevo. Juro que quise acariciar uno de sus pechos. Palpar su dureza y redondez, pero había llegado tan lejos y la experiencia era tan exquisita, que me detuve cuando sentí que ella ponía un poco de distancia.

Nos quedamos unos segundos con nuestras frentes unidas, intentando ralentizar nuestras agitadas respiraciones.

—Debo irme —me dijo.

Se giró para marcharse, pero antes de que alcanzara salir la arrinconé contra la puerta. Me pegué a su espalda. Ya no me importaba que se percatara de lo excitado que estaba. Después de lo que acababa de ocurrir debía insistir para no permitir que se marchara. Le atrapé la cintura y jugué con mi lengua en el interior de su oído hasta sentir que desfallecía de deseo.

—Patricia me gustas mucho.

—Esto no está bien.

—No pienses, solo disfruta.

La poseería. Entendía que estaba excitada y con un poco más de mis destrezas ella misma me pediría que la hiciera mía.

—Eres tan hermosa.

—Roig...

Le tomé uno de sus pechos para enloquecerla.

—Pat...

Luchó un poco para alcanzar la perilla de la puerta, pero no se lo permití cuando le tomé la mano. La giré para que viera mi rostro lleno de deseo.

—Esto no está bien —suplicó cuando le recorrí el cuello con mi lengua.

—Claro que sí, Patricia.

—Esto es un error.

—Difiero de ti.

Tuve que dejar que se marchara cuando mi móvil comenzó a sonar con

insistencia. Era una llamada del vestíbulo anunciando que mi hermana venía a buscar a los renacuajos.

# Capítulo Diez

*Veinticinco rosas*

*Ella*

**E**l centro de control de animales ese sábado estaba atestado de personas. Las filas eran kilométricas para lograr alcanzar los descuentos de vacunación y esterilización. Al final resultó una gran idea del doctor Alan Reynolds, el director.

En ese momento yo batallaba con una anciana que pretendía que su gato hiciera caso. Parecía no entender el comportamiento testarudo de un felino. Gracias a la ayuda de Magda, otra voluntaria, logramos calmar al primo hermano de Garfield, un hermoso gato que le faltaba solo hablar.

A media mañana el bullicio había cedido un poco y la algarabía por la actividad había atraído a personas que buscaban adoptar a una mascota. Como buena amante de los animales les hacía las advertencias de rigor: si son cachorros se portarán de forma traviesa, harán sus necesidades en cualquier esquina y de noche llorarán mientras se adaptan, si aun así se siente capaz, adopte. Si ve que no puede, devuélvalo al centro, pero jamás lo abandone en la calle.

—Por fin puedo saludarte —me dijo Alan, el veterinario a cargo del centro, y me sorprendió con un beso demasiado cerca a la comisura de mis labios—. Te eché de menos.

Opté por ignorarlo. Solía ser muy pesado y jamás, en esos dos años que llevaba como director, había cedido de su plan conquistador. Cuando comencé a tener problemas con mi ex novio, Ralph, vi a Alan de otra manera. Era apuesto... Bueno... No tanto como Roig.

«¿Qué hago pensando en mi jefe?», me reprendí, pero fue imposible que la necia de mi memoria no me recordara el beso de la noche anterior. Fue tan intenso que me desvelé toda la noche pensando en lo estúpida que era. Me moría de deseo porque ese hombre me hiciera el amor. Recreé la escena antes de quedarme dormida. Era algo así, Roig me seducía y me llevaba a su habitación —Claro, en un mundo ideal esto no incluía a sus sobrinos—, yo me deleitaba bailando en el tubo niquelado mientras me desnudaba poco a poco. Entonces Roig se sentaba en la orilla de la cama hasta que yo iba hasta



él para devorarnos.

—¡Patricia! —gritó Alan. Cuando vio el susto que me había provocado soltó una carcajada—. Un millón de dólares por tus pensamientos.

—Gracias a Dios que no cuentas con ese dinero —murmuré.

Magda, quien estaba bastante cerca, se reía de nuestra conversación mientras bañaba a un perro que acababan de rescatar.

—Espero que otro no me haya tomado ventaja —me dijo Alan al oído y se marchó.

Suspiré aliviada, pero el consuelo no me duró mucho. Una llamada del teléfono de la oficina a mi móvil solo podía prever problemas

—Patricia, necesito saber si enviaste el informe a Londres ayer —La voz de mi jefe no sonaba muy conciliadora.

—Claro, según como lo pediste.

—Glenn dice que no lo ha recibido. ¿Entiendes que estamos quedando mal con la compañía matriz?

Me disgustaba su tono, su manera de exigir y su altanería.

—Tienes que venir de inmediato.

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes? Sabes lo importante que es este informe.

—Es mi día libre y estoy cumpliendo un compromiso.

—Me importa un cuerno tus compromisos. Tienes media hora para llegar, sino prescindiré de tus servicios.

Colgó la llamada y me quedé mirando el móvil. ¿Dónde diablos habían dejado al Roig Alexander de la noche anterior?

### Él

**L**eí la nota por quinta vez para martirizarme de nuevo. Ya estaba confirmado, era un masoquista sin remedio.

*“Pat: Espero que estés bien. Acá en Panamá la vida es diferente, pero ya me voy adaptando. La gente es maravillosa y el paisaje muy lindo. Te extraño.*

*Por siempre tuyo, Ralph”*

¿Quién era ese pelafustán que le había enviado un arreglo floral con veinticinco rosas a Pat? Obvio, no era el hombre de cara linda del departamento de informática porque este nuevo rival estaba en Panamá. Daba vueltas de un lado para otro frente a su escritorio lamentándome por ser tan idiota y no haberla seducido en mi apartamento la noche anterior.

Solo así me libraría del maleficio que me había hecho esa bruja. Pero ahora sería diferente.

La sentí llegar y me alisé el cabello y la camisa para verme presentable. Ese día me había presentado a la oficina tras recibir un correo electrónico de mi jefe con un drama de que no le había enviado el borrador del informe anual a la fecha que él exigía. Tuve que hacer el recorrido desde mi casa para dar con el número del móvil de Patricia.

Me sentía cansado, cabreado y ansioso por verla de nuevo. Apareció vistiendo una sencilla camiseta con el logo del centro de control de animales. Esta vez su fragancia era una mezcla de gel para el baño y champú de perro. Lucía una coleta bastante desgreñada, no llevaba gota de maquillaje, pero aun así me pareció la mujer más hermosa del mundo.

No quería ser amable teniendo frente a mis narices aquel mastodonte de arreglo floral, por eso no sonreí cuando me saludó.

—Creo que hay alguien que no ha tenido un buen día —comentó cuando se acomodó frente al ordenador.

Moví un poco el arreglo para que se percatara de su existencia.

—Es tuyo —dije.

Primero se quedó petrificada contemplándolo, luego se le iluminó el rostro con una sonrisa de sorpresa, y de ahí pasó a la emoción total.

—¡Es hermoso, Roig! —Tomó la tarjeta con entusiasmo y pensé que había mal entendido que el detalle procedía de mi parte.

La decepción inmediata en su rostro me dejó saber que el tal Ralph estaba fuera de juego hacía bastante tiempo. Dejó la tarjeta a un lado y se dedicó a buscar la evidencia del envío del informe.

—¿Tu novio?

—Glenn tiene razón, Roig. —Optó por ignorarme—. Tengo problemas con mi correo electrónico.

—¡Maldita sea! —grité sacado de quicio—. Llama al ingeniero de sistema y dile que venga a arreglar esa falla ahora mismo.

—Es sábado.

—Si se niega, lo despediré.

Suelo ser un hombre bastante equilibrado con mis emociones, pero desde hacía un tiempo ni yo mismo me reconocía. Decidí esconderme en mi guarida y beberme un whisky. ¿Quién era ese imbécil que se creía con derecho a enviarle flores desde Panamá? ¿Y decía que era suyo?

### *Ella*

**E**ra incapaz de entender el comportamiento troglodita de ese hombre y mucho menos justificar sus actitudes. Tomé el teléfono para comunicarme con el ingeniero, pero después de múltiples intentos, desistí. Ponderé si comunicarle a Roig el resultado de mis gestiones era lo mejor en ese momento. Capaz y cuando abriera la puerta me lanzaba alguna de sus grocerías. Así que opté por algo menos extremo.

—Sabes que esto te costará, *cheri*. ¿Verdad?

Odiaba cuando Billy se hacía el imprescindible, aunque en aquel momento lo era.

—Juro que te haré esa ensalada de langosta que tanto te gusta —prometí.

—Que no falte una botella de *Château Latour*.

Quise espetarle varios improperios, pero con tal de no añadirle a la caótica situación me contuve.

—Te espero.

### *Él*

**C**uando Patricia entró al despacho traía unos documentos en las manos. Me deleité mirándola mientras acababa mi copa. Me había relajado en mi butaca mientras veía algunos adelantos noticiosos de deporte.

—¿Podrías firmarme estos documentos?

—¿No eras tú la que abogabas hace un rato en que hoy es sábado?

—Si tengo que esperar para que vengan a arreglar el correo, prefiero ocupar el tiempo.

—¿Conseguiste al ingeniero? —pregunté mientras estudiaba los documentos para mi firma.

Se mantuvo en silencio.

—¿Sobreviviste a tus sobrinos? —Esta vez su voz fue dulce, tal y como me imaginaba las veces que recreaba una escena erótica con esa mujer.

—Su madre cumplió la promesa y vino por ellos antes de la medianoche. Otro silencio aún más largo.

—¿Ese arreglo es de tu novio?

—¿Leíste la nota?

—Estaba abierta y...

—¿Cómo pudiste?

—Curiosidad.

—Eres un entrometido. ¡No lo puedo creer! —Levantó las manos, exasperada—. Eso es una falta de respeto crasa. ¿Qué te has creído?

Me planté frente a ella con mis ojos entornados.

—Perece que has olvidado a quien te estás dirigiendo, Patricia Campbell.

Me desafió con la mirada.

—Parece que lo olvidaste tú anoche, Roig Alexander.

Sonreí para mortificarla. Su comentario me dejó ver que le atormentaba la escena tanto como a mí. La tomé de la cintura para hacerme con su cuello. Esta vez no tendría piedad. La quería completa. Le comí la boca hasta que a mí mismo me provocó dolor.

Le quité la coleta para introducir mis dedos en su abundante melena. De esa forma me aseguraba que no se escabullera hacia la puerta. La empujé a la orilla del escritorio para acomodarme entre sus piernas. Quería que sintiera todo mi deseo.

—Roig...

Juro que si volvía a pronunciar mi nombre con aquel gemido la desnudaría y allí mismo la poseería. Esta vez jugué con sus pechos cuando me escabullí debajo de su camisa. Mi boca ansiosa la lamía sin piedad y con cada gemido me enfrascaba en mejorar las caricias. Logré deshacerme de su sostén y cuando vi su voluptuosidad no conseguí frenarme y la acaricié a mi antojo.

Ella, por su parte, no pudo aguantar sus ganas de tocarme. Sentir su mano palpando mi excitación me enloqueció.

—No sé que me has hecho Patricia, pero solo pienso en llegar a esta maldita oficina para verte cada día. Observarte de lejos. Imaginarme mil cosas contigo. Te he hecho el amor en infinitos lugares. Te has metido en mi mente como una sanguijuela.

—Me encanta cómo me tocas —me dijo antes de cerrar los ojos y entregarse a mi contacto.

Para ese momento había logrado introducir mi mano en su delicada entrepierna. Era como tocar un pedazo de terciopelo.

—Patricia, necesito hacerte mía.

El ruido del teléfono sobre el escritorio me desconcentró. Su insistencia me sacó de quicio, por eso solté varios epítetos muy subidos de tono.

—Debes contestar.

—Debo estar dentro de ti porque si no moriré.

—Roig, contesta. Tal vez sea la persona de sistema.

Maldije de nuevo y no tuve más remedio que contestar la impertinente llamada. Lo peor de todo fue que Patricia me lanzó una mirada muy seductora sin dejar de acariciarme donde más me gustaba.

—Dígale que pase.

Me alejé un poco, desilusionado con lo que acababa de escuchar.

—¿Por qué llamaste al tal Billy Edward?

—Fue al único que pude conseguir y es el mejor de todos.

Ella se arreglaba la ropa con manos ligeras. Como si le importara mucho lo que el tal Billy fuera a pensar.

—Patricia —Le tomé el mentón con firmeza para me mirara a la cara—, espero que no estés jugando conmigo. No me gustan los juegos en los cuales llevo desventaja.

—No sé a que te refieres. —Huyó de mi mirada.

—Que odio la mentira. A eso me refiero.

Ocultó su cara de nuevo y eso hubiese sido suficiente para que yo levantara una bandera de sospecha, pero como ya estaba metido en el juego, no tuve la claridad mental para darme cuenta de que esa mujer me arrastraba derechito a un enorme iceberg.

### *Ella*

—Tienes el cuello rojo, y no es de vergüenza —me dijo Billy al saludarme—. Dime que te lo acabaste de tirar y termina mi agonía, mujer.

—Me salvaste de caer en las garras del león.

—Debí retrasarme.

—No sé cómo me dejé arrastrar.

—Por eso hombre que me llamen serpiente rastrera.

El carraspeo de Roig a nuestras espaldas nos hizo espabilarnos.

—¿Cómo está, señor Alexander? —Me gustaba cuando Billy fingía una voz gruesa y varonil.

—Muy bien. —Mi jefe le estrechó la mano—. Espero que pueda resolver el problema.

—Haré lo posible.

Billy se sentó tras el ordenador, crujió sus dedos, se acomodó sus espejuelos de pasta y se metió de lleno en lo mejor que sabía hacer, trabajar en los sistemas.

—Usted, venga conmigo —me dijo Roig y lo seguí con cierto temor.

Entramos al despacho y tan pronto cerró la puerta me tomó por la cintura.

—No podemos dejar las cosas así, Patricia.

—Roig, esto no nos conviene.

—Deja que el tiempo decida.

Me volvió a besar.

—Cena conmigo esta noche —me pidió.

Lo miré ansiosa. Hubiese gritado que sí, pero eso era rendirme.

—Lo siento, esta noche tengo una reunión.

—¿El Club 4H de nuevo?

Me miró con cierta frustración.

—Mis sobrinos han venido para Acción de Gracias e iremos al cine.

—Puedes ir a mi apartamento después que termines de ver la película.

Entonces, recordé la tesis #32: Jamás conduzcas a casa de un hombre para llevarle sexo.

—No, Roig. —Me distancié un poco—. No tengo previsto acostarme contigo. Me gustas, sí. Te encuentro un hombre muy guapo. Cualquier mujer lo sabría, pero no suelo tener sexo ocasional movida por el deseo únicamente. —Caminé a la puerta—. Solo me acuesto con hombres de los que estoy enamorada y este no es el caso.

Salí y al cerrar la puerta tras de mí supe que Roig Alexander desistiría de su plan de conquista. Los donjuanes suelen darse por vencidos enseguida que se dan cuenta de que el objeto de su deseo es difícil. Adiós al contrato con Butterfly, adiós al manuscrito y adiós a la posibilidad de ocupar una mejor posición dentro de la empresa.

—*Cheri*, ¿todo bien?

—Todo se ha ido por el caño, Billy.

—¿Te darás por vencida?

Hay veces en la vida que hay que saber cuál es el momento adecuado para comenzar a comprender que es mejor perder.

# Capítulo Doce

*No hay antídoto para el amor*

*Ella*

**E**l domingo, muy de mañana, cuando me disponía a tomar café, recibí una llamada de un número que no reconocí. Me debatía entre si responder o no, pero al final me decidí.

—Buenos días.

—Querida, ¡qué bueno que te encuentro!

La voz de Claudia Alexander al otro lado me hizo recordar la comida de esa tarde. Aspiré todo el aire que me fue posible y traté de conducirme con la mayor amabilidad con la madre de Roig.

—Anoche cenamos con Roig, pero no pudo asegurarnos que vienes a la comida de esta tarde.

—Es que... Mis sobrinos han venido a celebrar la temporada de Acción de Gracias y...

—Me encantaría que nos acompañaras, aunque fuera una hora.

Me mantuve en silencio y al final como si una fuerza maléfica me empujara, acepté la propuesta de aquella mujer.

Así fue que acabe en la terraza de la mansión Alexander, rodeada por las hermanas y las primas de Roig. Juro que me sentía como una lombriz en gallinero, pese a que las chicas eran muy amables y alegres. Me integré al grupo fácilmente, lo que me dolía era la mentira que estaba interpretando. En resumen, me había convertido en una embaucadora profesional y eso no me hacía sentir bien.

—No sabía que mi querido sobrino tenía una prometida tan bella —me dijo una de las tías de Roig cuando nos presentaron—. ¿Y cuándo se casan?

—Todavía no tenemos una fecha prevista —dije.

—Tía, deja a la pobre Patricia —dijo Erika, la hermana mayor de Roig, y me salvó al tomarme de la mano y conducirme al bar de dulces—. No te dejes torturar. ¿Ves a todas esas mujeres?

Hizo que me girara para notar la presencia de al menos veinte mujeres.

—Todas darían la mitad de sus vidas con tal de presenciar el día en que mi querido hermano se tire la soga al cuello.

—Estuvo a punto —dije, pero en realidad quería que Erika me develara detalles de la relación entre Roig y Kathy.

—No, eso no cuenta —bufó Erika mientras devoraba un cup cake—. Roig la quiso. Creo que hasta se ilusionó un poco, pero pensar en casarse, lo dudo. Kathy es muy frívola. No es su tipo de mujer.

—¿Y crees que yo lo sea?

—No sé si lo seas, pero jamás lo había visto mirar a una mujer como te mira a ti en este momento. —Erika me hizo un gesto con la boca para que dirigiera mi mirada hacia la entrada.

Y allí estaba el donjuán rodeado por sus primas. Me saludó de lejos y después de ese encuentro se dirigió hasta donde nosotras. Me saludó con un tierno beso sin apenas rozar mis labios y me abrazó por la cintura para interpretar el papel de novio de forma convincente.

—Esta es una reunión de chicas —dijo Erika.

—He venido a comprobar que no tengan unos cuantos hombres desnudos pervirtiéndolas.

—No, cariño —le dijo Erika y le besó la mejilla—Eso será en la noche sin mamá, ni las tías, ni la abuela.

—Se aburrirán sin ellas —dijo Roig.

—Por cierto, Patricia, estás invitada —dijo Erika—. En el Anchor Club a las diez. Espero verte.

Me encantó cuando vi que el rostro de Roig se tensaba.

—Me encantaría —dije, para mortificarlo.

Entonces, sentí un pellizco en mi espalda. Tan pronto Erika se escurrió para regresar con sus primas, Roig me observó con su rostro hosco.

—¿Irás?

—¿Te importaría?

—No es agradable hacerme la imagen de ti con un tipo bailándote con un bikini en tus narices.

Sonreí con picardía.

—A mí me parece encantador, Roig.

—Patricia Campbell el día que quieras que un hombre te baile desnudo solo tienes que tocar el timbre de mi apartamento, pero yo, a diferencia del stripper, exigiré que tú hagas lo mismo.

Su comentario me alteró. Ese hombre tenía la magia para deshacerme con su voz y su magnetismo.

—No vas a ir, ¿verdad?



—No lo sé, Roig. Fuiste tú el de la idea del falso noviazgo. Espero que acabes con esta mentira muy pronto.

Sonreí con candidez y regresé con las chicas.

## *El*

**I**ntentaba no pensar en que a esa hora mis hermanas, mis primas y Patricia estaban en ese lugar con todos esos tipos musculosos, bailando e incitándolas. Me parecía lo más vulgar y corriente del mundo. En cambio, yo había optado por salir con mis amigos a beber en un nuevo bar que habían abierto en el centro. Trataba de relajar mi mente.

—Quita esa cara —me dijo George cuando regresó a la mesa con las bebidas—. Parece como si vinieras a un funeral.

Le di un sorbo largo a mi whisky. Mi amigo se sentó mi lado, y aprovechó que James y Ted se fueron a la pista con dos chicas para torturarme.

—Creo que te estás tomando ese papel del noviazgo muy en serio.

—No dejo de pensar en ella, George.

Mi amigo hizo una mueca que no me agradó.

—Te has enamorado, Roig.

—Imposible. Apenas nos conocemos. Sí, me atrae. Es linda y la deseo. Es obvio, pero no siento amor.

—Si solo te atrajera no estuvieras sufriendo y sulfurado porque esté rodeada de tipos fuertes y semi desnudos en este momento.

—Eres el mejor infundiendo aliento.

Nos quedamos en silencio.

—Tengo miedo, aunque suene medio cursi —admití.

—No conozco un antídoto para el amor, amigo.

—Nunca te has enamorado, George.

—Me enamoro de todas, pero no quiero nada serio con ninguna. Tengo treinta años. Todavía no es hora de salir del mercado, pero creo que tú sí.

—Me voy a casa. Soy una pésima compañía esta noche.

—Descansa. Tal vez mañana lo veas todo de forma distinta.

—Espero.

Dejé el club después de despedirme del resto de los muchachos. De camino al apartamento recibí una llamada de Anne Clement, una chica que había conocido hacía un tiempo.

—¿Quieres jugar? —fue su saludo.

—Anne...

—Te acabo de enviar una foto.

Cuando me detuve en un semáforo encontré una foto que la mujer me había enviado al móvil. Estaba desnuda en una pose muy sugerente. Había olvidado que Anne le gustaba jugar de forma extrema. Recordé el día que hicimos el amor en el ascensor de su edificio en compañía de dos de sus amigas.

La verdad era que quería buscar algo que me ayudara a sacar a Patricia Campbell de mi cabeza, por eso únicamente acepté el juego.

### *Ella*

Ver a esos sexys chicos bailando a centímetros de mi cara debió encender mi libido, pero la realidad era que mi mente se encontraba a kilómetros de allí. Me atormentaba pensando en qué haría Roig en ese momento. Traté de disimular mi ansiedad tomando varios Manhattan, pero eso no me estaba ayudando.

—¿Estás bien? —me preguntó Becky—. Deja de pensar en Roig, aunque estos chicos no se pueden comparar con él. Tengo que reconocer que mi hermano es muy guapo.

Sonreí.

—Debo irme. Mañana trabajo —dije antes de la medianoche. Me despedí con un beso y salí de allí casi corriendo.

Al llegar al apartamento no me percaté de la presencia de Roig. Me esperaba en el primer peldaño de la escalera frente a mi puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Asegurarme de que llegas bien.

Abrí la cerradura con un temblor en mis manos que quise disimular, pero no lo logré. Vacilé si dejarlo pasar era lo mejor para ambos. Sabía que ya en el interior, cuando cerrara la puerta, no habría marcha atrás. «Resiste, Patricia. Si te acuestas con él será el fin», pensé. Pero una cosa era lo que pensara mi mente, y otra mi cuerpo.

—Pasa —dije al final.

—Tu apartamento es muy lindo —dijo cuando accedió a la diminuta sala.

—No tiene las dimensiones del tuyo, pero me siento a gusto.

—Refleja calor de hogar.

Vi que tenía las manos en el bolsillo de su pantalón y se conducía con cierta inseguridad.

—¿Quieres algo de tomar? No tengo cerveza, pero puedo darte una soda, te.

—No, estoy bien. ¿Cómo la pasaron? —preguntó, cuando se acomodó en el sofá.

Dejé mi bufanda en el perchero y encendí la calefacción.

—Si lo que quieres saber es si tu hermanita sobrevivió a nuestra perversidad, duerme tranquilo. Está íntegra.

—¿Y tú?

Me giré para sonreírle.

—¿Yo qué?

—Que si te divertiste.

—Siempre me divierto en esos lugares.

Roig se recostó del sofá.

—Hablas como si los frecuentaras.

—No creas, hacía mucho que no iba.

—¿Eran muchos chicos?

—No te martirices más, Roig Alexander. No pasó nada que sea meritorio de contarse.

—¿Fotos?

—No hay evidencia.

Se levantó para acercarse y me abrazó por la cintura.

—No tengo vida desde las diez de la noche. Te imaginaba con esos tipos...

Le sonreí con picardía.

—¿No te parece una imagen sexy?

—No —dijo, parco.

—Tenemos que decidir que vamos hacer con el noviazgo, Roig.

—No pienso acabarlo.

—Hablo en serio. Tu familia no se merece...

—Quiero que seas mi novia, Pat.

—¡Estás demente!

Intenté zafarme, pero sus brazos me retuvieron con fuerza.

—No está en tu naturaleza. Eres un donjuán.

Sonrió y acercó su boca despacio. Su recorrido fue tan lento que me llené

de ansias, por eso fui yo quien esta vez lo besó. Quería sentirlo sin miedos ni remordimientos. Quería que Roig Alexander fuera mi amante y me enseñara las cosas del placer que aún no conocía.

—Patricia, te deseo como un demente. No pienso en otra cosa que en ti. Día y noche. Te has metido en mi mente de una forma que no puedo explicarme.

Para ese momento ya había comenzado a desabrocharme el vestido. Tan pronto me quedé en medio de la sala solo con el sostén y las bragas de encaje vi que se alejó para mirarme con deseo.

—¿Darías una vuelta para mí?

De primera intención me negué. Solía ser un poco tímida con mi cuerpo y jamás los cuatro hombres con quien había estado anteriormente me habían pedido algo así. Incluso jamás me habían mirado con esa cara de perversión que ahora exhibía Roig.

Cerré los ojos para que fuera más fácil y fui sorprendida cuando al llegar al punto de retorno lo encontré de rodillas frente a mí. Me desconcertó verlo rendido.

—¿Sabes que te daré placer? —me acercó a su boca y me fue quitando las bragas en un movimiento lento que me estaba matando—. Te daré todo el placer del mundo, Patricia Campbell. Viviré para ello.

Sentir su aliento en medio de mi femineidad y su ansiedad por llenarme me llevó a tomarlo del cabello para dirigirlo a mi antojo. En un momento se alejó para quitarse la chaqueta y la camisa.

—¿Te gusta?

¿Por qué me preguntaba eso si me estaba volviendo loca? Hasta ese momento jamás en medio de una relación íntima había sido tan expresiva, pero de forma involuntaria se me escapaban los gritos y jadeos. Quise controlarme, pero fue imposible. Tan pronto yo reprimía mi deseo, Roig me tocaba en un punto que me hacía estallar.

Muerta de placer me recostó del sofá. Se quitó su pantalón y su bóxer para dejar que me deleitara con su atractivo cuerpo.

—¿Lo quieres, Patricia?

Afirmé con la cabeza y atravesé la puerta para recorrer un camino que nos indujo más allá del placer.

Tesis #: No hay tesis para este momento.

Después de esto, creía que era cierto lo que habían dicho las cinco editoriales que me habían rechazado, no hay manual para la seducción.



# Capítulo Doce

*El sexo lo cambia todo*

*Ella*

**E**l lunes fue un día caótico en la oficina, pues la mañana nos recibió con la noticia de que el vicepresidente de la compañía a nivel mundial pretendía visitarnos ese miércoles. Así que Roig convocó una reunión urgente con los jefes de departamentos y con la junta administrativa.

Pebble y yo tratábamos de conformar las carpetas que el jefe nos había solicitado. Y tal y como a él le gustaba, todo debía estar en estricto orden. Después de hacer las reservaciones de hotel del señor Gustave Lempier, místico vicepresidente, me dediqué a contestar todos los correos electrónicos atrasados.

Pese a todo el trabajo no dejaba de pensar en la forma de actuar de Roig. Cuando me había levantado esa mañana, después de esa exquisita noche de placer, que duró hasta las cuatro de la madrugada, extendí mi mano sobre el colchón y la presencia del donjuán se había esfumado.

Así que se comprobaba mi tesis #53: El sexo lo cambia todo. Entonces, me bañé con dignidad y me propuse fingir. Hacerle creer que aquella fantástica noche solo había ocurrido en su mente. En nuestro saludo mañanero lo traté a distancia y evité estar a solas con él en su despacho.

Lo que me cabreaba era que ni una sonrisa ni un gesto. «Esto es sexo. Eso es lo que es Roig Alexander, una máquina sexual», pensaba. Haría lo que hace tiempo había previsto y lo que Ariana tanto reclamaba, le arrancaría el corazón.

Para: [pcambell@xyosoftware.com](mailto:pcambell@xyosoftware.com)

De: [bedward@xyosoftware.com](mailto:bedward@xyosoftware.com)

Asunto: Apareció el maldito

Pat: Thomas acaba de escribirme por Whatsapp. Dice que me extraña y que quiere venir para Navidad. No sé que decirle.

Billy.

Para: [bedward@xyosoftware.com](mailto:bedward@xyosoftware.com)

De: [pacmpbell@xyosoftware.com](mailto:pacmpbell@xyosoftware.com)

Asunto: Usa un medio alternativo

¡Billy! No deberíamos tratar esos asuntos por aquí.

Para: [pcambell@xyosoftware.com](mailto:pcambell@xyosoftware.com)

De: [bedward@xyosoftware.com](mailto:bedward@xyosoftware.com)

Asunto: Este correo solo lo veo yo

Si tuvieras instalado el Whatsapp y no fueras tan anticuada podríamos hablar por ahí. ¿Qué hago, Pat?

Para: [bedward@xyosoftware.com](mailto:bedward@xyosoftware.com)

De: [pacmpbell@xyosoftware.com](mailto:pacmpbell@xyosoftware.com)

Asunto: Hablamos en el almuerzo

No soy anticuada. No me gusta estar conectada las veinticuatro horas. Me gusta mi intimidad. Pero tú deberías tener mensaje de texto en tu móvil. Es mejor que esperemos la hora de almuerzo para hablar. Tengo mucho trabajo”.

Conseguí que dejara de enviarme sus mensajes al cuarto intento. Tuve que ignorarlo porque Roig estaba pidiendo varios documentos.

A mediodía el dolor de cabeza me resultaba insoportable. Después de tomarme las aspirinas que me ofreció Pebble escuché la entrada de un mensaje de texto en mi móvil.

*“No sé para qué insisto, pero no dejo de pensar en ti, Ralph”.*

Ese mensaje, proveniente de mi ex, me sacó de las casillas.

Durante el almuerzo le serví de consejera a Billy, pero antes de retirarme del restaurante recordé que Roig no saldría de la reunión por buen tiempo, así que decidí llevarle su plato favorito, carne de res, setas y papas. Una cosa era que estuviera cabreada con él y otra cosa era evitar que muriera por inanición.

—¿Comprar comida para tu jefe? —me preguntó Billy con su rostro estupefacto.

—Eso hace una buena secretaria, ¿no?

—¡Patricia Campbell devuelve eso ahora mismo! Eso no está en tu manual. Muy claramente la tesis #46 dice: “Jamás le lleves comida a un hombre”. ¿Qué diablos te pasa? ¿Quieres ser tratada como un tapete? No me

digas que te acostaste con él. Tú misma me has dicho que la intimidad nubla el buen juicio.

Era cierto ese consejo y tenía total lógica. Después de llevarle almuerzo a un hombre pierdes atractivo porque comienza a compararte con su madre.

—No ha comido —insistí porque después de todo tenía un alto grado de altruismo—. Van a ser las dos de la tarde.

—¡Qué se muera de hambre! — me dijo sin apenas mover los labios y hasta me zarandeó para hacerme reaccionar.

Billy me arrebató la funda de la mano y se la devolvió al dependiente.

—La chica no desea llevarse esto.

—No podemos devolverle el dinero, señor.

—Olvide el dinero.

Mi amigo me empujó por la cintura para sacarme del lugar.

Jamás olvidaré ese día. Billy me salvó el orgullo, pues cuando regresé a la oficina Pebble me detuvo en la recepción.

—Te tengo que contar algo, Pat —dijo en voz baja.

—¿Qué sucede?

—Hace como algunos cinco minutos que se presentó una mujer con almuerzo para el jefe. Están encerrados en el despacho. Creo que es su conquista de este fin de semana porque no la había visto antes.

Me dolió conocer aquel incidente, pero me alivió que Billy me recordara mis teorías.

—Eso hacen las mujeres que no tienen suficiente autoestima —dije con mi mentón en alto.

—A mí me parece un lindo detalle —mencionó Pebble, risueña.

Ahora entendía por qué a sus casi cuarenta años seguía soltera. Me vi tentada a preguntarle a cuantos hombres le había llevado almuerzo.

—No logrará conquistarlo —aseguré.

—¿Tú crees? A los hombres les gusta comer y ese tipo de detalles...

—Pero también les gustan las mujeres que no andan arrastrándose tras sus pantalones.

Pebble hizo un gesto ambivalente, pero a último minuto desistió de abundar. Caminé hasta mi escritorio para martirizarme escuchando las risas estruendosas de aquel par en el interior del despacho del donjuán, pero lo más que me preocupaban eran los intervalos de silencio. ¿Cómo fui capaz de ser tan estúpida de acostarme con ese hombre? Recordé las cosas que me dijo en medio de nuestra intimidad y me convencí de que era un mentiroso. ¡Estaba



acabada! Había caído presa de lo que siempre había rechazado. Mis tesis eran un fiasco, por eso cuando mi editor me llamó no contesté el móvil.

Y como era muy orgullosa, dos horas antes de mi salida, dejé todo impecable y me marché con la excusa de que no me sentía bien. Jamás me hubiese quedado en mi escritorio para ver a la nueva conquista coquetear con Roig frente a mis narices o comprobar lo que acababan de hacer en el interior de aquella oficina.

Tesis #51: Cuando no sepas cómo actuar, escóndete.

### *Él*

**P**atricia Campbell había desaparecido aduciendo un intenso dolor de cabeza el día que más se necesitaba en la oficina. ¿Acaso pensaba que el que venía al día siguiente era el viejo panzón de Papá Noel? Hice una mueca de disgusto cuando Pebble entró a mi despacho con la noticia.

Al menos había logrado que Anne Clement se fuera, pese a su insistencia en hacer lo que ella llamó “cositas” sobre el escritorio. Jamás en la vida me arriesgaría a tanto a menos que fuera con Patricia y solo para satisfacer mis fantasías más lujuriosas.

Recordé la noche anterior. Fue lo más delicioso que había experimentado en mi vida sexual. Esa mujer era increíble. Tuve que huir en la madrugada por temor a despertarnos juntos. Era un asunto demasiado íntimo y yo no me quería comprometer. Insistía en que pese a lo mucho que me gustaba Patricia no me enamoraría de ella. Así que tenía que resistir, por eso aquella mañana decidí actuar de forma normal para que entendiera que una noche de sexo no cambiaba nada. No la quería como una obsesa tras mi trasero.

Recobré la cordura, di un golpe sobre el escritorio y le dije a Pebble:

—Llámalas y dile que regrese de inmediato.

—Como usted ordene.

A los dos minutos escuché la voz apesadumbrada de Pebble a través de la línea del teléfono.

—Tiene el móvil apagado, señor. Es que la pobre se sentía muy mal.

No le creía. Algo se tramaba Pat y yo iba a averiguarlo.

### *Él*

Nunca había insistido tanto llamando al móvil de una mujer. Eran las ocho de la noche y Patricia se negaba a aparecer pese a mis casi cincuenta llamadas. Estaba en el sofá de mi apartamento viendo un partido de baloncesto cuando al fin logré comunicarme.

—¿Cómo te atreves a abandonar la oficina cuando mañana tenemos la visita de Lempier?

—Me sentía mal.

—¿Estás mejor? —Bajé la guardia porque se escuchaba mal.

—Un poco.

—¿Dónde estás?

—En mi apartamento.

—Creo que debes descansar. Hoy fue un caos en la oficina.

—¿Cómo fue la reunión?

—Tensa. Espero que mañana Lempier comprenda lo que he tratado de hacer.

—¿Temes que no lo entienda?

La realidad era que con seguridad prescindirían de mis servicios o, en el peor de los casos, me pondrían a prueba. Los números no iban tan bien como ellos querían, a pesar de todos los controles que había impuesto en el área fiscal.

—Me esforzaré por darle una idea clara del panorama —dije.

—¿Y cómo te fue con tu nueva amiga?

Me fascinaba. Ahora entendía su supuesto mal estado. Se llamaban celos.

—¿Te molestó su visita?

—Claro que no.

—Patricia, ¿estás celosa?

—Cree lo que te haga feliz.

—Solo fue a llevarme almuerzo ya que a mi secretaria se le olvida que su jefe debe alimentarse.

—Eso no está en mi lista de deberes.

—Y lo de anoche tampoco. —Hice una pausa antes de soltar la bomba que estaba presto a preguntar—. ¿Estás enamorada de mí?

Soltó una risotada, pero supe que se trataba de los nervios ante mi imprevista consulta.

—¿Qué pregunta es esa?

—Tu cuerpo no me miente. Anoche hiciste el amor conmigo y hace unos

días dijiste que solo lo hacías con quien estabas enamorada.

Hubo un silencio prolongado en la línea.

—Tengo que volver a la cama. No me siento bien.

—Patricia...

—Lo que pasó anoche no volverá a ocurrir.

Me faltaban argumentos, por eso desistí y colgué, aterrado. Si continuaba por ese sendero el enamorado sería yo y no estaba dispuesto a recibir otro puntillazo en el corazón.

### *Ella*

**E**l día de Acción de Gracias nos reunimos en casa de mi hermana. Mi cuñado —o ex cuñado, en realidad no sabía qué estatus tendría en aquel momento— se apoderó de la cocina y sus hijos fueron sus asistentes. Mientras, Elizabeth y yo nos despejábamos en la sala frente a la chimenea para aplacar el frío.

—Se comporta como si no hubiera ocurrido nada —comenté a la vez que miraba en dirección a la cocina.

—Pero no es así. Cuando llegó me dio un beso en la mejilla como quien saluda a su enemiga.

—Bueno... Pero está aquí en familia.

—No se quedará.

Me acerqué a mi hermana para tomarle las manos.

—Escúchame bien. Ese hombre vivía loco por ti. No sé qué pasó, pero tienes que insistir en que te diga el porqué de su actitud.

—No sé, Pat. No quiero sufrir.

—Peor es vivir con la incertidumbre.

Regresé a mi apartamento a las nueve de la noche bajo un frío extremo que me calaba los huesos. Tan pronto me preparé para irme a dormir sonó un mensaje de texto en mi móvil.

Roig:

*“Mi familia no deja de preguntar por mi novia. Creo que los has conquistado”.*

Hice una mueca triste. No quería contestarle. Esa semana, con la visita de Lempier, mantuvimos las apariencias en la oficina, pero la realidad era que

tenía dispuesto que el próximo lunes, cuando retornáramos a la normalidad pediría que me enviaran de vuelta al piso tres. Para hacer esa petición a recursos humanos no tenía que contar con la aprobación de Roig.

Pat:

*“Deberías acabar con esa mentira. Lo van a descubrir”.*

Roig:

*“Me hace ilusión”.*

Pat:

*“Como te hacen todas las demás”.*

Roig:

*“Quiero verte. Puedo pasar por tu apartamento. Justo ahora estoy saliendo de casa de mis padres”.*

Pat:

*“Ya estoy en la cama. Ha sido un día largo”.*

Roig:

*“Quiero verte”.*

Pat:

*“No insistas. Buenas noches”.*

No supe de Roig durante el resto del fin de semana.

### *Él*

—**J**uega a hacerse la irresistible —le decía a mi amigo.

Terminé en el apartamento de Goerge con una canasta de alitas y un paquete de cervezas.

—Es que para ti lo es, Roig. I-RRE-SIS-TI-BLE.

Chasqué la lengua.

—Claro que no.

—¿Y que haces aquí lloriqueando y no estás con otra mujer?

—No estoy lloriqueando. Solo te cuento. Eres muy mal amigo. ¿Lo sabes?

George fue a la cocina por unas servilletas.

—Lo hicimos —dije a su regreso.

Me miró desconcertado, pero después de la primera impresión me golpeó en el hombro.

—No me habías contado.

—Fue sublime, George.

Me recosté del sofá.

—Ya lo veo. Tienes una cara de imbécil...

—¡No fue sexo!

—¿Y qué fue?

—Una mezcla de pasión, lujuria, estrellitas, arcoíris...

—Estás incorregible. Te has vuelto un maldito cursi.

—Lo peor es que minutos antes me había llamado Anne.

—¿La juguetona? —George hizo un gesto como si tuviera enormes pechos.

Asentí con la cabeza.

—Traté, hermano. Te lo juro. Fui a su apartamento. La mujer se desnudó. Tratamos de hacerlo en la terraza y no pude, George. ¿Puedes creerlo? Necesitaba a Patricia. La quería a ella.

—¿Y qué hiciste?

—Fue ahí que la fui a ver a su apartamento. Una felicidad total. —Hice una pausa—. Lo terrible de todo es que quiero más. Esto se ha convertido en mi droga y ahora Patricia no quiere.

—¿Tan mal amante fuiste?

—Con esta mujer hice todo.

—¿Todo?

—No guardé nada. No fue como con las otras. Tú sabes. Sexo mediocre.

—¿Y no quiere repetir?

—No.

—¿No has pensado si le gustan las mujeres?

—Por favor, hombre. Claro que no le gustan. Me dijo mil veces esa noche que le encantaban mis maneras.

—¿Entonces?

—No quiere enamorarse.

—Pues ambos son un par de idiotas porque ya están enamorados.

—No estoy enamorado.

—Sí, amigo, claro.



# Capítulo Trece

*Cualquier trampa es legal para el amor*

*Ella*

**E**l lunes, después de despedir a mi hermana Elizabeth en el aeropuerto, conduje a la oficina. Me sentía feliz por ella porque pasaría una semana con mamá en Michigan después de dejar instalado a los gemelos en la universidad. Eso le había aconsejado su terapeuta. Así que podría olvidarse un poco del asunto de su matrimonio y alejarse de las largas jornadas en el hospital. Aparentaba ser que Mike se mantenía en la misma actitud de no dejarle saber el porqué había abandonado la casa. Estaba segura de que mamá la consentiría hasta que dijera basta, y regresaría renovada y feliz.

Llegué a mi escritorio faltando cinco minutos para las ocho de la mañana, pero para mi sorpresa el gran jefe ya estaba allí. Lo supe por el ruido en la pequeña cocina de la oficina y el aroma a café. Me acomodé en silencio e inicié mi jornada.

Durante todo el fin de semana reflexioné sobre lo que haría. Ya tenía tomada una decisión, abortaría la misión, me dedicaría a mi trabajo y me alejaría de Roig Alexander para aprenderlo a ver tal cual era, como mi jefe.

Estaba enviando un email y actualizando la agenda cuando sentí que se acercaba. Tuve que apaciguar mis nervios, por eso no levanté la mirada de la pantalla y fingí que tenía mi total concentración en lo que estaba haciendo.

—Buenos días —dijo, canturreando.

Vi que dejó una taza de café sobre mi escritorio.

—No soy un barista, pero espero que te guste.

—Gracias. —Me vi forzada a mirarlo y fue un completo error. Su sonrisa me encandiló más de lo debido.

—Me acabo de enterar de una noticia que no sé si te agrada, Pat —sonrió con cierta malicia—. Me llamaron de la sucursal de Viena. Tenemos que viajar el próximo miércoles.

Me atraganté con el café. ¿Viajar con ese hombre? Ni loca. Una cosa era estar con él ocho horas al día, y algo muy distinto, pasar el día entero luego de lo que había ocurrido.

—No puedo viajar. Mis abuelos...

—Lo siento, Patricia. —Caminó hacia su despacho sin inmutarse ante mi ruego—. Esta vez no voy a ceder. Tienes que hacer los arreglos que sean necesarios.

Se encerró en su despacho sin decir nada más.

## *Él*

**E**se viaje a Viena había sido un azar del destino. Cuando Marco Straisser, el gerente general de la sucursal ubicada en Austria, me llamó esa mañana para invitarme a su convención anual como orador principal supe que era mi oportunidad de darme un espacio fuera de la oficina con Patricia. Así que me dediqué a buscar el momento para lanzarle la invitación. Supuse de antemano que se negaría por el asunto de sus abuelos, pero estaba seguro de que al final haría lo que fuera por acompañarme. No iba a arriesgar su trabajo por nada del mundo.

Antes del mediodía Pat entró a mi despacho con un sobre blanco y su rostro contrito. Me extrañó que no ocupara una de las butacas.

—¿Y esto?

—Mi renuncia —dijo.

Fruncí el ceño. Esa mujer lograba exasperarme. Solté el sobre sin revisar el contenido.

—Espero que no estés renunciando por lo que ha pasado entre nosotros.

—No puedo viajar, Roig. Sabes mi asunto personal.

Tenía que ser empático, por eso me levanté de la butaca y me acerqué.

—Patricia, cuando aceptaste hacer las vacaciones de mi secretaria me pareciste una mujer emprendedora. Incluso, vi cierta ambición profesional en tu manera de expresarte. Esta oportunidad tal vez no se repita en mucho tiempo.

—Lo sé, Roig, pero el asunto es complicado. —Bajó la mirada—. Mis abuelos están muy frágiles de salud. Son mayores. Necesitan asistencia. Alguien que le prepare la cena y los cuide. Mucho estoy haciendo con dejarlos esas dos horas solos.

—¿Por qué te has hecho cargo de esta situación?

Suspiró.

—Porque mi padre es hijo único y un poco... Digamos, distraído. Mis abuelos nos cuidaban después del colegio y siempre han estado presente. Mi



hermana mayor paga la enfermera nocturna y la del fin de semana; y mi padre los cuida hasta que yo llego durante la semana. Ese ha sido el trato y te juro que no me pesa.

Esa mujer me estaba matando de a poquito. Para ese momento había hecho un puchero lastimoso con su boca, esa parte que tanto me tentaba. Me acerqué un poco más para disfrutar su aroma. Me agradó que esta vez no retrocediera.

—¿De verdad deseas volver al piso tres? —pregunté de forma suspicaz.

Negó con un movimiento de cabeza.

—Debe existir una solución a todo esto, Patricia.

—Ya es un problema para que mi padre los cuide durante el día.

—¿No puedes hablar con alguna de las enfermeras? Será solo hasta el domingo.

—Es imposible darme ese lujo, Roig.

—Te pagaré el doble por este viaje con tal de que me acompañes...

Guardé silencio. Sabía que había algo más para que no quisiera aceptar el viaje. Sospechaba que se trataba de mí.

—¿Estás incómoda conmigo, Pat?

De nuevo hizo una negación con la cabeza, pero evitó mirarme, por eso me atreví a sostenerle el mentón.

—Quiero que sepas que estás semanas he podido valorar tu esmero en el trabajo y estoy muy complacido. Y que todo este malentendido del noviazgo lo podemos acabar ahora mismo, aunque para mí ha sido extraordinario. Tú eres extraordinaria.

No dijo nada. Solo me miró con aquellos ojos tan hermosos. No sé cómo fui capaz de contenerme. Quería besarla, sentirla. Estaba seguro de que ella quería lo mismo. Entonces, ¿por qué se dominaba?

—Me sería de mucha utilidad que fueras conmigo a ese viaje. Tendré mucho trabajo.

—Puedes hablar con Pebble.

—Mi asistente eres tú. Además, ella tiene que atender su tratamiento.

Nos miramos y nos acercamos despacio, tanteando un poco el terreno. Las ganas inmensas de poseer su boca me arrastraron y atrapé sus labios sin pensar. Esta vez ella abrió la boca para que la disfrutara a mi antojo. Incluso me abrazó por el cuello y con aquella invitación me atreví a estrecharla por la cintura.

—Por esto no puedo ir a ese viaje, Roig —me dijo cuando nos apartamos

—. Es mejor que regrese al piso tres por el bien de los dos.

Se giró para marcharse, pero antes de que alcanzara salir la arrinconé contra la puerta. Me pegué a su espalda.

—Patricia...

—Esto no está bien. Nos haremos daño.

—No pienses, solo disfruta.

Estaba frotándome contra ella mientras le acariciaba sus pechos.

—Eres tan hermosa.

—Roig...

—Pat...

Luchó un poco para alcanzar la perilla de la puerta, pero no se lo permití cuando le tomé la mano.

—No podemos hacer ese viaje —suplicó cuando le recorrí el cuello con mi lengua.

—Claro que podemos, Patricia.

—Esto es un error.

—Difiero de ti.

Tuve que dejar que se marchara cuando el teléfono de su escritorio comenzó a sonar con insistencia. Regresé a mi escritorio con un descomunal dolor en mi entrepierna por mi insatisfecha excitación. Traté de concentrarme durante el resto de la jornada, pero mis pensamientos acudían a aquel delicioso momento con tanta asiduidad que tuve que forzarme en concentrarme.

A media tarde hice las reservaciones de hotel en uno de los más bellos y románticos, el Palais Hansen. Para esta nueva conquista quería lo mejor. Solo me faltaba una cosa, convencerla. Tenía exactamente treinta y seis horas para lograrlo.

### *Ella*

—*Cheri*, deberías llevarte ropa interior sexy —me decía Billy mientras yo empacaba mi equipaje.

Hice una mueca de disgusto. Estábamos en mi habitación, que para ese momento estaba sumida entre un caos de ropa y zapatos.

—Eres tan estricta contigo misma. ¿Qué tiene si te acuestas con él? ¿No eres tú la mujer del Manual de Seducción?

—La seducción no tiene tanto que ver con el sexo. —No iba a decirle que ya Roig y yo habíamos intimado. Luego se tornaría insaciable y querría más detalles.

—Acostarse con alguien que te gusta no puedes verlo como una moneda de cambio, *cheri*.

—Billy, conquistar a un hombre no es fácil.

Mi amigo soltó una carcajada y se dejó caer de espaldas sobre el colchón de mi cama.

—Tengo una maestría en el tema —me dijo con una sonrisa muy pícaro—. Si le das una buena demostración de sexo lo convertirás en tu esclavo.

—Si, por eso Thomas se quedó contigo.

Me dolió mi propia ironía. No tuve la intención de herirlo.

—Creo que me marchó —dijo muy digno al incorporarse—. Espero que sepas lo que haces, Patricia.

—Perdóname, Billy. No fue mi intención...

—Tal vez tengas razón sobre todo ese rollo de la indiferencia y la caza masculina. —Se giró cuando llegó a la puerta mostrando su acostumbrado histrionismo—. ¿No tienes una copia de tu manuscrito?

Le sonreí. Él mejor que nadie conocía los temas del libro.

—Lo que quiero decirte Patricia es que, si la vida te da la oportunidad de vivir una semana en Viena junto a ese hombre, la aproveches.

—Sé lo que quieres decir, Billy, pero...

—Estás aterrorizada. Yo también lo estaría.

—No quiero que esto pase de lo que es.

—¿Y qué es según tú?

—La única oportunidad de publicar mi libro.

—¿Sabes lo que pienso?

Negué con la cabeza.

—Que esto es el comienzo de una bonita historia. Está por verse si ambos se enamoran.

—¡Por Dios! —Levanté mis manos en señal de impotencia—. Roig Alexander no se enamoraría...

—Patricia, tal vez la vida te muestre que no existen tesis sobre el amor. ¡Qué disfrutes!

Y con aquellas palabras abandonó mi apartamento.

# Capítulo Catorce

*"Las calles de Viena están pavimentadas  
con cultura;  
las de otras ciudades con asfalto",  
Karl Krauss*

*Ella*

**E**l viaje de casi doce horas resultó un poco abrumador. En un principio Roig se había concentrado en ordenar algunos documentos y dictarme unos asuntos que quería tratar durante su mensaje en la convención, luego se recostó de la butaca y se quedó dormido. Este hombre me desconcertaba. Desde que dejamos el aeropuerto de Palo Alto parecía otro. En todo ese tiempo no me había hecho ni una sola insinuación, ni tan siquiera una mirada de interés, más allá de su acostumbrada cordialidad.

Me recosté de mi propia butaca con un sentimiento de frustración jamás experimentado. Al menos me sentía tranquila sobre el tema de mis abuelos. Después de todo, conseguí que otra enfermera los cuidara y que mi padre se comprometiera en estar pendiente. Incluso, Elizabeth, mi hermana, me dijo que sería ella quien costearía el servicio. Eso me daba cierta paz, aunque antes de salir para aquel periplo fui a verlos. Mi abuelo, como siempre, me dio unas cuantas advertencias sobre los austriacos, me recomendó visitar varios lugares imprescindibles y me aperció sobre mi jefe. Muy astuto resultó el viejo cuando con el ceño fruncido me dijo: “No aceptes alcohol de ese hombre y déjale claro desde el principio que eres una niña de valores”. Lo besé en la frente para que se quedara tranquilo. En cambio, mi abuela me hizo la señal de la Santa Cruz, y como fiel católica, me entregó una imagen del arcángel Gabriel para que la llevara en mi cartera. Si bien era cierto que no era la primera vez que viajaba sola, era la primera vez que salía de los Estados Unidos.

—Pasajeros, le damos la bienvenida a la capital cultural del mundo, Viena  
—la apacible voz de la asistente de vuelo me despertó.

Roig ya estaba buscando su equipaje de mano en el compartimiento superior.

—Bienvenida a Viena, Pat — me dijo con una sonrisa como si me dejara ver que Roig Alexander había regresado.

## *Él*

**E**star con Patricia recorriendo las calles congestionadas de Viena en el interior del taxi que nos llevaría al hotel me parecía un sueño. De vez en cuando me arriesgaba a observarla más de lo debido. Se veía tan entusiasmada con nuestro entorno. Me sorprendió que me confesara que solo había viajado dentro de los Estados Unidos, por eso me esforzaría para que su primer viaje a Europa fuera inolvidable.

Cuando llegamos al Palais Hansen, un atento mayordomo nos asistió de inmediato. El hotel era una imponente estructura parecida a un palacio. Su fachada logró impresionarme. Me fijé que también Patricia estaba extasiada. Su interior hacía mérito a todas las recomendaciones que me habían hecho acerca de ese lugar.

—¿Tiene reservaciones, señor? —preguntó el mayordomo después de presentarse. Se trataba de un hombre mayor, vestido con un chaqué de color gris, quien sería nuestro anfitrión durante nuestros cuatro días de estadía.

—Sí, hace unos días reservé una suite —dije.

—¿Una suite? —murmuró Patricia para que el mayordomo no la escuchara—. Quiero una habitación para mí sola.

El hombre se retiró para confirmar la reservación.

—Este hotel es muy lujoso. No puedo pagar dos habitaciones, Pat.

—No eres tú quien paga, Roig. Es la compañía. Me importa un cuerno si vale una fortuna.

—Estás perdiendo tus modales, cariño —me divertía de lo lindo.

—No pretenderás que duerma contigo —espetó.

—Casi siempre estas habitaciones tienen cómodas alfombras. El piso siempre es una buena opción. Además, te recuerdo que no sería la primera vez que dormimos juntos.

El mayordomo nos interrumpió cuando regresó con la tarjeta magnética que daba acceso a la suite.

—Por aquí, señor y señora Alexander.

Cuando vi que Pat iba a protestar le di un corto beso en los labios para acallarla.

—Deja que crea lo que quiera —le dije al oído, pero recibí un puntillazo en la espinilla.

—Necesitamos hablar —me dijo ella cuando entramos al ascensor.

Temo más a esa frase, si proviene de una mujer, que a una pelea callejera.

El interior de la suite era amplio y lujoso. Cuando el mayordomo se retiró, me quité la chaqueta. Me encontré con el rostro desencajado de Patricia en medio de la sala y supe que la guerra comenzaría en breve.

—Hay dos habitaciones —le dije, sonriente—. No tienes por qué temer.

—Comienzo a arrepentirme de mi decisión.

La vi internarse con su equipaje en una de las habitaciones y suspiré satisfecho. Estábamos en Viena, a cientos de kilómetros de nuestras vidas, en una ciudad hermosa, todo conspiraba para que disfrutáramos. Y eso era exactamente lo que tenía en mente... Disfrutar de Patricia Campbell hasta quedar saciado.

### *Ella*

**E**l resto de la tarde opté por permanecer en la habitación. Descansé un buen rato tan pronto le avisé a mis abuelos que había llegado bien. Estaba confusa y enojada con la actitud tan liviana de Roig. Para ese momento comenzaba a sospechar que todo aquel viaje era un entrampamiento del donjuán. ¿Cómo fue que acabé en esta situación? ¿A dónde diablos se habían escabullido mis cincuenta y ocho tesis?

Cada vez me sentía más atrapada por ese hombre de ojos oscuros y mirada penetrante. Estaba decidida a no amilanarme. Me asomé al balcón de la habitación, pero desistí con rapidez cuando comprobé que la temperatura había descendido demasiado. Tuve que conformarme con observar la ciudad a través del cristal.

En eso escuché dos rítmicos golpes contra la puerta.

—Pat, ya nos sirvieron la cena —escuché la voz de Roig.

No quería enfrentarlo porque temía que mi voluntad me abandonara y fuera yo quien le pidiera que durmiéramos juntos. Entonces, recordé a Laura Collins, a Rose Miller y pude imaginarme la incontable lista de mujeres a las cuales este hombre les había roto el corazón. Recurrí a mi astucia y me prometí a mí misma que, así estuviéramos en una de las ciudades más románticas del mundo, aquel mujeriego no me haría el amor.

“Voluntad, Pat. Voluntad”, pensé. Necesitaría varios contenedores de voluntad para sobrevivir.

La mesa del amplio comedor estaba impecable. Un par de velas encendidas le daba un toque muy sensual. Roig estaba sentado a la cabecera. Vestía una camisa blanca de mangas largas, abierta en los primeros botones, por donde se podía vislumbrar su ancho pecho moreno. Desvié la mirada para disimular y me senté en silencio a su diestra.

—¿Estás bien? —me preguntó después de acomodarse la servilleta sobre su regazo.

—Sí, gracias.

La comida despedía un olor delicioso y de inmediato comencé a devorar mi ensalada, aunque fingí un poco cuando vi a Roig sonreír ante mi forma de comer.

—¿Descansaste? —preguntó.

—Sí.

—Por eso no quise molestarte. Te notabas exhausta. El viaje es largo. Por varios segundos nos mantuvimos en silencio.

—Me gustaría invitarte a un lugar que me recomendó el mayordomo.

—Pensaba que estábamos en Viena para trabajar.

Roig sonrió.

—¿Puedes bajar la guardia, Patricia?

—No.

Quise decirle: “Menos, teniéndote tan cerca y tan tentador”.

—No pretenderás que nos quedemos en la habitación de un hotel durante toda la estadía. —El hombre hizo una pausa y sonrió con malicia—. Aunque si fuera contigo en mi cama bien valdría la pena.

Lo miré desconcertada cuando sentí su mano recorrer mi muslo. Con suma delicadeza se la retiré.

—¿Te quedarás enclaustrada?

No quería perderme nada de la llamada capital de la cultura. Quería conocerlo todo, por eso al final me vestí según las recomendaciones de Roig para resistir el frío helado del invierno en Viena y salí a conocer la ciudad de la mano del donjuán.

Me dio gusto que la mayoría de los hombres se volteara para mirar a Pat porque la chica iba de mi brazo y sonriente. Cuando comenzamos nuestro recorrido por las concurridas calles del Bermuda Dreveck, en el viejo barrio judío que rodea Ruprechtskirche, Patricia ya lucía mucho más relajada. Después de disfrutar de unas copas en el Heurenngen decidimos caminar por el lado opuesto al centro de la ciudad para disfrutar de la vida nocturna.

—Te conoces muy bien la ciudad —me comentó.

—Quería darte una buena impresión, así que utilicé Google Maps.

Soltó una carcajada. Me encantaba que se hubiese disipado su contrariedad y que hubiese bajado un poco sus defensas. Creo que las copas de vino ayudaron.

—No me has dicho el resultado de tu reunión con Lempier —me dijo al rato.

Tragué hondo porque era un tema un poco doloroso.

—Estoy a prueba. Si en los próximos tres meses no logro estabilizar los números, tendré que buscar otro trabajo.

—Pero llevas muchos años en la compañía.

—Lo sé. Tampoco toman en cuenta los dos años que estuve rescatando el mayor desastre financiero en Alemania. Así son las corporaciones.

Se mantuvo en silencio.

—¿No pensaste en renunciar? —me preguntó—. Con tu experiencia y cualificaciones no te faltarán propuestas de las demás empresas. Palo Alto tiene las mejores.

—¿Y perderme los buenos días de la mujer más atractiva del mundo? Ni loco.

La tomé de la cintura para que me mirara.

—Eres un adulator, Roig.

—Soy sincero.

—¿Crees que voy a creer que no renunciaste por mí?

Le despejé un mechón que el viento llevó a su cara y le miré la boca.

—Digamos que un veinticinco por ciento de mi decisión se debió a eso. No sé qué me pasa contigo, Patricia Campbell, y te juro que me aterra pensar en eso, pero me gustas mucho.

La besé. Primero fue un beso tierno, pero después se tornó exigente, como si no pudiéramos disimular las ganas que teníamos de consumirnos nuevamente.



—Roig, yo...

—Te necesito.

Esta vez fue ella quien me besó con desesperación. Tras ese episodio, pedí un taxi y nos marchamos al hotel. Desde esa primera noche no hizo falta una habitación extra en la suite.

### *Ella*

Cuando alcanzamos el interior no había hueso que no me temblara ante las exigentes caricias de aquel hombre. Nos desnudamos con prisa y nos acariciamos con codicia. Para ese momento Roig había perdido cualquier resquicio de cordura; se conducía por los más bajos instintos. Me devoraba como si aquella noche fuera la última.

Hicimos el amor, si es que se le puede llamar así al encuentro sexual más ardiente que había experimentado en toda mi vida, sobre la alfombra de la sala. Era yo quien llevaba el control en esa ocasión, pues había decidido dejar de lado el pudor y me comportaba como una fiera. Quería disfrutarlo entero. Guardar en mi memoria cada parte de su perfecta anatomía. Me encantaba verlo temblar debajo de mí cada vez que me movía sobre él. Tuvo que contenerse y valerse de su voluntad para no acabar antes de tiempo, por eso pidió varias treguas antes de entregarse.

Al final caí rendida y sudorosa en su pecho, con una sensación tan nueva, que no pude evitar las lágrimas. Roig llevó su mano a mi rostro con una ternura que me puso peor.

—No llores —me consoló mientras removía mis lágrimas—. Me pone mal verte triste.

—Tengo miedo.

—Yo también, Patricia.

# Capítulo Quince

*Lo quiero todo*

*Él*

**D**ebajo del chorro de la ducha pensaba en lo que le había dicho a Patricia sobre el miedo que experimentaba sobre lo que estaba sucediendo y, aunque luchaba por controlar mis impulsos, poco podía hacer contra la atracción que me provocaba aquella mujer. Me conmoví al verla llorar, pero no podía brindarle ninguna seguridad, no quería que esto sobrepasara mis controles.

Recreé mi reunión con Lempier hacía unos días. El hombre había ocupado la butaca tras mi escritorio con ese aire de petulancia que me enfermaba.

—El informe financiero no miente, Roig —dijo tras absorber su whisky—. Los números son devastadores.

—Debe entender que...

—Que no lo has hecho bien. No estamos contentos con tus ejecutorias, por eso estoy aquí. Glenn ha pensado que tienes dos alternativas: te quedas a prueba tres meses o sales de tu puesto con una remuneración considerable y tu dignidad intacta.

Solté una risa irónica. La verdad era que los números no eran buenos, pero a mi llegada a esa empresa, hacía dos años, eran muchísimo peor.

—Creo que hay que ver el todo —intenté defenderme—. Cuando llegué...

—No sé cómo creas que es el mundo corporativo, pero nuestro negocio es hacer dinero.

Tensé la mandíbula. Quise gritarle unas cuantas verdades sobre la compañía, pero me contuve. En parte porque no quería dejar mi puesto. Si optaba por eso perdería la oportunidad de ver a Patricia cada día. Cerré los ojos y guardé mi orgullo.

—Quiero los tres meses de prueba —dije al final.

Lempier puso sus codos sobre el escritorio para mirarme como una pantera al asecho.

—Esto se puede convertir en un infierno para ti, Roig. No vislumbro éxito.

Me consideraba un hombre de retos, por eso sellé mi petición con un fuerte apretón de mano. No perdería ni mi puesto ni la oportunidad con mi secretaria.

Unos golpes en la puerta me trajeron de vuelta al presente.

—Roig, si no te apuras llegaremos tarde a la reunión —me dijo Patricia a través de la puerta—. Faltan solo treinta minutos.

—Si te hubieras bañado conmigo...

—Nos hubiésemos tardado más.

La oí reír y me sentí feliz.

### *Ella*

**E**n el interior del taxi que nos conduciría a la reunión recordé que, al finalizar nuestra ronda amorosa la noche anterior, había acompañado a Roig a la cama, pero a diferencia de él, que cayó como muerto, yo daba vueltas de un lado para otro en el colchón. Decidí salir del dormitorio para no molestarlo y me fui a la sala para contemplar la ciudad entre penumbras a través del cristal.

Pensé en su confesión sobre que tenía miedo, en la ilusión que me hacían sus palabras, y en la posibilidad de que fueran ciertas. No obstante, estaba aterrada con lo que pudiera pasar. Para ese momento tuve que admitir que yo sentía demasiadas cosas por ese hombre.

Verlo cada día trabajar afanosamente, discutir cuando algo no le parecía justo, verlo sonreír cuando su hermana lo llamaba para contarle sobre las ocurrencias de sus sobrinos, sentir toda su desesperación en los ratos que podíamos besarnos.

Comenzaba a verlo distinto.

Me sonrió cuando volteó a verme.

—Ya estamos llegando —me dijo y me tomó la mano para bajar del taxi.

### *Él*

**N**os encontramos con Marco Streisser, el director de la sucursal de Viena, en el vestíbulo del hotel en donde se celebraría la convención. Era un hombre casi de mí misma edad, de cabellera oscura y ojos azules. Recordé que la vez que fue a mi oficina de visita unas cuantas de las empleadas le andaban coqueteando, entre ellas Pebble. Nunca supe si la recepcionista tuvo oportunidad con el austriaco.

Nos estrechamos la mano y nos abrazamos con afecto. La verdad

apreciaba a Marcos, aunque algunas de sus formas me parecían un poco antiética.

—Ella es Patricia Campbell, mi asistente —dije.

No solía ser un hombre dominado por los celos, pero el encandilamiento del Marco al ver a Pat no me agradó.

Le besó la mano como a la vieja usanza después de sonreírle. Había olvidado que Marcos era un depredador.

—Mucho gusto, señorita Campbell. Bienvenida a Viena —dijo con un tono seductor que me pareció un insulto—. Espero que una de estas noches me permita llevarla a la ópera. No puede regresar a los Estados Unidos sin disfrutar de ese espectáculo.

—Mucho gusto, señor Streisser.

—Puedes llamarme Marco. Después de todo trabajaremos unos días juntos.

El problema con este hombre es que, al igual que yo, conocía muy bien al sexo femenino. Tomó a Patricia del brazo para conducirla hasta el salón que habían dispuesto como oficina. Tuve que morderme la lengua para dejarle claro algunas reglas.

—¿Podrías mostrarte un poco más parca? —le pregunté a Patricia cuando Marcos tuvo que atender una llamada fuera del salón.

—¿Qué insinúas? —preguntó, indignada.

—Que si sigues siendo tan amable, no tardará en invitarte a su cama.

—No juzgues a todos por tu proceder —me espetó, furiosa—. ¿Qué clase de mujer crees que soy?

—¡Eres mía! —la zarandé del brazo para que quedara pegada a mi pecho en medio de un impulso que me podía costar demasiado—. Quiero que Marco lo tenga claro.

—No soy tuya, Roig. ¡Suéltame! —Luchó para liberarse de mi posesiva mano.

Nos distanciamos con disimulo cuando Marco regresó al salón.

—Uno deja la oficina unas horas y todo se vuelve un caos —dijo el hombre de manera casual y ocupó su lugar en la mesa de trabajo sin la mínima sospecha del pasado suceso—. ¿En qué nos quedamos?

—Me explicabas el proceder de algunos de los participantes.

—En su mayoría son inversionistas de Oriente.

Observaba que Patricia se mostraba tensa al tomar notas. Lamentaba mi comportamiento impertinente. Ella no tenía la culpa de que Marco le prestara

demasiada atención, pero era algo que no podía soportar.

A media mañana Pat tuvo que dejar el salón para sacar unas copias en el centro de negocios del hotel, ausencia que aproveché para tantear el interés de Marcos por mi asistente.

—Guapa tu asistente —me dijo Marcos cuando Patricia nos dejó a solas—. No me digas que no has tenido un buen revolcón. Tiene un trasero...

—No suelo involucrarme con chicas en el lugar de trabajo.

—Admiro tus reglas, Roig, pero hay algunas que merecen excepciones. —Se acomodó en la silla con cierta fanfarronería—. Así que como eres un hombre implacable con tus creencias, tengo vía libre con Patricia.

Tensé la mandíbula. ¿Qué iba a decirle? ¿Que manteníamos una relación falsa y que estábamos conociéndonos? No solía hablar de mis relaciones íntimas, excepto con George. Además, Patricia no se merecía que anduviera divulgando que nos estábamos acostando. Eso, posiblemente, la pondría en peor posición con aquel hombre.

—Te pediría que la respetaras —dije—. Patricia...

—Te gusta.

—No es eso, Marcos. La respeto. Es muy eficiente con su trabajo y no quisiera que esto le afectara en sus tareas.

Sonrió con malicia.

—Pero yo no voy a respetarla, Roig. Si quiere un revolcón europeo te aseguro que se lo daré.

Tuve que contener la furia que me provocaban sus comentarios. Me dolió darme cuenta que hacía apenas una semana esa era mi manera de pensar. Darle a las mujeres lo que querían, mi cuerpo y un instante de sexo, después que yo mismo saliera complacido. Bajé la cabeza con una sensación de impotencia pocas veces experimentada.

En eso regresó Patricia y, ajena a lo que acababa de suceder, nos sonrió de forma cordial.

—Entonces, lo has pensado —le dijo Marcos a Pat—. Ya le pedí permiso a tu jefe para que te deje cenar conmigo esta noche.

Pat me miró con cierta incredulidad.

—Yo... —iba a decir.

—De inmediato le digo a mi secretaria que haga las reservaciones.

Marcos se olvidaba muchas veces del cargo que ocupaba, por eso le acarició la mano de forma insinuante. Un gesto que me pareció una afrenta.

—Tengo que salir un momento —dije y salí del salón a toda prisa antes de

patearle el trasero a ese alcornoque.

Era huir o acabar con aquel maldito con mis propias manos. Comenzaba a arrepentirme de aquel viaje.

*Ella*

**A**l mediodía, después de un almuerzo en un ambiente bastante tirante entre Roig y Marcos, me fui al tocador para tener un rato relajado, pero para mi sorpresa estando allí recibí un mensaje de texto.

Roig:

*“Necesito que hablemos”.*

Pat:

*“Estoy en el baño”*

Roig:

*“Llevas quince minutos en el maldito tocador. Sal o entraré”.*

Pat:

*“No te atrevas”.*

En ese instante sentí la puerta y Roig apareció con su rostro cargado de ira.

—¿Por qué aceptaste?

—No acepté —le dije.

Me retocaba el maquillaje, por eso le hablaba a través del reflejo del espejo. Se pegó a mi cuerpo, despacio, provocando que me estremeciera.

—No quiero que salgas con él.

—Aún no le he contestado.

—Te convencerá.

—Tal vez te convenga para tus propósitos dentro de la empresa.

—Patricia, una vez te dije que no juegues conmigo.

—Creo que es hora de que aclaremos algo —me giré para enfrentarlo—.

Lo que ha pasado entre nosotros no te da ningún derecho a exigir ni demandar nada.

Lo vi sonreír sin mostrar los dientes. Me tomó del brazo con fuerza.

—Marco te quiere para que lo diviertas en su cama.

—Lo mismo que tú, Roig. ¿No es así?

Me tomó fuerte de la cintura y sin ninguna contemplación me arrinconó contra la encimera del lavabo. Cuando me tuvo atrapada metió su mano bajo mi falda mientras me sujetaba el cabello a la altura de la nuca para que le entregara mi cuello.

—¿Lo has hecho en un baño alguna vez? —me dijo con su voz ronca a la vez que se colocaba un preservativo.

—Puede venir alguien.

—Eso lo hace excitante, Patricia. El riesgo.

Me besó con furia y sed hasta dejarme sin aliento, en medio de un concierto de jadeos delirantes. Sentir su mano en mis pechos manoseando todo a su paso me hizo perder la poca cordura que me quedaba. Se acomodó entre mis piernas y lo sentí dentro de mí dándome todo su potencial. Si aquello era el final de la vida quería morirme en ese momento.

Roig Alexander tenía la gran habilidad de sacarme de este mundo con tan solo pronunciar unas cuantas palabras vulgares. Ninguno de los hombres con los que había tenido intimidad había implementado un vocabulario tan estafalario que me sedujera tanto, que me hiciera sentir la mujer más deseada. Me fascinaba que pudiera desinhibirse. Ser tal cual era. Exigir, pedir, reclamar, pero a la misma vez dar, sin miramientos. Ese hombre era divino.

—Quiero darte todo el placer. Que no pienses en otro hombre. Solo en mí.

Ahora entendía a Laura, a Rose y a toda la larga lista de amantes. Este hombre estaba hecho para el placer. Era fácil obsesionarse con su forma de hacer el amor.

Terminé exhausta y sudada.

—Nunca había tenido sexo con ropa —le confesé cuando me aferré a su cuello en busca de aire.

Soltó una risita divertida.

—Esto es el comienzo, Patricia.

—¿Es por eso que todas esas mujeres están obsesionadas contigo?

Me dio un ligero beso en la punta de la nariz.

—Confórmate con saber que ellas no disfrutaron el cincuenta por ciento de lo que has disfrutado tú.

—¿Y por qué?

—Porque quiero dártelo todo, Patricia Campbell. —Me besó—. Todo.

Se subió la cremallera del pantalón después de asearse y salió del baño con aura de satisfacción que me complació. En cambio, yo me quedé unos minutos más evocando el momento, estaba extasiada. Quería más de Roig. Yo también lo quería todo.



# Capítulo Dieciséis

*“Se acabó la búsqueda”*

*Él*

**E**sa noche me las apañé para que Marcos no saliera a cenar con Patricia a solas. Me valí de toda mi astucia hasta convencerlo de que visitáramos el Silvio Nickol, un restaurante gourmet, juntos para luego disfrutar de la ópera. Tamaña sorpresa me llevé cuando llegó una limosina a buscarnos frente al hotel. Marcos no se cansaba de presumir su opulencia frente a Pat.

El astuto hombre había invitado a una amiga para que, según él, yo tuviera compañía. La mujer resultó ser una hermosa alemana de escultural figura. Tan pronto Minna Schneider me conoció, se pegó a mi costado como goma de mascar ante la cara indignada de Pat. Después de varios minutos en el interior de la limusina sospeché que la tal Minna era una prostituta contratada por Marcos, pues no paraba de insinuarse de manera descarada. En dos ocasiones tuve que retirarle su inquieta mano sobre mi miembro.

—Eres muy rápida —le dije al oído—. Todavía queda mucha noche.

Me besó con descaró, aunque no le permití jugar con mi lengua. Capaz y salía expulsado por la puerta de la limo por mi imprudencia. La cara desfigurada de Pat me llenaba de intriga y me preocupaba. Marcos, en cambio, trataba de atraerla hacia sí, pero Pat rehuía con cualquier excusa.

La cena tuvo lugar en medio de un ambiente bastante tenso, aunque los cuatro intentamos ser cordial, pura hipocresía. Una velada matizada por los puntillazos de Patricia bajo la mesa y las caricias poco decorosas de la alemana, que poco le faltó para meterse bajo la mesa a darme placer.

Después de la ópera, espectáculo que me resultó tedioso, decidimos detenernos en un bar para tomarnos las últimas copas de la noche. Ocasión que Marcos aprovechó para hablarme.

—Tengo una proposición que hacerte, Roig. —Se fumaba un cigarrillo en la terraza, aunque nos atería el frío de la noche—. No quiero que me malinterpretes, pero me gustaría llevarme a las dos chicas a una habitación. Ya sabes cómo me gusta jugar —sonrió con perversidad.

Estábamos a una distancia prudente de la mesa en donde las mujeres conversaban en el interior del local. Miré en dirección a Patricia a través de

los cristales. Claro que sabía cómo a Marcos le gustaba saciarse de las mujeres. Recordé una estadía en Qatar, durante la celebración del vigésimo quinto aniversario de la empresa. Marcos consiguió a varias chicas, que cobraron sumas considerables, para su festín de fin de semana. Jamás he pagado por sexo y en esa ocasión desistí de acompañarlo. Creo que cuando un hombre recurre a pagar por sexo trata a la mujer como un objeto. Prefiero la conquista. He ahí la diversión verdadera.

—¿Lo hablaste con ella? —pregunté un poco desconcertado. Quería saber si en algún descuido Patricia había accedido.

—Me dejó acariciarla en la ópera.

Mi temple tenía un límite y aquel imbécil amenazaba con rebasarlo. Apreté mis puños.

—Tiene un conjunto de encaje bajo ese vestido. Me muero por verlo — dijo Marcos recreándose con Patricia—. Minna no tendrá problemas. No es la primera vez que hago un trío con ella.

Guardé silencio, aunque me enfermaba la imagen de aquel animal poniéndole las manos encima a Patricia. Ella era una excelente amante, pero también requería ternura, respeto, merecía ser tratada como una reina, y Marcos era demasiado carnal. Conociéndolo, le exigiría cosas con las que Patricia no estaría de acuerdo. No era una chica para un trío. Era una mujer para disfrutarla en exclusiva. ¡Y era mía!

Experimente una sensación de desesperación, de saber que la última palabra la tendría Pat. Tal vez estuve equivocado todo ese tiempo con ella. Marcos era un hombre muy apuesto. Era comprensible si al final Patricia se arriesgaba a una aventura lejos de casa.

Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón y salí a la acera para pedir un taxi. Necesitaba sacarme ese resquemor que me anegaba el pecho. Esos veinte pasos que di hasta la calle me parecieron una eternidad. Alcé mi mano para detener a un conductor, pero antes de subirme al taxi sentí que me tomaron del brazo.

—¿Te vas sin mí?

Al ver sus ojos y su linda sonrisa sentí alivio. Tanto que no pude evitar besarla después de acogerla en mis brazos. ¡Esa era mi chica! A lo lejos vislumbré el rostro árido de Marcos como cuando al cazador se le escapa la mejor presa. Le sonreí victorioso, ayudé a Pat a subir al taxi y alcé mi mano para despedirme del hombre, quien para ese momento mostraba un semblante fracasado, asunto que sin dudas me alegró la noche.

—¿Pensaste que me iría con él? —me preguntó Patricia en el interior del taxi. Para ese momento se había acomodado en mi regazo y me besaba sin pudor.

—No supe qué pensar. Te veías muy a gusto con el playboy.

—El único playboy que me interesa eres tú, Roig. Eres un imbécil —sonrió divertida.

—Sí, lo soy. —La abracé y le dije al oído—. ¿Alguna vez lo has hecho en un taxi?

Negó con la cabeza, exhibiendo una sonrisa de niña traviesa. Justo lo que necesitaba para darle paso a toda mi lujuria.

### *Ella*

**L**a decisión de plantar a Marcos la noche anterior tuvo consecuencias. Tanto fue su afán por demostrar su molestia, que llamó a Roig esa mañana muy temprano para informarle que cancelaba su participación como orador principal de la convención.

Por su parte, Roig mostró un temple tremendo cuando le agradeció su invitación y lamentó su decisión.

—Lo siento —le dije cuando cortó la llamada y le acaricié el rostro con ternura.

Aún no salíamos de la cama. Se recostó en mi pecho desnudo.

—Sé que para ti era muy importante —le dije—. Y que en tu situación dentro de la empresa esto hubiese podido ayudarte.

—Si mi participación estaba sujeta a que te acostaras con ese infeliz, que se vaya al diablo.

Se mantuvo en silencio.

—Me hubiera odiado si al final te hubieras ido con él.

—¿Qué haremos ahora?

—Como todavía nos queda un día en esta fantástica ciudad, lo aprovecharemos. Al final fue bueno que cancelara.

Roig se levantó de la cama como un resorte y me ayudó a incorporarme.

—Hoy conoceremos los más recónditos lugares de Viena —me besó con entusiasmo—. ¿Estás lista?

—Por supuesto.

Caminó hacia el baño, pero se giró antes de entrar.

—¿Alguna vez lo has hecho en un tren, Patricia?

Sonreí divertida. No lo creía capaz. Grande fue mi sorpresa cuando dos horas después intentábamos no ser descubiertos en la cabina de un convoy.

### *Él*

**D**espués de un largo recorrido por el casco viejo de la ciudad y de una increíble aventura sexual en el metro, terminamos expiando nuestros pecados en la imponente catedral. Vi cómo Patricia se emocionó cuando subimos a la torre de la iglesia desde donde se podía apreciar una vista privilegiada de Viena. La abracé por la espalda frente al muro que servía de barandilla. Intentaba contener el momento.

Me sentía tan a gusto con esa mujer, que si de mí hubiese dependido, en ese momento le hubiera hecho la más descabellada propuesta: “Quedémonos a vivir en Viena”. Sin embargo, sabía que era una locura. Una cosa era que hubiese disfrutado de unos días maravillosos, de un sexo increíble, y otra que deseara atarme para el resto de mis días.

—Estás muy callado, Roig —me dijo.

Le besé la mejilla.

—Estaba pensando en lo que haremos esta noche.

—Eres insaciable —dijo entre risas.

—Pensaba llevarte a un buen restaurante mientras tú piensas en cama, Patricia.

Se giró con su continua sonrisa.

—Quise decir...

—Me siento utilizado —fingí. Claro que había pensado en poseerla de nuevo. Creía que jamás me saciaría de ella.

—¡Mentiroso!

—Quiero que esta noche no lleves ropa interior —le dije al oído y luego me alejé un poco para ver su cara sonrojarse—Eso facilita las cosas.

—Eres un perverso.

—Es una orden de tu jefe.

—Esto es acoso.

—Hace un rato en el tren no te oí quejarte.

Me dio manotazo en el hombro para que me contuviera. La contemplé un instante y el miedo experimentado cuando hicimos el amor por primera vez

cayó sobre mí como un rayo. Corría peligro si continuaba alentándome a compartir con esa mujer. Ya no se trataba de un mero asunto sexual.

—Otra vez se te tensa la mandíbula, señor Alexander.

—Estoy un poco cansado.

—Está bien. Te daré una tregua esta noche —me dijo la muy pícara.

—Nada de treguas. En todo caso una hora de descanso.

Le tomé la mano y regresamos al hotel.

### *Ella*

**P**asamos una fantástica noche en Viena. Después de disfrutar de un concierto de música clásica regresamos caminando al hotel, pese al viento gélido que nos acompañaba. Roig no me había soltado la mano ni por un momento.

De pronto, al recordar que al día siguiente regresaríamos a California sentí una gran nostalgia. Esos días habían sido increíbles. Y aunque no quería pensar en un futuro incierto, muy en mi interior sabía que comenzaba a albergar sentimientos por ese hombre. Más aún cuando esa tarde, durante nuestro baño en la tina del hotel, me habló de su niñez, de sus años como universitario, de su primera vez y de los sueños que quería alcanzar a nivel profesional.

Nos reímos muchísimo cuando me contó su frustración al saber que Santa era un engaño o cuando la chica que le gustaba de niño lo rechazó. Se había abierto un poco al contarme de su relación con Katherine Beauchamp, pero cuando llegó a la parte de cuando la mujer lo dejó por otro, volvió a guardarse y regresó el silencio. Sospeché que aún la quería, aunque me aseguró que ya no sentía nada por ella.

Lo más curioso de todo fue que justo antes de entrar al hotel nos topamos con una gitana en una de las plazas cercanas. La mujer de ojos oscuros me observó con una mirada muy enigmática y se acercó con una sonrisa.

—Señorita, puedo ver su futuro —me dijo y me tomó las manos pese a mi renuencia.

Me percaté de que Roig se mostraba muy divertido.

—¿Sabe, señorita bonita? Usted no tiene que utilizar ninguna estrategia con este buen mozo. A este hombre ya lo tiene a sus pies.

Oculté mi cara para que él no se percatara de que el comentario me había

hecho sonrojar.

—Guapo —se dirigió a Roig—. Esta mujer es una joya como pocas has tenido en tus manos. Y dime si me equivoco que han sido mucha las que has tenido.

La mujer hizo silencio y estudió con mayor profundidad la palma de la mano de Roig.

—Se acabó tu búsqueda. Esta mujer es la definitiva.

Para ese momento lo único que pedía era que la tierra se abriera y me tragara. Escuché a Roig chascar la lengua cuando le entregó un billete a la mujer.

—No irás a creer lo que ha dicho —me dijo cuando nos dirigíamos al vestíbulo del hotel. Su declaración me sonó a que quería convencerse a sí mismo—. Lo que busca es dinero.

—Por supuesto que no le creí —dije cuando llegamos al elevador—. Después de todo, ¿quién le hace caso a una gitana?

Dimos por terminado el tema.

—Patricia me fascinas como amante —me dijo de madrugada cuando culminamos de hacer el amor.

Se dejó caer de espaldas al colchón, rendido.

—No quisiera regresar —admitió.

Le besé el pecho y me recosté en su costado.

—Roig, tengo que decirte algo. Ante de que te enteres por alguien más. ¿Recuerdas cuando nos vimos en la oficina de Ruth por primera vez? Aunque ya te había visto, pero tú no te recordabas de mí. La noche antes a ese encuentro había aceptado una propuesta de mi mejor amiga. Sé que vas a odiarme, pero Ariana me sugirió algo que para ese momento me pareció prometedor. —Hice un breve silencio—. Espero que no me juzgues a prisa. En principio comenzó como un desafío, pero en estos días me he convencido de que es real. Que tú eres real y que quiero aceptar esa descabellada propuesta de ser tu novia. —Le di un codazo cuando lo escuché roncar—. ¿Roig, ¿me estás escuchando?

Balbuceó algo incomprensible y se volteó para darme la espalda. Mi confesión se quedó en el aire. Y allí, en medio de la oscuridad de la habitación, pensé en que no debía confesarle la verdad. Era mejor ocultar mi intención inicial. Entonces, me quedé dormida sin intuir que ese fue mi peor error.

# Capítulo Diecisiete

*“No hay ninguna otra”*

*Él*

**T**ras un largo viaje, matizado por una fuerte turbulencia, nuestra llegada a California supuso un gran alivio. Arribamos cerca de la medianoche. Acompañé a Patricia a su apartamento y me despedí de ella frente a la puerta después de un largo beso. Fue doloroso no sucumbir al deseo de pasar la noche a su lado, pero no quería que pensara que después de lo acontecido en Viena viviríamos juntos, así que me marché tras despedirme con un frío “buenas noches”. Sabía que mi frugal actitud la lastimaba, pero tenía que protegerla, tenía que protegernos.

De camino a mi apartamento reflexionaba sobre lo que siempre me había atormentado, no quería atarme a una relación, no después de ser testigo del matrimonio de mis padres. Daniels Alexander jamás abandonó su fama de mujeriego, aun estando casado. Fueron muchas las ocasiones que me pidió en mi adolescencia que fingiera frente a mi madre acerca de sus amoríos. Tal vez su forma de ser me había afectado, e intentando no ser cómo él, lo había convertido en mi modelo. Recordé las noches en que encontré a mi madre desgarrada, llorando en un rincón de la habitación que servía como guardarropa. Hecha un ovillo, abrazando una de las chaquetas de mi padre, anhelando que regresara temprano a casa. Entonces, me cuestionaba si yo no le haría lo mismo a la mujer con quien deseara casarme, por eso el matrimonio no formaba parte de mis sueños futuros.

Sonreí con ironía al recordar a la gitana de Viena. Mi abuela, muy supersticiosa, hubiese dado por hecho sus palabras, pero yo no me caracterizaba por creer en el azar ni la suerte, y mucho menos poner mi confianza en las palabras de una vidente. “Se acabó tu búsqueda”, sus palabras finales cuando le entregué el dinero me martirizaron durante el resto del camino.

Luego, en la soledad de mi apartamento, me di cuenta de algo aterrador. Aun poniendo gran distancia en medio nuestro no podía sacarme a Pat de la mente. Me vi tentado en llamarla para ir a hacerle el amor como un loco, pero al final desistí. Más me valía ser fuerte. Hacía un tiempo que me había

prometido que no dejaría que ninguna mujer me arrastrara a quererla.

Absorbí lo que quedaba de mi cerveza y después de un baño me metí en la cama.

### *Ella*

No quería llorar, pero era imposible porque el sentimiento de abandono me estaba consumiendo. Me senté en la alfombra en medio de la sala de mi apartamento con mi espalda recostada en el sofá. La sensación de soledad me sofocaba.

Pat:

*“¿Estás disponible?”*

Le envié un mensaje de texto a Billy porque necesitaba desahogarme con alguien.

Billy:

*“Claro, cheri. ¿Llegaste?”*

Pat:

*“Sí, hace una hora. ¿Puedes llamarme?”*

Billy:

*“¿Qué pasó?”*

—Cuéntame tu aventura con el gran jefe —Fue su saludo a través del móvil.

No sabía qué decirle. Solo me eché a llorar.

—No sé qué te habrá hecho ese inútil, pero debe haber sido algo muy terrible. Te oyes fatal. Tranquila, cariño. Todo va a estar bien —me aseguró.

Supe que no era un buen momento para él porque se escuchaba música electrónica de fondo.

—¿Qué tal en Viena? No me digas que al final descubriste que Roig Alexander es gay. Eso sería una muy buena noticia para mí.

—Ojalá y fuera eso.



—¡Oh, *cheri*! No me digas que tiene una promesa de castidad.

—¿Puedes parar?

Hizo una pausa para decirle algo a su acompañante. Pude distinguir la voz de un hombre y una risita sexy por parte de Billy.

—Siento interrumpirte —dije—. Hablamos luego.

—Dime si hubo sexo o no.

—Sí —dije.

—¡Por fin! —hizo una pausa a modo de reflexión—. No está bien dotado. Por eso lloras. Yo también lloraría.

—No, no es eso.

—Tiene difusión eréctil, entonces. Pobre, tan joven.

—¿Podrías parar de decir tonterías?

—Pues habla de una buena vez.

Ahora era yo quien hacía una pausa.

—Creo que estoy enamorada, Billy.

—¡Eso sí es una tragedia! El amor es una tragedia, *cheri*. Quisiera decirte que no sufrirás, pero con un donjuán los cuernos son seguros.

—Creo que fue un error haberte llamado.

—Patricia Campbell, fuiste tú quien me enseñó a ser sarcástico con el amor. Tus cincuenta y ocho tesis me quitaron la inocencia.

—Que exagerado eres.

—Mañana, plan de barbacoa en mi casa.

—Billy, no tengo ánimos.

—Los domingos no son para pasarlos en casa esperando la llamada de un hombre. Eso dice la tesis #51 de tu manuscrito. No aceptaré un no. Tienes mucho que contarme.

—¿Tendrás invitados?

—Viene mi hermano y mi amada cuñada, pero los trataré mal para que se vayan temprano. Tienes que contarme hasta el más mínimo detalle.

Volvió a interrumpir para hablar con la persona que tenía a su lado.

—Bueno, cariño, siento tener que dejarte, pero ando con unas amistades. Ya sabes, mañana barbacoa en mi casa. Invitaré a uno de mis primos para que te consuele.

—¡No te atrevas!

El muy granuja colgó de inmediato. Los primos de Billy no eran mi tipo. Eran unos gemelos bastantes vulgares. Sabía que lo decía para mortificarme porque la última vez que me sometí a la tortura de su presencia por poco

acabo abofeteándolos por sus ideas retrógradas acerca del rol de la mujer en la sociedad.

## *Él*

Almuerzo de domingo en casa de mi hermana mayor se podía considerar un sacrificio extremo, casi un calvario, empero lo tenía fijo al menos una vez al mes, pues, según ella, era lo que mantenía a la familia unida. A mi llegada fui copado por mi sobrina. Clarissa era una niña muy astuta que no paraba de preguntar sobre todo a su alrededor. No entendía cómo si solo tenía casi tres años no se callaba. A la pobre solo se le entendía la cuarta parte de lo que decía, por eso su madre actuaba como su traductora.

En cambio, Natanael era menos intenso. Erika lo soltó en mis brazos para atender algo en la cocina.

—Ten cuidado —me advirtió—. No le he sacado los gases.

Esa fue la señal para que el bebé vomitara en mi hombro.

—Pensé que estabas hecho un experto, cuñado —me dijo Ethan cuando irrumpió en la sala y me palmeó el hombro.

Apreciaba a ese hombre, menos cuando empleaba el sarcasmo. Tomó a su hijo en los brazos mientras yo trataba de arreglar el desastre con una toallita húmeda que me extendió.

—Es mejor oler a perfume de bebé que a vómito —dijo—. ¿Y ese viaje a Viena?

—Muy bien.

—¿Frío?

—No creo que haya padecido de frío teniendo a su novia al lado —dijo Erika cuando regresó de la cocina.

Vi que a Ethan se le dibujo una sonrisa en su cara. Los hombres poseemos un código oculto, un lenguaje para que las mujeres no puedan rastrear nuestros pensamientos. Supe que intuía lo que había acontecido en ese viaje, al menos de la gran cantidad de sexo que había disfrutado.

—¡Qué suerte la tuya, Roig! —me dijo.

Mi hermana le dirigió una mirada asesina. Pensé que aquella era una excelente oportunidad, por eso dije:

—Patricia y yo terminamos.

Me miraron extrañados.

—¿Qué pasó? —preguntó mi hermana, sin dejar de lado su consternación —. Esa chica es increíble. Mamá y la abuela la adoran.

Miré a Ethan en busca de ayuda. Tal vez él podía intervenir para que Erika no insistiera.

—Incompatibilidad —dije de forma parca.

—Imposible, Roig —señaló mi hermana—. He visto cómo se miran y lo bien que la pasan juntos.

—Lo que has visto son un par de ocasiones. No has visto nuestras discusiones. El asunto es que ya no estamos juntos.

Observé que Erika hizo un puchero. La conocía, no tardaría en llamar al resto de mujeres de la familia. Dudaba que mi respuesta la hubiese dejado complacida.

### *Ella*

**M**is abuelos me recibieron con gran entusiasmo. No dejaron de preguntarme detalles de la ciudad, los museos, los sitios de interés turístico, que cómo eran los austriacos. Tuve que apañármelas para contestar el interrogatorio, aunque me sentí culpable las veces que tuve que mentirles. Entonces, me di cuenta que en mi viaje también había tenido mucho sexo con Roig y que apenas habíamos disfrutado de la ciudad, pero para ese momento me parecía el mejor viaje de mi vida.

Esa mañana me había despertado con la ilusión de haber recibido un mensaje de texto a forma de saludo por parte de él, pero para mi sorpresa ya eran casi las dos de la tarde y el hombre parecía haberse borrado de la faz de la tierra.

Mi padre, a diferencia de mis abuelos, mantuvo una actitud callada. Era difícil que saliera de su conveniente ostracismo. Siempre fue muy reservado con todo, aunque eso no lo hizo menos amado por sus hijas. Me senté a su lado para observar un rato la televisión.

—¿Y Camila? —pregunté por mi madrastra.

—En casa.

—¿Está bien?

—Cosiendo —dijo, sin apartar su mirada del aparato.

—¿Y de Elizabeth has sabido algo? —No había querido interrumpir las vacaciones de mi hermana con mamá.

—Por lo último que vi en Facebook se divertían de lo lindo.

Vi que mi abuela sonrió con sorna. ¿Qué me había perdido?

—¿Sabías que tu madre está saliendo con un jovencito? —preguntó mi padre.

Por poco me atraganto con mi soda. La noticia me tomó desprevenida. Mi abuelo se disculpó para retirarse a su huerto y mi abuela hizo lo propio cuando se encerró en su habitación para rezar el rosario.

—No me ha dicho nada —dije.

—Tiene como algunos cuarenta y cinco años —mencionó mi padre—. ¡Qué ironía! El tipo hace mejor pareja con tu hermana.

—¿Y cómo lo sabes?

—No dejan de publicar fotos tuyas en el Facebook. Su visita a los Grandes Lagos, su cruce en la frontera con Canadá, su visita a Vancouver.

La realidad era que últimamente había hablado muy poco con mi madre. Me alegraba por ella. Al menos no se pasaba el día entero llorando, anhelando que mi padre recapacitara.

—¿No te alegra verla feliz? —dije y me acomodé en el sofá.

—No se trata de eso, Patricia. Tu madre tiene sesenta y cinco años. Le lleva como veinte años al tipo ese. Debe ser que busca su dinero.

Sonreí con ironía ante el juicio equivocado de mi padre. Hacía un par de años que mi madre se había retirado de su trabajo como contable en una firma importadora, así que su pensión no era una millonada. Además, vivía de forma sencilla en los suburbios del Municipio de Reedmond. Si el tipo buscaba dinero estaba en la ruta equivocada.

—Mamá es extraordinaria —dije—. No creo que busque su dinero.

Mi padre se mantuvo en silencio. Su mutismo era la mejor señal de lo afectado que estaba al saber que un hombre más joven le hacía el amor a la mujer con la cual había compartido por casi treinta y cinco años.

—Deseo que esté bien —admitió al final.

—Se ve feliz —dije al abrir mi página de Facebook en el móvil.

Cerré la página en donde acababa de ver a mi madre abrazada por un hombre. Ambos sonreían frente a un monumento histórico. Me carcomía la curiosidad. Tan pronto terminara aquella conversación con mi padre llamaría a Elizabeth para que me contara detalles de aquel tórrido romance.

—Quiero pedirte un favor, Pat —dijo mi padre.

—Dime.

—Que estés muy pendiente a tu madre.

—Está mayorcita para eso, ¿no crees?

—No me perdonaría si le sucede algo.

Sonreí.

—Me parece que ya es muy tarde para eso, papá. Todo lo malo que podía ocurrirle le pasó cuando la abandonaste por otra mujer. Creo que ahora que se dedica a ser feliz debemos desearle lo mejor.

—¿Pero por qué con un hombre mucho menor?

—Tal vez es muy exigente con el asunto del sexo. No es lo mismo con un hombre que casi alcanza los setenta que con uno de cuarenta y cinco.

No sé cómo se contuvo para no abofetearme, pero vi que apretó los puños.

—Me estás faltando el respeto.

—Solo te digo que la misma necesidad que tenías tú de probar un nuevo cuerpo con otra piel, es la misma que ella tenía tal vez. Lo único que se contuvo por respeto a ti. Pero ya que tú decidiste dar ese primer paso, pues ella se liberó de la culpa y se ha dedicado a tener la experiencia.

—¡No sabes de lo que hablas! —dijo y se levantó del sofá, cabreado por la gran verdad que acababa de decirle.

Se marchó dando un portazo y yo me quedé en mi lugar, rebotante de alegría. Era una gran verdad que hacía tiempo se merecía.

Pat:

*“Cuéntamelo todo. ¿Cómo es eso de que mamá tiene un novio?”.*

Le escribí un mensaje de texto a mi hermana de inmediato.

Elizabeth:

*“Te cuento a mi regreso. ¿Cenamos mañana en la noche? Llego a primera hora”.*

Pat:

*“Te haré la cena en mi apartamento, pero no me falles”.*

Elizabeth:

*“8:00 de la noche en punto”.*

Pat:

*“Perfecto. Estoy ansiosa. :)”.*

## Él

Cuando quieres mantenerte en forma lo mejor es que hagas ejercicios y yo no quería perder mi afamada carrera de mujeriego. Además, buscaba no pensar en Pat, por eso durante todo ese domingo me había negado a escribirle un mensaje de texto para saber de ella y me había dirigido con George a la marina esa noche. En los círculos selectos de Palo Alto se rumoraba que cuando algún hombre quería una chica hermosa tenía que asistir a ese lugar. Desde modelos hasta actrices que probaban suerte en California se daban cita en ese club.

Para esa ocasión me había vestido con mis mejores galas y me había recortado el cabello. Era como si mi apariencia gritara: “Roig Alexander ha vuelto a sus viejas andadas”.

—Pensé que te retirarías—me dijo George cuando llegamos a la barra. Parecía afortunado con mi retorno—. Ya me había resignado a la posibilidad de perder a uno de mis compañeros de juergas.

—Hombre de poca fe —dije tras mi primer sorbo de whisky.

—Entonces, Patricia Campbell no logró sacar al donjuán de Palo Alto del mercado de chicas.

—Eso no lo logrará ninguna, George. Me encandilé un poco con esa chica, pero ya se me ha pasado.

Era un soberano mentiroso.

—No te culpo. La mujer es hermosa. —George saludó a un grupo de chicas a distancia—. Pero como siempre dices, una cosa es el sexo y otra el amor. Y creo que ese grupo de chicas gritan a todo pulmón porque le demos sexo.

—Vamos —dije, envalentonado por ese aire de que nada me importaba. De que Patricia Campbell había quedado atrás.

Del cuarteto de chicas me interesó una morena muy guapa que se mostraba reservada. Resultó ser una asistente de vuelo que había venido a Palo Alto para recibir un adiestramiento. Las demás eran de la compañía en donde recibía la formación profesional; un trío de buenas anfitrionas que, guiado por la cortesía, la habían invitado aquella noche.

La chica resultó una excelente bailarina y una muy buena conversadora. No era empalagosa y parecía darse su lugar. Lo supe por mis intentos de acariciarla y sus maneras de evitarme. La vez que quise acariciarle el muslo

por debajo de la mesa me retiró la mano con estilo. Entonces, recordé la vez que Patricia me hizo lo mismo en una de nuestras cenas en Viena. Más adelante, en medio de un baile intenté acariciarle el trasero, pero la chica sonrió y me pidió que regresáramos a nuestra mesa.

Tenía urgencia en sacarla de aquel lugar y estar dentro de ella antes de la medianoche, solo así me quitaría la angustiante necesidad de escribirle a Patricia para decirle que la extrañaba, que no dejaba de pensar en ella, por eso después de un par de tragos adicionales conduje a la morena por un pasillo oscuro que deduje llevaba a los almacenes del club. Entramos en una habitación en semioscuridad repleta de cajas. No tuvimos tiempo de escudriñarnos lo suficiente y cuando ya estaba a punto de ponerme el preservativo, después de una increíble demostración de la mujer cuando me dio placer con su boca, recordé las veces que Patricia había hecho lo mismo de rodillas frente a mí. Fue una tortura anhelar que fuera ella.

Las manos me temblaban y no era precisamente por el deseo. Tenía un sentimiento extraño alojado en el centro de mi pecho. Una perturbación que jamás había sentido. Se me hizo un nudo en la garganta cuando contemplé en la oscuridad el condón en mi mano. Si cubría mi excitación con aquel pedazo de plástico ya no había vuelta atrás. Si no quería quedar como un mamarracho frente aquella mujer tendría que complacerla.

—¿Pasa algo? —dijo ella sacándome de mi abstracción—. Tengo preservativos en mi cartera.

Aspiré todo el aire que pude. Necesitaba calmarme. Acostarme con una mujer no significaba nada. Entonces, ¿por qué diablos sentía que traicionaba a Pat? ¡Yo no era suyo! Cerré los ojos para disipar ese mal momento y moví mi mano sobre mi miembro para estimularme. Sentí que la morena me abrazó por la espalda para ayudar incitar mi flácida excitación. Esto no me podía estar pasando. Solo debía calmar mi mente.

No desistí, me giré para besarla y acariciarle sus pechos. Tal vez así regresaba la excitación, pero su aliento era diferente, sus pechos eran pequeños y justo cuando me puse de cuclillas para darle placer con mi boca sentí mi móvil vibrar en el suelo al lado de mi pie. Miré de reojo.

Mensaje de texto de Patricia Campbell:

Toda mi atención se volcó en el aparato. Busqué con manos ansiosas.

—¿Todo bien? —la morena insistía.

Pat:

*“Espero que estés bien. Linda noche”.*

Adjuntó una foto suya sin una gota de maquillaje. No era una imagen sexual. Era de una hermosa mujer lista para irse a la cama. Justo lo que necesitaba para convencerme de que estaba loco por ella. La emoción fue tan fuerte que aparté a la morena después de darle un ligero beso en sus labios, me vestí con prisa frente a su rostro estupefacto, me disculpé y salí del club a toda prisa. Ni tan siquiera me despedí de George.

### *Ella*

Cuando llegas a la cama y te recuestas en el colchón, pero sabes que no podrás pegar un ojo, así me sentía en medio de esa noche de domingo. Un día que no quería acabar. Después de la conversación con mi padre, de mi visita a Billy para recibir el acoso de uno de sus primos —quien no se despegó de mi sombra hasta que Billy le pidió que se marchara—, y confirmar que hasta el próximo día no podría ir a buscar a Augusta al centro de control de animales en donde la cuidaban, me sentía fatal. No sabía para qué me negaba que lo que más me desconcertaba era que Roig no había dado señales de vida.

Por una hora batallé con el dilema de si enviarle un mensaje de texto me haría parecer necesitada. Recordé la tesis #16: “No te muestres necesitada frente a un hombre. Eso lo aleja. Jamás le escribas o lo llames si notas que desea estar lejos de ti”. Estaba a punto de enloquecer. Parecía como si tuviera un ángel en cada uno de mis hombros. El de la izquierda era el ángel bueno, el de la conservación del orgullo y la dignidad: “Que sea él quien dé el primer paso”. Del otro lado el ángel malo me gritaba: “Llámalo y grítale que deseas que venga para tener sexo durante el resto de la noche”. ¿Qué hacer? Me levanté de la cama y después de varias vueltas decidí enviarle un mensaje de texto. Antes practiqué las palabras que enviaría. No quería sonar desesperada.

Quince minutos más tarde Roig Alexander se presentó a mi puerta. No dijo nada cuando le permití entrar, solo me abrazó para besarme con urgencia. Por poco me desgarró el albornoz. Luego, sus manos ansiosas me desvistieron con prisa. Apenas logró abrirse la cremallera de su pantalón para



liberar su excitado miembro, estuvo dentro de mí.

—Lo siento —dijo sin parar de moverse. Me apoyaba de la pared—. No puedo esperar a que estés lista.

Hacía una hora que estaba lista, pero no se lo diría. Le mordisqueé una de sus orejas y por primera vez me atreví a decirle al oído, con palabras vulgares, cómo me ponían sus caricias. Fueron esas mismas palabras o nuestras ansias las que no nos permitieron pensar.

—No nos protegimos, Roig.

Finalizamos abrazados en el sofá.

—Eso no importa —dijo cuando me abrazó para acomodarme en su costado—. Puedes estar tranquila. No hay ninguna otra.

Me incorporé para corroborar sus palabras, pero como siempre sucedía, se me hizo tarde. Escuché que soltó un sonoro ronquido y sonreí sin pensar en el miedo ni en las dudas.

# Capítulo Dieciocho

*“¿A qué estás jugando?”*

*Ella*

**A**riana:

*“Buenos días. Llegué anoche. Espero que hayas adelantado algo con R.A.”.*

Leer ese mensaje de texto a las seis y media de la mañana con Roig a mi lado, desnudo y en mi cama, me provocó terror. Tanto que apagué el móvil y me quedé inerte por unos cuantos minutos mirando el techo de la habitación. ¿Qué diantre haría con la sicópata? Había querido contarle a Roig toda la verdad en Viena, pero ahora no me sentía muy segura. Nuestra relación se convertiría en un natimuerto si él descubría lo que me había impulsado a seducirlo.

Lo miré de reojo. Se veía tan apuesto. Parecía relajado. Le acaricié la barbilla y me acerqué para besarlo.

—Buenos días —dije—. Tenemos que ir a trabajar.

—Soy el jefe —sonrió con picardía y me pegó contra su cuerpo desnudo, listo para otra ronda de sexo—. Tómeselo libre, señorita Campbell.

—Eso suena genial. Entonces, podré ir al centro comercial.

—Nada de centros comerciales. Tiene trabajo con su jefe en la cama.

Me arrojé con la sábana y me dirigió a darle placer. Quise olvidarme del mensaje de texto de Ariana, pero era imposible ocultar mi preocupación.

Así que cuando terminamos Roig se me quedó mirando.

—¿Te pasa algo? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Bueno... —dije para distraerlo—. Me preocupa llegar tarde al trabajo.

Sonrió divertido.

—No vas a recibir un memorando. Si de mí dependiera te daba un aumento de sueldo. Eres divina. Me vuelves loco.

Volvió a abrazarme y no pude evitar emocionarme. No necesitaba un aumento de sueldo. Lo que necesitaba era un milagro para lo que se avecinaba.

## Él

Al siguiente día pagué con creces mi maratón amatorio con Pat, pero no me arrepentía. El espejo de mi cómoda reflejaba mi estado de soñolencia de manera contundente. Necesitaba dormir como veinticuatro horas corridas. Traté de apurarme para llegar a la oficina. En casi dos años era la primera vez que llegaría rebasando las diez de la mañana. Sara, la mujer que me ayudaba con la limpieza, se asombró al verme.

—No esperaba encontrarlo aquí, señor Alexander —dijo cuando atravesé la sala.

—Es que se supone que no estuviera aquí a esta hora —dije al mirar mi reloj de pulsera—. Dejé una lista con los encargos sobre la encimera de la cocina junto a un cheque con su paga.

—Perfecto.

—Gracias, Sara.

—Que tenga buen día, señor.

No sabía si sería bueno el día, pero para mí sería maravilloso. Una corriente de emoción me recorrió cuando pensé que me encontraría a Pat tan pronto llegara. Y así fue. Estaba concentrada frente a la pantalla del ordenador. Aproveché que Pebble no estaba y sin darle tregua la besé en la nuca.

—Ansiaba volver a verte —le dije al oído.

Su sonrisa tímida me fascinaba.

—No hace ni tres horas que...

—El tiempo suficiente para extrañarte.

—Tu madre me llamó muy temprano.

Se había dispersado la bomba entre las mujeres de mi familia.

—Me invitó a almorzar mañana.

Oculté la mirada. Tenía que explicarle lo que había hecho durante el almuerzo en casa de Erika. El problema era que no sabía cómo reaccionaría.

—Pat, tengo que decirte algo.

Se alejó un poco para contemplarme a distancia.

—Ayer le dije a mi hermana que tú y yo habíamos terminado.

Vi su rostro desencajado. Fue como si un terrible abismo se hubiese abierto entre nosotros.

—¿Por qué fuiste anoche a mi casa, entonces? No lo entiendo, Roig.

Como no esperaba esa pregunta no pude contestar de inmediato. Dejé mi maletín sobre su escritorio y me quité la chaqueta para ganar un poco de tiempo. Una respuesta como esa merecía ser ponderada.

—Necesitaba hacerte el amor. —No se me ocurrió algo mejor.

En eso nos interrumpió el teléfono de la oficina.

—Buenos días, oficina del ingeniero Roig Alexander. Enseguida lo comunico.

Patricia puso la llamada en modo de espera.

—Es el señor George Stevenson.

Fui salvado por mi buen amigo de juergas.

—Contesto desde mi despacho —me giré hacia mi guarida—. Gracias, Pat.

Me dirigió una media sonrisa y supe que no estaba satisfecha con mi respuesta sobre el asunto de finiquitar el falso noviazgo.

### *Ella*

**N**ecesitaba despejar mis interrogantes pues la incertidumbre me estaba consumiendo, pero tampoco quería ejercer presión sobre Roig. Me estaba costando mucho que todo fluyera de forma natural porque jamás había tenido una relación tan abierta, si se podía llamar así.

Regresé a mi escritorio para continuar con el envío de varios correos electrónicos, pero no bien pasaron unos segundos el gusano de la curiosidad me invadió. Reflexioné sobre si sería ético lo que estaba a punto de hacer. Me convencí de que tal vez no era ético, pero era conveniente en mi estado de situación.

Levanté el auricular de forma sigilosa. Casi ni respiraba con tal de no ser descubierta. Era la primera vez que cometía un acto como aquel, sin embargo, necesitaba saber qué Roig Alexander pensaba de nuestra relación. Y que mejor que una conversación con su mejor amigo y compinche.

—Tienes el móvil apagado —escuche decir a George—. Insistí toda la noche.

—¿Tanto me quieres? —sonreí al escuchar la broma de Roig.

—Te fuiste sin avisarme.

—Necesitaba salir de allí.

—¿Tan mal te fue con la chica? Estaba para comérsela, Roig.

El corazón me dio un vuelco.

—Como a ti te gustan, morenas y de largas piernas.

¿Morenas y de largas piernas? Yo estaba muy lejos de ese modelo. Era rubia castaña y de piernas cortas, aunque tonificadas.

—Tuve una emergencia —escuché que dijo Roig.

—¿Pero pudiste?

—Claro, hombre.

Para ese momento las manos me temblaban por la rabia.

—¿En el baño?

—En uno de los almacenes.

—¿Y cómo estuvo?

—Increíble.

Pude imaginarme su rostro de satisfacción en el interior de su despacho y ya después de eso no fui capaz de seguir escuchando. Colgué el auricular despacio e intenté concentrarme en mis tareas, aunque la garganta me ardía por el esfuerzo de contener el llanto. Aquella conversación me había revelado que antes de ir a mi apartamento estuvo con otra mujer. Sentí asco, coraje, indignación y ganas de estrangularlo. ¿Cómo fui tan estúpida de creer en sus palabras de que podía estar tranquila porque no había otra mujer?

Cuando vi que la línea se desocupó quise ir a su oficina y cruzarle el rostro con dos buenas cachetadas, pero mi dignidad me decía que no me rebajara a tanto, que si el donjuán quería seguir jugando ahora comenzaríamos la segunda ronda del juego. Tal vez la parte más difícil. Ahora era yo quien lo quería arrastrado por mí, y sabía muy bien cómo lograrlo. «No tendré piedad», pensé.

## *Él*

**M**e sorprendió que Patricia no irrumpiera en mi oficina tan pronto desocupé la línea, pero di por hecho que estaría muy ocupada, así que me dediqué a contestar unas exigencias de mi jefe respecto a un informe.

Al mediodía levanté el auricular del intercomunicador, pero quien me contestó fue Pebble.

—Patricia está atendiendo a los chicos de infraestructura que están instalando el sistema nuevo en la sala de juntas —me dijo Pebble.

¿De cuándo acá mi asistente personal tenía que encargarse de esos asuntos? Salí de mi despacho para saber por qué demonios no estaba en su escritorio y se entretenía con aquellos dos zopencos. Los escuché reírse a través de la puerta y cuando logré acceso la vi muy risueña con el más alto y fortachón de los dos.

—Pues cuando gustes podríamos ir al cine a verla —le decía el imbécil.

Lo peor fue la respuesta descarada de Patricia, pues con una sonrisa muy coqueta le dijo:

—Ya tengo tu número, Joseph, claro que te llamaré.

Imagino que tenía mi rostro desfigurado por el cabreo descomunal que me provocaba al verla en situación semejante.

—Señorita Campbell, la necesito en mi despacho —dije con voz gutural.

Nunca me caracterizaba por ser tirano con mis empleados, pero no pude contener mi furia.

—Y ustedes dos es mejor que se dediquen a su trabajo y dejen de darle plática a mi secretaria.

Patricia no me miró cuando pasó por mi lado en dirección a mi oficina. Cuando logramos estar en la intimidad de mi despacho se giró para mirarme con hastío. ¿Qué había ocurrido para que asumiera esa actitud hacia mí?

—¿Qué diablos pasa contigo, Patricia? Anoche...

—Pasa que eres un maldito mentiroso. ¡Eso pasa! —Recibí un primer manotazo en el pecho. Estaba iracunda—. Pasa que no quiero nada contigo. —Pude esquivar un segundo golpe cuando la tomé del brazo con fuerza—. ¡Mentiroso!

—¿De qué hablas?

—Niega que anoche antes de ir a mi apartamento te andabas revolcando con una morena. —Logró zafarse.

—¿Escuchaste la llamada? Eso es una falta ética. Motivo suficiente para despedirte.

—No será necesario. Ya no quiero trabajar a tu lado.

La tomé del brazo de nuevo antes de que pudiera abandonar la oficina.

—¿Cómo te atreviste?

—¿No fuiste tú quien leyó una nota en uno de mis arreglos florales?

—Es diferente.

—¡Es lo mismo! ¡Suéltame!

—No pasó nada con esa mujer —dije con un tono calmado para apaciguar el ambiente mientras la contenía al tomarla de las muñecas.

Sonrió son un gran sarcasmo y se zafó.

—Así me lo jures no voy a creerte. Tu fama te precede, Roig.

—Patricia...

—Excúsame con tu madre. Dile que no podré almorzar con ella. Y de ahora en adelante no quiero ningún tipo de acercamiento. Se acabó, Roig.

La dejé ir al verla tan decidida. Lo mejor era darle tiempo y luego intentar convencerla, aunque sabía que me llevaría tiempo y paciencia.

### *Ella*

Ariana:

*“Necesito que hablemos. Te espero en el almacén de operaciones”.*

Pat:

*“No puedo. Estoy ocupada”.*

Estaba tan cabreada por lo de Roig que era incapaz de enfrentarme Ariana sin desquitarme con ella todo lo mal que la estaba pasando.

Ariana:

*“Te espero en cinco minutos”.*

Pat:

*“No puedo, te dije. Estoy sacando un reporte urgente”.*

Ariana:

*“No querrás que suba y le cuente de nuestro plan al jefe. ¿Verdad?”.*

Suspiré para liberarme de todo el hastío. Aquel día se convertiría en el peor de mi vida.

Pat:

*“Dame quince minutos”*

Gracias a Pebble pude escabullirme hasta el almacén tercer piso. Aquel lugar tenía fama de ser el centro de encuentros furtivos en donde los empleados saciaban sus deseos sexuales en fracciones de microsegundos, así que era un lugar bastante apartado. Caminé por el pasillo intentando pasar de

forma desapercibida hasta que logré acceso al lugar.

—¿A qué estás jugando, Patricia? —la voz de Ariana a mis espaldas me sobresaltó.

Me giré despacio para toparme con su mirada colérica. Se me acercó de forma desafiante.

—¿Cuánto tiempo ibas a dejar pasar para decirme que te has convertido en la amante de Roig?

—Eso no es cierto.

—¿No es cierto?

Me mostró imágenes en su móvil. Se trataba de la cena durante el compromiso de la hermana de Roig cuando me llevó a mi apartamento.

—Esto sin contar cuatro días en Viena. ¿Me crees estúpida, Patricia? La plantilla entera de empleados no deja de cotillear sobre ustedes.

Me empujó con violencia.

—Te dije que no quería que hubiese cama entre ustedes y te lo has estado tirando en mis narices.

—No es cierto, Ariana. —Buscaba calmarla porque su mirada se había vuelto irracional.

—Me has destrozado. Solo te pedí ayuda para destruirlo. Lo peor es que ya había hablado con mi padre y su editorial se interesó en tu maldito manuscrito, pero ve olvidándote de eso porque jamás permitiré que te conviertas en escritora. ¡Jamás!

A esas alturas me había arrinconado a la pared y me sostenía por la garganta. Ariana siempre había mostrado una fuerza superior a mí, pues sus casi dos metros de estatura me superaban con creces. Sin dejar de lado que en una época practicó el deporte de kickboxing. Si se empeñaba en hacerme daño lo lograría con facilidad. Intenté zafarme, pero mis movimientos se volvieron inútil ante la determinación de Ariana.

—Somos amigas —rogué en medio de la asfixia para ver si lograba que desistiera.

—¿Amigas? Eres una traidora. —Apretó más fuerte—. No mereces mi amistad. Lo que quieres es que Roig se quede contigo, pero eso no sucederá porque le diré toda la verdad. Le diré la clase de zorra que eres.

—No, Ariana, por favor —lloriqueé un poco, tal vez mis lágrimas la conmovían.

—Te destruiré frente a él.

—Ariana, suéltame. Me estás asfixiando.



En eso sentí que la puerta del almacén se abrió y fue la primera vez en mi vida en que la presencia de Billy me alegró tanto. Lo vi tomarla del brazo y recibir una cachetada sonora por parte de Ariana. Mi amigo no era violento, pero la tomó del pelo para lograr dominarla.

—¡Suéltame, maldito marica! —dijo Ariana en medio de su lucha por zafarse.

—No me hagas demostrarte lo marica que soy —le dijo Billy con su rostro tenso—. Si le haces algo a Patricia me encargaré de que te encierren por un par de años.

Intentaba que Billy la soltara. Dentro de todo, no me hubiera perdonado que a Ariana le pasara algo.

—No te metas. Esto entre amigas —dijo Ariana.

—Suéltala, Billy —le decía.

—¿Amigas? Tú no eres amiga de nadie. Si fuera así no le hubieras pedido a Pat semejante estupidez.

—Ya veo que estás muy bien enterado —dijo Ariana cuando Billy la soltó con desprecio—. Vamos a ver qué decide Roig cuando se entere de todo. Ambos pagarán las consecuencias.

Billy quiso detenerla, pero le rogué para que la dejara marcharse. Luego, me refugié en los brazos de mi amigo.

—Tranquila, *cheri*. Yo estaré a tu lado en el momento que comience la tormenta. Todo saldrá bien.

—No lo creo, Billy.

—Si ese hombre en realidad está enamorado de ti, va a perdonarte. Créeme. Yo he perdonado cosas mucho peores.

# Capítulo diecinueve

*“La traidora”*

*Él*

Cuando crucé la calle para tomar la acera frente al café me pregunté si estaba haciendo lo correcto al estar allí. Dudar de Patricia se me hacía una locura y, peor aún, reunirme con la desequilibrada de Ariana. Pensé que ya se le habría quitado su malsana obsesión conmigo, por eso al recibir su recado esa mañana y tras su insistencia en que tenía pruebas de que Pat era una mentirosa, acepté su propuesta de encontrarnos fuera de la empresa.

Fue en ese mismo lugar que hacía casi dos meses le había roto el corazón al decirle que no podíamos continuar. Ariana no fue capaz de entender que lo nuestro fue una simple aventura de una noche. Entonces, comenzó su cacería, que más que una cacería fue una persecución demencial.

Me esperaba en una mesa al fondo del salón. Traté de ser cortés, más no parecer amistoso, no fuera a confundir mi interés en esa reunión. Ocupé la silla frente a ella con mi rostro parco.

—Buenos días —dijo con una sonrisa triunfalista que me hizo sospechar—. Gracias por venir.

La verdad era que después de leer el recado que me entregó Pebble de parte de Ariana esa tarde me sentí curioso sobre qué conocía ella sobre Patricia, por eso estaba allí.

—Vine porque Patricia es mi secretaria y mi único interés es proteger la empresa.

Esta vez sonrió con sorna.

—Patricia Campbell es tu amante. A mí no me engañas.

—Ariana, deja de decir locuras. Eso no es cierto.

Extendió su móvil para que me fijara en unas cuantas fotos. Habían sido captadas la noche del compromiso de mi hermana cuando llevé a Patricia a su apartamento.

—Esas fotos no dicen nada.

—¿No? ¡Están saliendo juntos! ¡Niégalo si te atreves! —Ariana golpeó el tope de la mesa.

—Y si así fuera, ¿cuál es el problema?

—Que Patricia te ha estado engañando.

Me arrellané en la silla para apoyar los codos en la superficie de la mesa y mirarla fijamente. No estaba seguro de que dijera la verdad. Soltó una carcajada como quien está seguro de lo que va a decir y se jacta.

—Tu queridísima secretaria fue mi mejor amiga desde la universidad. Fui yo quien la recomendó en la empresa.

Ese hecho me sorprendió muchísimo. Pat jamás me había contado sobre eso, aun sabiendo mi aversión por esa mujer.

—¿La quieres?

—Ariana, no tengo tiempo para estupideces. —Miré mi reloj—. Ni para tus intrigas.

—Pat aceptó seducirte a cambio de un contrato editorial con la empresa de mi padre.

Primero me costó creerlo, tanto que me eché a reír. Ariana era capaz de inventar mil mentiras con tal de que le hiciera caso. Ya había sido su víctima en múltiples ocasiones.

—¿Un contrato editorial? —pregunté de manera reflexiva, pero en ese instante recordé el currículum de Pat.

Uno de sus actividades extraoficiales era la escritura. Empero eso no significaba nada porque Ariana debería conocer ese hecho y pudo haberse inventado esa intriga. como tantas otras en el pasado.

—Fui yo quien le pedí que te sedujera a cambio de hablar con mi padre para que le publicara su primer libro.

Tensé la mandíbula. Lo que había comenzado como una mentira de esa mujer ahora iba tomando forma. Me negaba a aceptar que Patricia me utilizara. No era posible. Extendió de nuevo su móvil. Una retahíla de mensajes de textos apareció ante mis ojos, golpeándome como una locomotora a mil millas de velocidad. Tuve que controlar mi ira para no gritar unos cuantos improperios. En ellos se referían a mí como el canalla mujeriego y el donjuán.

—¿Sabías que Billy Edward y ella son pareja? —añadió Ariana.

Las pruebas eran contundentes contra Patricia. Un profundo odio se alojó dentro de mí. ¿Cómo permití que esa cualquiera jugara conmigo de aquella forma? Recordé su llanto en Viena después de hacer el amor y su confesión del supuesto miedo que sentía. Todas las escenas comprometedoras con el tal Billy Edward vinieron a mi mente como flechazos.

Cuando regresé mi mirada al rostro de Ariana la vi sonreír satisfecha,

como quien consigue venganza.

—¿Por qué haces esto?

—Porque incumplió su promesa de no acostarse contigo. El juego era seducirte y enamorarte, no irse a la cama.

—¿Estás enferma, Ariana! —grité sin importar que estuviéramos bajo el escrutinio de la gente a nuestro alrededor.

Me levanté de la mesa para marcharme con un solo pensamiento en mente, destruiría a Patricia Campbell. Lamentaría durante el resto de su existencia haber jugado conmigo de aquella forma.

### *Ella*

**D**ejé el interior del lavabo a insistencias de Billy, quien no dejaba de tocar la puerta para saber si estaba bien después del incidente con Ariana. La verdad era que no. Tenía las huellas de sus dedos marcados en mi cuello y mi maquillaje estaba hecho un desastre. Así que me lavé la cara, me recogí el cabello en una coleta, alisé mi blusa y salí.

—Te ves mejor —dijo Billy y me besó la frente—. Deberías denunciar a esa loca

—No la voy a denunciar. Me iré a mi casa.

—Patricia, no puedes abandonar tu trabajo de esa forma.

—Si regreso a la oficina Roig me preguntará. ¿Y qué voy a decirle?

—Que te cayó mal el almuerzo. —Billy daba vueltas en el pasillo de un lado a otro—. Eres muy buenas con las excusas.

—A esta hora Ariana debe haberle contado todo.

—No creo.

—¿Y cómo voy a disimular mis marcas en el cuello?

—Te presto mi bufanda y listo

Antes de marcharse le hice caso, me enredé la pieza de lana alrededor del cuello, pero cuando marqué el código de acceso que daba a la oficina comenzaba a arrepentirme. Pebble me miró con cara de espanto, salió de su espacio de trabajo y se me acercó.

—¿Qué te sucede? —preguntó, alarmada.

—El dolor de estómago, que no se me quiere quitar.

—¿Busco un antiácido?

Continué hacia mi escritorio.

—¿Y Roig? —pregunté con la esperanza de que aún estuviera en el despacho.

—Hace como cinco minutos preguntó por ti y le dije que estabas en unas gestiones en otro de los pisos. Me mandó a cancelar sus dos próximas reuniones y salió a toda prisa sin decir a dónde.

Ariana debió llamarlo. Me dejé caer en mi butaca, pero en un arranque, tomé mi bolso y salí de allí por el terror a enfrentarlo.

—¡Patricia! —escuché que Pebble me llamaba, pero no retrocedí.

Cuando gané acceso al ascensor me sentí a salvo. En el interior de mi auto solté un grito desesperado, le pegué al volante para desquitarme y arranqué a toda prisa, con la certeza de que lo había perdido todo.

## *Él*

**L**legué a mi oficina después de librarme del jefe de finanzas en el pasillo. Mal momento había escogido el tipo para hablarme de números. Lo único que tenía en mente era enfrentarse a la traidora.

—Roig, tengo varios recados para ti —me dijo Pebble mientras recorría el pasillo tras de mí.

—¡Patricia! ¿Dónde está Patricia? —grité, iracundo.

—Se marchó porque se sentía mal.

—¡Está despedida! Si cada vez que se siente mal tiene que abandonar su trabajo, no me sirve.

Al girarme vi que la cara de Pebble se transformó en vergüenza y me frené.

—Lo siento. —Bajé el tono. La condición de ella la obligaba a ausentarse con regularidad—. Sabes que eres muy valiosa, Pebble.

—No deberías ser tan duro con ella, Roig.

¿Qué no fuera duro con ella? Sería implacable. La quería ver sufrir tanto como estaba sufriendo yo. ¿Cómo fui tan necio para involucrar mis sentimientos con esa zorra?

—Consigue a Lederman —dije antes de encerrarme en el despacho.

El jefe de recursos humanos sería mi mejor arma para barrer la escoria de la empresa. Me apacigué un poco cuando absorbí el primer trago de whisky. De inmediato me serví el segundo.

—Dice Lederman que vendrá en media hora —dijo Pebble por el

intercomunicador—. Está almorzando.

—Dile que, si no está aquí en cinco minutos, está despedido.

Justo antes de cumplirse el plazo lo vi entrar en mi despacho con su corbata hecha un desastre, su frente perlada por el sudor y con un pronunciado jadeo producto de la prisa por aparecer. Me estrechó la mano y ocupó la butaca que le señalé.

—No puedes despedir a tres empleados sin justa causa —dijo Lederman

—Las causas te las inventas, pero quiero a Ariana, al tal Billy y a mi secretaria fuera.

—Necesito una justa causa.

—La justa causa es que son unos ineptos que ponen en juego a la empresa.

Golpeé mi escritorio con ira.

—A Billy Edward no lo podemos despedir, Roig.

—Nadie es indispensable —insistí.

A Billy Edward, por más fortachón que pareciera, lo quería tener de frente para propinarle unos cuantos golpes.

—Billy está trabajando con el Alter#5. Ese proyecto es muy importante. Según el ingeniero de sistemas tienen que mostrar un prototipo antes de que acabe el año. Estamos a mediados de diciembre.

Maldije en mi mente. El proyecto al que Lederman hacía referencia era mi carta de salvación para permanecer frente a la empresa.

—Entonces, quiero que despidas a Ariana.

Vi que Lederman negó con la cabeza.

—Tras regresar de sus vacaciones presentó evidencia de que se encuentra en tratamiento psiquiátrico. No podemos tocarla.

Resoplé. La astucia de Ariana me enfermó. Se había asegurado de permanecer en su puesto.

—Y tu secretaria... ¿por qué quieres despedir a ese bombón, Roig? —la pregunta lujuriosa de Letherman me sacó de mis casillas—. Pensé que te la estabas pasando muy bien con ella. Ese viaje a Viena...

—¡La quiero fuera! No me sirve como secretaria.

—No me digas que la has estado hostigando y no se ha dejado.

—¿Tengo cara de jefe hostigador?

Negó con la cabeza.

—Patricia Campbell tiene que dejar de ser parte de la plantilla de empleados y punto —dije.

—Perfecto. —El hombre se levantó para abandonar la oficina—. Preparo

la liquidación y la carta de despido.

—La carta de despido la haré yo. Te la envío en un rato.

Lederman hizo una mueca de desaprobación y salió.

La misiva de su despido la redactaría con mi puño y letra, y me aseguraría de dejarle muy claro que no le daría respiro. No habría empresa en Palo Alto, ni a mil millas a la redonda, que la contratara. Me aseguraría de eso. ¡Traidora!

### *Ella*

**E**sa noche me refugié en el regazo seguro de mi hermana después de que leyéramos la decena de mensajes amenazantes de Ariana. Opté por apagar el móvil para no martirizarme. Desde amenazas burdas hasta burlas descaradas. Aún no salía de mi asombro por su comportamiento desquiciado. Tuve que avisarle al guardia de la entrada del edificio para que la retirara de la lista de visitantes frecuentes.

—Deberías hacer una querrela formal a la policía —me decía mi hermana mientras me acariciaba el cabello.

Acabábamos de comer pizza, pues con mi estado de ánimo no tuve fuerzas para preparar la cena.

—Le debe haber contado cosas horribles de mí.

Solté un sollozo.

—Creo que si me encuentro con la tal Ariana termino en la cárcel —dijo Elizabeth, frenética—. Te mete en todo esto y luego te hunde.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Roig no quiere saber de mí —dije, sollozando.

—Se le pasará. Ya verás. Ahora está herido, pero cuando recapacite vendrá a buscarte y te dará la oportunidad de que le expliques.

—No creo.

—Pat, si está enamorado de ti, te buscará.

—Lo quiero —acepté. Fue la primera vez que lo expresaba y sentí temor.

—Y estoy segura de que él a ti. Eres extraordinaria.

—Me odia. —Me sacudí la nariz con una servilleta

—Y te ama. Tiene el mismo dilema que tú.

Me incorporé en el sofá.

—Yo aquí abrumándote con mis problemas cuando tú tienes tus propios rollos, Elizabeth.

—Estoy bien, Estos días con mamá...

—¿Es cierto lo de ese novio veinte años menor?

Elizabeth asintió exhibiendo una risita divertida.

—Es chef —dijo—. Se conocieron en un seminario de confección de sushi. Desde esa vez no se sueltan.

—¿Crees que no la esté utilizando?

—No —dijo Elizabeth y terminó el resto de su agua mineral.

No entendía cómo podía comer pizza con agua mineral.

—Se ve radiante, Pat.

—Espero que no sufra.

Mi hermana se levantó para llevar el resto de la pizza a la cocina.

—Vamos a dormir, señorita Patricia. —Hizo el mismo gesto de extender su mano como cuando yo era una niña—. La princesa debe estar descansada para enfrentar los desafíos del reino.

—Ya no soy una niña —me quejé, pero me encantaba que aún me consintiera.

—Para mí siempre lo serás.

Llegamos a la cama y se acomodó muy cerca de mi espalda para darme de su calor. Recordé que eso mismo hacía cuando yo, aterrada por los truenos, me negaba a dormir sola en mi habitación.

—Esta noche no hay truenos —dije.

—Pero la princesa está triste —me besó la mejilla tras apagar la lámpara sobre la mesita de noche.

—Te quiero, Elizabeth.

—Yo más, Patricia.

## *Él*

—**E**s que aún no logro creer que la chica haya resultado una mentirosa —decía George.

Después de salir de la oficina nos fuimos directo al único bar que abría los lunes hasta la medianoche. Traté de no perder el equilibrio, pero ya estaba pasado de tragos. Había perdido la cuenta de cuantos wiskis tenía en mi sistema.

—No quiero saber de esa traidora —hablaba con la lengua pesada mientras George intentaba que regresara al taburete frente a la barra para que no perdiera el equilibrio.



—Creo que deberíamos irnos, Roig.

Me fastidiaba cuando George asumía el papel de padre.

—Otro whisky —le pedí al hombre que servía las bebidas.

—Te llevaré a tu apartamento. Vamos.

—No, un último trago en honor a la traidora. No voy a dejar que conduzcas mi BMW. Lo quiero más que lo que tengo entre las piernas. El hombre que presta el auto es capaz de prestar a su mujer. Y eso nunca, hermano.

—Muy filosófico. Creo que es mejor irnos, Roig.

George era un poco más bajo que yo, pero con gran astucia logró casi arrastrarme al exterior del lugar.

—Ponte el cinturón de seguridad.

¿Cómo quería que me lo pusiera si no lo encontraba? Al final terminó por amarrarme él mismo.

—Estás mal, Roig —me decía cuando íbamos camino a mi casa.

—Conduce bien porque como choques mi auto, te quitaré la vida —decía en medio de un episodio de hipo.

En eso comenzaron a sonar la canción I will survive; la tarareaba a mi manera mientras George me miraba de reojo con cara de incrédulo.

—Ni con Kathy te habías puesto tan mal.

—No me hables de esa otra traidora. Todas son unas traidoras. Las mujeres todas son traicioneras.

De lo poco que podía definir del camino me percaté de que estábamos muy cerca del apartamento de Patricia.

—Llévame a su casa. Necesito decirle a la cara lo mentirosa e ingrata que es. ¿Cómo se atrevió a jugar conmigo?

—Roig, te puedes callar.

—No seas traidor tú también y llévame —insistí.

Después de eso el recuerdo de esa noche se me hacía difuso. Lo que sí recordé fue que George me metió bajo la ducha para quitarme la borrachera.

### *Ella*

**A**l siguiente día iba decidida a enfrentar mi realidad. Me sentía preparada para la fila de recriminaciones que me hiciera Roig. Sin embargo, cuando intenté entrar en el estacionamiento la tarjeta magnética parecía no funcionar, así que ubiqué el auto en el lugar de visitas.

Al llegar a la recepción Martin, el chico de seguridad, me recibió con un gesto de tristeza.

—No puedo dejarte pasar, Patricia —dijo y me entregó un sobre—. Son órdenes de arriba.

Tomé el envoltorio en medio de un gesto airado. Roig no podía ser tan déspota de despedirme de aquella forma tan ruin.

—Gracias, Martin —dije con vergüenza—Haces bien tu trabajo.

—Hasta luego —se despidió cuando me vio retornar a la puerta.

Traté de no desmoronarme durante los treinta pasos que me guiaron a mi auto, pero ya en el interior fue difícil. Abrí el sobre con mis manos trémulas y ansiosas. Un cheque con el total de una semana de trabajo y una carta de puño y letra de Roig.

*Estimada señorita Campbell:*

*Con sumo pesar le informo que a partir de la fecha de esta comunicación no formará parte de la plantilla de trabajo de OXY Software. Su poco profesionalismo junto a su falta de sentido de la ética profesional nos obliga a prescindir de sus servicios.*

*Lamentamos los inconvenientes que esta decisión le pueda producir.*

*PD: Evite poner esta empresa entre sus recomendaciones de trabajo. Demás está explicar el porqué.*

*Atentamente,*

*Ing. Roig Alexander  
CEO  
XYO Software*

Releí la carta varias veces para convencerme de que Roig actuaba cegado por el odio. No habría ninguna oportunidad para salvar nada. Arranqué el auto con un gran sentimiento de pérdida. Todo estaba acabado.

# Capítulo Veinte

*“No quiero nada contigo”*

*Él*

—**E**staba preocupado por ti —me decía George a través del teléfono de la oficina—. Anoche estabas irreconocible

—Gracias por llevarme.

—Estuve a punto de abandonarte a tu suerte.

—No harías eso; eres mi amigo.

—¿Y qué has decidido con el asunto de la secretaria? ¿Insistes en odiarla?

—Patricia Campbell está muerta.

No fui capaz de escuchar la puerta de mi despacho.

—Roig —por eso, la voz de mi hermana menor a mis espaldas me tomó por sorpresa.

—George, hablamos luego —Le colgué a mi amigo.

—Siento llegar sin avisar, pero no tienes secretaria —dijo con su voz angelical.

—Es que...

—¿Patricia ya no es tu secretaria? Me lo imaginé. Erika me contó que terminaron.

Me acaricié la nuca para buscar la forma de enfrentar el interrogatorio que estaba próximo a comenzar.

—Mamá tenía mucha ilusión con esa chica. Igual la abuela —Becky se sentó.

Estaba esperanzado en que no pretendiera acampar en mi despacho.

—¿Y qué te ha traído por aquí?

—Cuando Erika me contó lo de Patricia pensé que estarías triste, pero no imaginaba que tanto. Te ves muy demacrado, Roig.

—Son ideas tuyas —me miré en el reflejo del cristal de la ventana—. Me siento estupendo.

—Te veías ilusionado.

—¿Y cómo van los preparativos? —Lo mejor era desviar el tema.

—No puedo creer que falten solo dos semanas —dijo con un gesto pueril.

—Me alegro de que estés feliz.

—Erika planifica una celebración en su casa el sábado. Me ha pedido que te invite.

—Trataré.

—Sé que no estás de humor, pero tampoco te hace bien aislarte. Además, tal vez sea mi última fiesta de soltera.

La señalé con mi dedo.

—Sin stripper.

Levantó su mano derecha a modo de juramento.

—Sin stripper. Lo prometo.

### *Ella*

**E**l viernes me sentía como león enjaulado en mi apartamento. No hice otra cosa que no fuera buscar trabajo a través de Internet, pero a esa fecha nada prometedor aparecía, excepto trabajos temporeros con una paga ínfima. Lo único que me sacaba de la rutina eran las tardes en que tenía que cuidar a mis abuelos.

Reconocí mi gran fuerza de voluntad al no sucumbir al deseo de llamar a Roig durante todos esos días, pero esa mañana me sentía como un muro de contención a punto de reventar. Tomé mi móvil por enésima vez, pero lo lancé en la cama. Necesitaba escucharlo, aunque fuera solo eso. Me hastiaba comportarme como una obsesa cuando mis tesis dictaban todo lo contrario.

Al final me arrojé al abismo y marqué el número de la oficina.

—Buenos días, oficina del ingeniero Alexander —esa voz no era la de Pebble ni ninguna otra voz conocida del resto de secretarias de la empresa.

A esa fecha ya debía haber contratado una asistente para suplantarme. Una mujer despampanante que pronto se convertiría en su amante.

—Buenos días —fingí la voz y el acento—¿Me podría comunicar con el señor Alexander?

—¿Quién le llama?

—Mi nombre es Lucile Obrighth y llamó de parte de la sucursal de Irlanda. Soy la secretaria de Andrew Howard.

Ese nombre me abriría la puerta. Howard era muy apreciado por Roig.

—Mi jefe necesita consultarle algo al señor Alexander —añadí.

—Enseguida reviso si puede atender la llamada.

Crucé los dedos. Me conformaba con escucharlo en la línea.

—Diga —Mi pulso se aceleró cuando escuché su voz. Me tapé la boca para no delatarme—. Diga —insistió él.

Se quedó un tiempo en la línea escuchando. Quise decirle que era yo, pero me contuve. Odiaba comportarme como la ofuscada de Laura Collins, pero lo necesitaba. Al final colgué cuando un maullido de mi gata por poco me delata.

### Él

Volví a mi butaca con la satisfacción de saber que estaba tan ansiosa como yo por escucharme. Esa llamada me había hecho el día, la mañana y la pasada semana. No comprendía cómo diablos me había resistido a descubrirla, cuando la necesitaba tanto que la noche anterior había sucumbido como un adolescente desesperado por auto complacerse. Terminé bajo la ducha más necesitado que satisfecho. Estuve a punto de llamarla para, aunque fuera una locura total, tener sexo telefónico con ella, pero esa traidora lo único que se merecía era mi desprecio.

Bajo un influjo de ira borré todas las fotos que nos habíamos tomado en Viena, menos la última. Mis fuerzas no llegaban a tanto. La quería. Sentía que con cada día me consumían más aquellas ansias de verla, de besarla y de tenerla, pero mi orgullo era más fuerte porque no se merecía ni un mínimo de consideración.

Además, estaba el hecho de que era la pareja de Billy Edward. Entonces, ¿por qué demonios se comportaba como si me necesitara?

George:

*“Noche latina en El Almirante”.*

Un mensaje de texto de mi amigo me sacó de mis cavilaciones. El club al que George aludía quedaba retirado del centro, en el sector latino de la ciudad.

Roig:

*“Esta noche me quedo en casa”*

George:

“A las nueve en la puerta”

Roig:

“No insistas”

George:

“Paso por ti a las nueve”

A George era imposible decirle que no.

*Ella*

**B**illy me hizo esperarlo más de lo que hubiese querido. Después de veinte minutos frente a su casa salió con una amplia sonrisa.

—Estás bella, *cheri* —dijo cuando entró en mi auto.

—Pensé que no ibas a salir nunca.

—Los hombres bellos tomamos tiempo —se observaba en el pequeño espejo retrovisor del pasajero—. ¿Y cómo has estado?

—Mal, no he tenido suerte en encontrar trabajo —dije.

Conduje en dirección a la autopista. Nos tomaría más de media hora llegar al lugar.

—No sé cómo aún no me han despedido —mencionó Billy—. Los rumores son fuertes.

—Eres muy eficiente en tu trabajo.

—Soy cómplice de la mujer que le destrozó el corazón al gran jefe.

—No creo que tenga el corazón destrozado.

Hicimos una pausa.

—Hoy lo llamé para escuchar su voz.

—Estás muy mal, Patricia Campbell. Tus tesis dicen todo lo contrario.

—Necesitaba oírlo.

—Debe tener su inflado ego a punto de estallar.

—Me contestó una mujer que no reconocí.

—La nazi.

—¿La nazi?

—Todos en la empresa la han bautizado así. Es la nueva secretaria de Roig. —Billy sonrió con sorna—. Tranquila, *cheri*. Aplaca tus cuernos. La

mujer ronda los sesenta años. Es muy estricta y ya nadie puede acudir al piso dieciocho si no pasa un registro exhaustivo por parte de ella. Creo que trabaja para la Interpol.

Me alegró saber que Roig no había optado por una morena voluptuosa, de esas que tanto le gustaban.

Tras pasar el cedazo de seguridad del club nos adentramos a una especie de jungla musical. Al son de Pittbull, como música de fondo, nos abrimos paso entre el gentío con cierta dificultad. Billy no me soltó de la mano hasta que alcanzamos la barra.

—Cosmopolitan —dije cuando me preguntó qué bebería.

El ambiente del lugar me gustaba, aunque el sonido estruendoso de la música no me resultara tan agradable. Ver a toda esa gente bailando, libre y feliz en medio de la pista me alentaba. Esa noche me había propuesto olvidarme de Roig. Necesitaba inyectarme con música y ritmo, por eso después del segundo trago me animé a entrar en la pista.

En cambio, Billy se quedó en la barra. Según él, estaba tanteando el mercado masculino. Me movía al son de la música. Mi cuerpo se iba relajando, dejando atrás el dolor. Tras esa primera canción empezó otra mucho más movida. En eso, se acercó un hombre. Pude distinguir su cabello castaño y una sonrisa muy atractiva. Se fue aproximando despacio hasta que comenzamos a bailar.

Resultó ser un cubano que había venido a Palo Alto a administrar una empresa que apenas empezaba a incursionar en la tecnología. Se pegó a mi cuerpo de forma insinuante y con mi tercer Cosmopolitan en la cabeza me dejó llevar. Su colonia era deliciosa, pero no consiguió que el recuerdo del donjuán no estuviera presente.

Ya a la tercera canción me sentía más desinhibida así que dejé que se pegara a mi espalda. Cerré los ojos y me dejé llevar. Imaginaba que era Roig quien frotaba su enorme excitación contra mi trasero y que era su aliento el que sentía en la nuca.

## *Él*

**E**l club estaba lleno, pero con paciencia logramos acceso a la barra. Llevábamos un par de minutos allí cuando James y Ted llegaron, mis otros dos inseparables. Después de los saludos iniciales pedimos la primera ronda.

—Ya he visto dos o tres prospectos —me dijo George dirigiendo su mirada a un grupo de chicas que al igual que nosotros acababan de llegar—. Creo que ya divisé nuestras nuevas víctimas.

—Ve tú, yo me quedaré aquí.

—Roig, si te quieres quitar a Patricia de la cabeza lo mejor es que comiences a interactuar con otras chicas —me dijo James.

—No estoy de humor.

Absorbí mi whisky mientras me apoyaba de la barra. Me extrañó el repentino silencio de mis amigos. Entonces, me fijé en el objeto de sus miradas.

—No deberías ver lo que estamos viendo —dijo George.

—Sí, es preferible que te bebas dos whiskis de corrido —añadió James y se interpuso para que no mirara.

—Roig —Ted me puso su brazo por el hombro para distraerme—. No querrás tener esa imagen en tu mente.

Sin embargo, me opuse a sus recomendaciones. Logré observar que en medio de la pista estaba la traidora frotando su trasero contra un tipo alto y espigado. Se veía relajada, con su cabello revuelto y sus ojos cerrados, como si lo disfrutara. Tuve el impulso de ir hasta la pista para enfrentarla. Sentí la mano de George cerrarse en mi brazo.

Entonces, como si eso no fuera suficiente vi a Billy Edward atravesar la pista y zarandearla del brazo. Se veía molesto. Enfrentó al tipo espigado, tomó a Patricia por el brazo y la sacó de entre el gentío. Los vi discutir álgidamente.

—No lo puedo creer —dijo Ted.

Ya no quedaba nada por confirmar, Billy Edward y Patricia eran pareja, y yo el más imbécil de todos los hombres. La suerte me sonrió cuando a los quince minutos se marcharon.

—Me voy a casa, chicos —dije al rato.

—Roig... —dijo Ted para retenerme

—No se preocupen. Estaré bien —dejé un billete sobre la superficie de la barra—. Tomaré un taxi.

Me topé con ellos afuera. Billy batallaba con Patricia para que le diera las llaves del auto. Al final el hombre logró convencerla, pero cuando la ayudaba a subirse, él se percató de mi presencia. Cambió el rostro como si mi figura le causara terror. Después de todo era un maldito cobarde. Se subió al auto y arrancó a toda prisa.



*Ella*

**D**iscutí con Billy bajo mi estado de ebriedad. Después de dejarme en casa se marchó cabreado y yo me quedé allí en medio de la sala. Me sentía fatal. Lo de Roig me estaba rebasando. No podía continuar de aquella forma.

Pat:

*“Te odio”*

Le escribí un mensaje de texto y era cierto le que le envié.

Roig:

*“¿Dónde estás?”*.

No le contesté para obligarlo a llamarme.

—¿Dónde diablos estás? —Ese fue su árido saludo.

—En casa —dije con mi lengua trabada.

—¿Y tu novio?

—¿Cuál? ¿El falso? ¿El que le dijo a su familia que yo era su novia?

—Estás ebria. ¿Dónde está Billy?

—En su casa. —Arrastraba las palabras porque sentía mi lengua como un pesado bloque de concreto—. No debí contestarte la llamada.

—¿Todo esto es parte de tus tesis?

—No sé de qué hablas.

—Ariana me contó que eran cincuenta y ocho, y las quisiste probar todas conmigo.

—Estás equivocado —Odié el hipo que me acogió de improviso.

—Duerme. Mañana no soportarás la cabeza.

—Necesito que hablemos.

—El tiempo de hablar se acabó, Patricia.

—Tu carta fue muy cruel.

—Me aseguraba de que entendieras que no quiero nada contigo.

Eso dolió.

—¿Y para qué me llamaste?

—Fuiste tú quien inicio. Tal y como esta mañana cuando llamaste a mi oficina.

Me quedé sin argumentos.

—Fue un error —dije—. Como también fue un error escribirte. Cuando me pase la borrachera me odiaré.

—Patricia.

—Adiós, Roig. Adiós para siempre.

Colgué la llamada, apagué el móvil y me dejé caer en la alfombra. Un profundo sueño me consumió.

# Capítulo Veintiuno

*“Pensé que eras diferente”*

*Ella*

Una semana antes de la Navidad me sentía como cordero en ruta al matadero en medio de esa iglesia atestada de personas, en su mayoría extrañas. Me senté casi en el último banco para pasar desapercibida. Era cuestión de aprovechar un descuido de la señora Alexander para saludarla y agradecerle por la invitación, y entonces abandonaría el lugar. Esa mujer y sus hijas me habían acogido con tanta amabilidad que me daba vergüenza hacerles un desplante. Con suerte, después de eso, saldría corriendo sin ser detectada por Roig.

Ese día Becky se veía deslumbrante con su traje de novia y su exuberante cola nupcial. Vi a Roig tras de ella charlando con su padre. Estaba tan guapo con su traje de gala y su cabello peinado hacia atrás que se me antojaba salir corriendo para besarlo, pero me oculté lo mejor que pude. Eso evitaría encontrarme con su rostro lleno de reproches. No nos habíamos visto desde nuestra última discusión en la oficina antes de que Ariana me traicionara.

Al menos esa psicópata había cejado en enviarme los mensajes de texto amenazantes de los primeros días cuando le hice saber que la denunciaría a la policía por acoso. Eso bastó para que me dejara en paz, aunque estaba segura que después del daño que causó, se sentía satisfecha. Se había asegurado de que Roig me aborreciera. Nuestros amigos en común no salían de su asombro por su mal proceder, pero todos coincidíamos en que su actuación se debía a que no estaba mentalmente estable.

Agradecí que la ceremonia nupcial fuera corta, y cuando los novios dejaron la iglesia, aproveché para saludar a la señora Alexander en la puerta.

—Querida, qué bueno que estés aquí —dijo la mujer después de besarme en la mejilla—. Quiero que durante el festejo te sientes en nuestra mesa.

Me quedé helada con lo que pretendía. Sabía que a Roig no le agradaría tenerme cerca. Intenté decirle que no asistiría a la celebración, pero el saludo efusivo de Erika, con Natanael en brazos, me quitó la oportunidad.

—Qué bueno que encontré a alguien de confianza —me dijo la hermana mayor de Roig y me entregó al bebé—. No sé dónde se ha metido mi marido.

¿Podrías cuidarlos en lo que voy al tocador?

Asentí. La dulce Clarissa se pegó a mi pierna como goma de mascar y me sonrió con su rostro angelical, y el bebé balbuceó algo incomprensible.

—Ni pienses que porque te has ganado el aprecio de mi familia voy a perdonarte —la voz de Roig a mis espaldas me sorprendió.

Me giré para enfrentarlo.

—Tan pronto se enteren de que eres una mentirosa te sacarán del círculo familiar.

—No hago esto por ti, Roig. Tu familia ha sido muy cordial conmigo.

Sonrió sin mostrar los dientes.

—Pensé que eras diferente a las demás, pero eres igual de patética.

No pude evitar que su cruel comentario me afectara, pero traté de disimular mi dolor, aunque mis ojos se humedecieron sin remedio.

En eso regresó Erika y Roig se alejó.

—No te entristezcas —dijo Erika—. Está tan loco por ti que le aterra el sentimiento, pero pronto se dará cuenta.

## *Él*

No entendía qué demonios hacía Patricia Campbell compartiendo en la mesa de mi familia durante la celebración de la boda de Becky. Estaba tan cabreado por su presencia que me fui a la barra para ver si con una cerveza me quitaba el resquemor.

En eso vi a un tipo acercársele. Extendió su mano y la invitó a bailar, lo peor de todo fue que ella, sin miramiento alguno, aceptó con una enorme sonrisa. ¡Descarada! George, que estaba sentado en una mesa tonteándole a mis primas, me sonrió. Odiaba que mi mejor amigo me conociera tanto.

El hombre paseó a Patricia por toda la pista. Le sonreía y le hablaba al oído como si la conociera de toda la vida.

—¿Quién es el tipo rubio con el traje azul? —le pregunté a Becky cuando me tocó bailar con ella.

—Es primo de Alonso.

Resultó que el idiota era el primo de mi recién estrenado cuñado. Vi que Patricia sonreía con cada mal chiste del tipo y eso me llenó de mayor coraje.

—Ya no es tu novia —me dijo Becky—. Deberías dejar de mirarla.

—La odio.

—Pues finges muy mal tu odio hacia ella.

La vi bailar tres piezas corridas con aquel pelafustán y no sé cómo fui capaz de contenerme. Ya George, James y Ted me rodeaban en la barra para que no fuera a hacer un espectáculo en medio de la celebración. Un bochorno que mi hermana menor jamás me perdonaría.

—Tienes que calmarte, Roig —me decía Ted.

Creía que con sus estrategias como psicólogo clínico iba lograr que recapacitara.

—Lo hace para fastidiarte, viejo —aportó James.

—Un whisky más —me ofreció George y me entregó una copa—. Eso te relajará.

—Lo relaja o lo encabritará más —porfió Ted.

Rodeado por mis amigos pude calmar mi rabia y desistir de arrancarle la cabeza a aquel estúpido.

Cuando anunciaron la cena procuré que me tocara al lado de ella en la mesa. Quería martirizarla. Hacerla sentir tan mal como me sentía yo.

—No pierdes tiempo —murmuré—. Ese novio tuyo, el tal Billy, es el más cornudo de todos.

Vi que tensó el rostro y se dedicó a comer.

—¿Quieres probar tus teorías de seducción con todos los hombres que se te acercan, Patricia? Es muy bajo lo que haces. No sé cómo pude pensar que eras diferente a las demás. Eres una zorra.

Soltó los cubiertos despacio para enfrentarme con su mirada iracunda.

—Te odio —me dijo y dejó la mesa para caminar en dirección al lavabo.

Me quedé en silencio con la mirada de reproche de mi madre sobre mí.

### *Ella*

Cuando llegué al tocador me desbordé en llanto. En la vida me había sentido tan humillada. Lo peor era que en ese momento la culpa me gritaba que me merecía el desprecio de Roig. Después de casi media hora encerrada allí decidí que era el momento de despedirme de la señora Alexander y marcharme a casa.

En ruta al salón sentí una enorme mano asirme por el brazo. Me fijé que se trataba de Roig que me llevaba a rastra hacia un cuarto pequeño. ¿Qué pretendía?

—Quiero que te vayas de la fiesta —me dijo cuando tiró la puerta y quedamos en la intimidad del lugar.

Aparentaba ser el camerino del salón de fiestas.

—No era necesario que me lo exigieras —dije—. No quiero estar ni un minuto más en tu presencia. ¡Te odio!

—El sentimiento es mutuo. ¡Traidora!

Traté de alcanzar la salida, pero Roig fue más rápido. Me arrinconó contra la puerta tomándome por las muñecas. La presión que ejercía me lastimaba. Estaba asustada por su mirada irascible sobre mí. Sus ojos destilaban un odio visceral. Para ese momento me tiritaba todo el cuerpo.

—¿Por qué me hiciste esto? —me preguntó con su boca a centímetros de la mía—. ¿Por qué jugar así conmigo?

—En justicia a todas las mujeres que has engañado. —Quería lastimarlo.

Me tomó del cabello, a la altura de la nuca, para tener control total de mí, en medio de una manifestación de dominio.

—Voy hacer lo que sea para sacarte de mi cabeza, maldita bruja.

Se pegó a mí y pude notar que su traicionero cuerpo estaba listo, deseoso por tenerme.

—¡Suéltame! —le grité y luché por zafarme—. Si tanto me odias, no me retengas.

Fue lo último que mi mente pudo decir de forma coherente porque Roig se encargó de nublarle el entendimiento. Me levantó el vestido y con gran maestría logró poseerme. Lo anhelaba. Pensé en todas las noches que deambulé por mi apartamento tentada a llamarlo para gritarle que viniera a hacerme el amor.

—Te odio —me decía en medio de sus jadeos—. No quiero verte nunca más, Patricia.

Sin embargo, ya estaba dentro de mí dándome placer, esas sensaciones perfectas que tanto me gustaban y que solo él era capaz de regalarme. Soltó sus groserías y eso me llenó de un intenso deseo. Quería que me devorara entera. Que nos consumiéramos.

—Quiero que cuando hagas el amor con otro pienses en mí —me dijo y me mordió el labio—. Y hoy lograré eso. Di mi nombre, bruja. Dilo. ¡Quiero escucharlo!

Me encantaba su voz ronca a centímetros de mi oído.

—Roig...

—No voy a tener piedad contigo, Patricia Campbell.

Y yo no quería que la tuviera. Me fascinaba sus instintos y ese arrebatado de excitación que lo dominaba. No sé cuántas veces me llevó al infinito, pero cuando culminó sentí que el corazón se me quería salir del pecho.

Lo vi retirarse y limpiar el desastre con su pañuelo. Lo tiró al cesto de la basura, se arregló un poco y salió sin decir una palabra. El sentimiento de vacío que experimenté fue tan grande que escurrí mi espalda por la pared y me dejé caer al suelo.

Sabía que me merecía llorar un mar.

### Él

Su olor se me había impregnado en la piel. Pese a que habían pasado dos días de la boda era como si al haberla poseído me hubiera hechizado.

Esa mañana estaba en el gimnasio dándole al saco de boxeo para ver si conseguía un poco de sosiego. Eso me ayudaba a exteriorizar mis frustraciones. Henry, mi entrenador, me daba indicaciones.

—Tienes que tener cuidado, Roig —me dijo—. No quiero que te lastimes los nudillos.

—Esto me relaja. —Le pegaba al saco como si se tratara de mi peor enemigo. A veces imaginaba que tenía de frente al tal Billy.

—Has mejorado mucho tu rendimiento.

—Creo que tendrás que colgar uno en tu habitación —canturreó George cuando llegó de improviso.

—Chicos, los dejo —se despidió Henry—. Voy a atender la clase de *crossfit*. Recuerda la rutina de pesas, Roig.

Cuando el entrenador se fue George se acercó.

—¿Piensas que el saco es Patricia?

—Sabes que a ella jamás le haría daño. La odio, pero no le pondría la mano encima a ninguna mujer.

—Solo te la cogerías por veinticuatro horas corridas. —Odiaba cuando recurría a sus burlas—. ¡Vaya odio!

—El odio no le quita mérito a su belleza.

—Eres un tonto, Roig. ¡Perdónala ya!

—Si me traicionó una vez, me traicionará muchas. —Continuaba pegándole al saco con ahínco—. Además, tiene a su novio.

—Eso del novio comienzo a dudarlo. —George se me acercó con su móvil

para mostrarme unas fotos—. O es bisexual o es gay.

Las fotos mostraban a Billy Edward besándose con un hombre. No pude reaccionar de primera intención.

—Yo creo que has metido la pata, Roig. El tipo es gay.

—Tal vez es lo que dices, es bisexual.

—No creo. Estuve averiguando.

Lo miré asombrado.

—¿Ahora eres detective?

—¿Así me lo agradeces? ¿Burlándote de mí? —George se sentó en un banco que había cerca y yo comencé mi rutina con las pesas—. El chico de la barra me relató los múltiples encuentros de Billy en ese club.

—¿Y qué hacías tú en un club gay?

—Andaba con una amiga y con su nueva novia. Luego te cuento cómo terminó ese rollo, pero fue delicioso.

—¡Estás enfermo, George!

—Creo que lo copié del amo del placer, o sea tú.

—Dime qué descubriste sobre el tal Billy.

—Que es gay. Que estuvo muchos años con un tipo, pero aparenta ser que se dejaron hace unos meses. Roig, tu linda Patricia no te mintió, ese tipo es solo su mejor amigo.

—En ese aspecto no habrá mentido, pero lo del entrampamiento es real.

—Perdónala, amigo, y deja de sufrir.

### *Ella*

**E**se martes me presenté al centro de control de animales después de una oferta que recibí del director para encargarme del área administrativa ante el retiro de una de las empleadas. La oferta de trabajo me pareció tentadora, no por el sueldo, sino por la comodidad que suponía. Conveniente horario y en un ambiente que me encantaba. Podía compartir con perros y gatos durante mis turnos y eso me hacía inmensamente feliz.

—Prometo que ahora que serás empleada del centro cesaré en mi afán de coquetearte —me dijo Alan Reynolds con una sonrisa pícaro.

Sino hubiese sido por el spaghetti mental que tenía con Roig, tal vez le hubiese dado una oportunidad a aquel veterinario loco. Le sonreí con cariño.

Ese día otra de las chicas me estaba adiestrando en los asuntos



administrativos cuando sentí mi móvil vibrar en la chaqueta de mi uniforme.

Elizabeth:

*“Necesito que me llames; es urgente”.*

Le pedí un minuto a la chica y me retiré al pasillo para marcarle a mi hermana.

—¿Qué sucede?

—Papá acaba de llamarme que el abuelo sufrió un ataque al corazón —La voz angustiada de mi hermana alentó mis miedos—. La ambulancia está por llegar al hospital.

—Salgo para allá de inmediato.

Alan no titubeó cuando le pedí permiso para ausentarme. Él conocía muy bien mi afecto por mis abuelos.

No sé cómo no me accidenté de camino a la clínica porque no reconocía ni señales de tránsito, semáforos, y mucho menos los límites de velocidad.

«Dios, por favor, permítame verlo. Por favor. Por favor», rogaba en mi mente.

Cuando llegué dejé mi auto mal estacionado y corrí por el pasillo preguntando a viva voz por Adolfo Campbell. Una amable enfermera me llevó a la unidad de cuidados intensivos.

La cara de mi padre me dejó ver que la sobrevivencia de mi abuelo estaba comprometida. Me abrazó y lloramos un rato.

—Elizabeth está haciendo todo lo posible —me dijo mi padre entre sollozos.

—¿Y la abuela? —pregunté.

—Camile la está cuidando.

Camile era mi madrastra y la archienemiga de la abuela.

—No temas, la cuidará bien.

Media hora más tarde Elizabeth salió por la puerta de la unidad con su semblante alicaído.

—Logramos estabilizarlo, pero está muy débil. —La abracé para consolarla.

Sabía que como médica la habían adiestrado para situaciones extremas, pero no para aceptar la delicada salud de nuestro abuelo.

—¿Puedo entrar? —pregunté.

—Sí, intenta no despertarlo —me dijo—. Su corazón está muy débil.

La angustia se apoderó de mí cuando atravesé aquella fría puerta. El sonido de las máquinas y el ir y venir de enfermeras me trastornó. El cubículo del abuelo estaba aislado y a través de las paredes de cristales se podía apreciar su morrocotudo cuerpo descansar sobre una camilla con decenas de aparatos que le asistían en su faena por sobrevivir.

Entré despacio para que no se despertara y me le acerqué. Nunca hubiese imaginado que mi abuelo, tan fuerte y robusto, fuera tan vulnerable. Recordé las veces que nos acompañó en nuestros viajes de vacaciones a Yellowstone, y las veces que nos ayudaba a decorar el árbol de Navidad. No había otro como él para preparar las rosquillas de Acción de Gracias ni los panes de año nuevo. Lo iba extrañar. Irremediablemente con su partida se me iría un pedazo de mi corazón.

Pensé en la abuela. Se sentiría perdida sin su Adolfo, su compañero y amante de toda una vida. No pude contenerme y me apoyé en su pecho para escuchar su relajado respirar. Su calor y su olor me acompañarían por siempre. Le tomé la mano y le dije muy bajito lo mucho que lo amaba.

No era que no tuviera fe, era que la muerte la consideraba algo muy natural. Tal vez era hora de que el comandante Campbell descansara.

—Te amaré por siempre, abuelo.

## *Él*

**L**a petición de Billy Edward de reunirse conmigo me tomó por sorpresa esa tarde, pero le indiqué a mi secretaria que le permitiera acceso a mi despacho. Si quería enfrentarme, conocería quién era yo.

Sin embargo, cuando atravesó el umbral de mi oficina divisé que su rostro no era el de un tipo que viniera en plan de guerra, por el contrario, pude vislumbrar cierta tristeza.

Se acomodó sus espejuelos y me miró con atención después de extender su mano. Lo saludé con cierto recelo porque desconocía sus intenciones.

—Señor Alexander, me atreví pedir una reunión con usted para decirle que el abuelo de Patricia acaba de sufrir un ataque al corazón.

Me imaginé lo que Patricia estaría pasando en ese momento y no pude evitar preocuparme.

—Está grave y ella devastada —continuó Billy—. Creo que Patricia en este momento lo necesita.

Le agradecí y de inmediato dejé mi oficina para pedirle a mi secretaria que cancelara las reuniones hasta nuevo aviso. Justo cuando iba a desaparecer en el interior del ascensor Billy me alcanzó para indicarme el nombre de la clínica.

A mi llegada, un amable enfermero me notificó cómo llegar a cuidados intensivos. Cuando al fin alcancé la sala de espera vi a un hombre de cabello canoso dando vueltas de un lado para otro. Al distinguir su rostro conjeturé que se trataba del padre de Pat. Una hermosa mujer, vestida de médica, trataba de consolarlo.

—Buenos días, ¿sabe dónde puedo encontrar a Patricia Campbell? — pregunté.

La mujer me miró con cierta desconfianza.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre.

—Soy amigo de Patricia. Roig Alexander.

De primera intención no entendí por qué la médica me miraba con rencor. Dejó a un lado al hombre y se dirigió a mí.

—Venga conmigo.

La seguí por el pasillo y cuando estuvimos lo suficientemente a distancia del hombre se giró para enfrentarme.

—¿Qué hace aquí? —me cuestionó con el rostro tenso y sus brazos cruzados a la altura del pecho.

—Vine para saber cómo estaba el abuelo de Patricia.

—Tal vez mi hermana no desee verlo en este momento.

Entonces, aquella mujer era la hermana mayor de Patricia. Recordé que la mencionó en nuestra estadía en Viena.

—Solo quería apoyarla.

—¿Apoyarla? Mire, señor Alexander, es mejor que se marche porque su presencia en vez de bien le hará mucho mal en un momento de tanto dolor para ella.

—Yo... Solo quería —me quedé sin argumento.

La realidad era que mi comportamiento rayaba en lo impertinente. Después de cómo la había tratado en nuestro último encuentro no tenía derecho de estar allí.

—Lo siento —me giré en mis tobillos y caminé por el pasillo en dirección a la salida.

## *Ella*

**L**as enfermeras me alejaron del abuelo cuando las máquinas iniciaron unos sonidos extraños. Me escoltaron a la sala de espera. Al percatarse del incidente vi a Elizabeth correr al interior de la unidad. Tenía tanto miedo que me aferré a mi padre.

—Tranquila, hija.

Al día siguiente enterrábamos al abuelo en el cementerio Lake View al sur de la ciudad. Fue un momento triste en medio de un descomunal aguacero. De pronto cavilé en el hecho de que toda mi vida se había sumido en un caos. Abracé a mi abuela, tan frágil y pérdida. Desde ese día Adele viviría con mi padre y mi madrastra, asunto que la tenía muy desganada, pero sabía que era lo mejor para ella.

A lo lejos vislumbre un milagro y eso me dio ánimos. Mike, mi cuñado, rodeó a mi hermana con sus enormes brazos para consolarla. Luego los gemelos se unieron. No entendía cómo Elizabeth insistía en que ese hombre no la amaba.

Recordé a Roig. Sentí una profunda nostalgia, pero decidí ser fuerte, tal y como el abuelo siempre me había pedido.

Ese día fue la más triste de mi vida. Después del sepelio nos juntamos en la casa de mi hermana para cenar. Mi madre había venido a pasar unos días con nosotras para presentar sus respetos por la muerte del abuelo.

—Que bueno que Mike se haya unido —dijo mamá de forma casual.

Estábamos junto a Elizabeth en la sala de su casa.

—Me pidió que habláramos esta noche —dijo mi hermana sin entusiasmo—. Creo que tiene en mente pedirme el divorcio.

Levanté las manos.

—¿Por qué eres tan pesimista? —pregunté.

—Tal vez quiera arreglar las cosas —intervino mi madre—. Se nota que te ama, sino no estuviera aquí.

Observé a Mike compartir con mis sobrinos en la cocina. Se veía alegre, como si todo fuera como antes.

—Pat, tengo que decirte algo que no había querido porque estábamos en medio de todo el dolor por el abuelo.

La miré atenta.

—Ayer Roig fue al hospital a verte justo antes de que el abuelo falleciera.

El corazón me dio un brinco. ¿Cómo se había enterado? Seguro Billy lo

había puesto al tanto.

—No quería perturbarte. Sé lo molesta que estás con él...

—Creo que deberías agradecerle a ese hombre, Pat —intercedió mi madre, quien estaba enterada de mi historia con el donjuán—. Debe haber sido muy duro cruzar la barrera del orgullo. Así son los hombres, necios y orgullosos.

—La última vez me trató como una cualquiera.

—Se llama despecho y carcome el corazón de los hombres —dijo mi madre—, tanto que termina por arruinar su poca capacidad de raciocinio. No seas orgullosa, Patricia. No pierdes nada con enviarle un mensaje de agradecimiento.

Esa noche, antes de irme a dormir, le tomé el consejo a mi madre y le envié un mensaje de texto a Roig.

Pat:

*“Gracias por ir al hospital. Mi hermana me lo acaba de informar. Espero que pases una feliz Navidad”.*

Cuando pasaron quince minutos y no obtuve respuesta comencé a arrepentirme de mi desliz. Tenía que olvidarme de Roig para siempre. Rogaba porque de un momento a otro mi editor me llamara con buenas noticias, pues la última vez me había llenado de esperanza. Aparentaba ser que una subsidiaria de una editorial muy importante estaba considerando el manuscrito.

# Capítulo Veintidós

*“Se va a Nueva York”*

*Él*

**R**ecibí el mensaje de Patricia en medio de una celebración de familia en casa de mis padres. No pude contestarle de inmediato, pues estaba rodeado por mis primas. Aquellas odiosas no dejaban de emparejarme con sus amigas. Me mostraban fotos y cada una iba describiendo las bondades de aquellas chicas, pero ninguna me interesaba, solo una.

Me divertía su afán en que dejara la soltería. Ya, en la intimidad de mi apartamento le contesté a Pat.

Roig:

*“Lamento mucho la pérdida de tu abuelo”.*

No esperaba que me contestara de inmediato, pero lo hizo al instante.

Pat:

*“Gracias. Ha sido un proceso triste. Más en medio de las celebraciones de Navidad”.*

Roig:

*“Me imagino”.*

Me quedé un rato con el móvil en la mano.

Roig:

*“¿Dónde pasarás despedida de año?”*

Pat:

*“En casa de mi padre. ¿Y tú?”*

Roig:

*“Iremos a Virginia a casa de mis tías”.*

Pat:

*“Espero que la pases bien. Salúdame a tu familia”.*

Roig:

*“Mi madre me pidió que te diera el pésame”.*

Pat:

*“Dile que muchas gracias”.*

Luego de eso dejamos de escribirnos. Una cosa era una tregua en medio de la guerra y otra muy distinta que estuviera dispuesto a perdonarla. Sabía que esa sería nuestra última comunicación.

El ardor en mi garganta y la emoción alojada en mi pecho me hacían entender que la amaba, pero ese amor no era suficiente para confiarle mi corazón. Tendría que aprender a olvidarla.

Tiré mi móvil a un lado y me quedé dormido.

### *Ella*

**E**nero llegó con buenas noticias. Esa mañana me dirigía al centro de la ciudad para una reunión con mi editor. Me sentía muy entusiasmada porque Paul Mestre, mi editor, me había adelantado que había una editorial que quería conocerme.

—Tienes que mostrarte relajada y muy segura —me decía en medio de nuestra reunión—. Ellos, aparte de una escritora, están buscando a alguien que encante a los fanáticos.

—Quiero lectores, no fanáticos.

—Eso piensas tú, Patricia —Se paseaba por su pequeño despacho—, pero las editoriales no piensan de esa forma.

Me tomé el resto de mi café.

—Quieren a alguien que tenga muchos seguidores en las redes y que transmita algo, Pat. Tu libro es una genialidad. ¿Sabes todas las mujeres que se rompen la cabeza diariamente pensando en cómo conquistar a un donjuán?

—Levantó mi libro—. Este será la guía definitiva que acompañará a todas esas chicas.

Hice una mueca mientras pensaba que la genialidad de mis cincuenta y

ocho tesis las había probado con Roig y el asunto terminó en un desastre épico, digno de ser incluido en los anales de la historia.

—Imagino que tu lista de pretendientes debe ser larguísima —dijo Paul.

No quise abundar sobre el tema.

Apoyó sus manos en mis hombros.

—Tienes que entender que ahora que entrarás al mundillo literario tu vida se hará pública.

Aspecto que me había preocupado sobremanera.

Después de eso salimos directo a la oficina de la editorial. Resultó que el grupo de personas que había evaluado el manuscrito se componía de dos hombres y una mujer. Todos ellos del departamento editorial.

—Nos complace conocerla, señorita Campbell —me dijo Edith Mitchell, la editora en jefe cuando me saludó con un apretón de mano frente a la puerta del salón de juntas.

En el interior me recibieron los dos hombres restantes. Tras una serie de preguntas sobre la obra, discutir el adelanto por los derechos —que debo decir que la suma fue mucho más de lo que imaginaba—, establecer las regalías y delimitar las condiciones, estuve a punto de no firmar cuando leí la última cláusula. La editorial exigía mi mudanza a Nueva York antes de que culminara el mes.

Miré a Paul en medio de un enorme dilema.

—Patricia, vamos, firma —dijo mi editor.

Pensé en mi vida en Palo Alto. Mi nuevo trabajo en el centro de animales, mi abuela, mi apartamento, mi familia y, sobre todo, si firmaba el documento jamás tendría una oportunidad con Roig.

—Señorita Campbell, ¿tiene algún problema con las cláusulas? —me preguntó la señora Mitchell.

—¿Por qué tengo que mudarme a Nueva York?

—Mire señorita Campbell —insistió Mitchell—. Como editorial nunca nos arriesgamos a firmar ninguno de nuestros productos por la cantidad de dinero que le hemos ofrecido. Después de que un grupo de lectores leyó los primeros capítulos de su manuscrito, principalmente mujeres, dijeron que lo comprarían porque les parecía genial. Tras la firma del contrato, haremos un lanzamiento promocional a grande escala. La necesitamos en Nueva York lo antes posible porque desde allí será más fácil trasladarla a Europa, Latinoamérica y algunas regiones de Asia, sin descuidar que queremos impactar al mercado de Australia.



Regresé mi atención al documento y con mi mano trémula estampé mi firma. Ya no había marcha atrás. Los aplausos del trío y de mi editor me impartieron confianza. Esto representaba el cumplimiento de mi sueño.

## *Él*

**E**scuchar los sollozos de Pebble mientras bajaba los trofeos de golf de la estantería de mi despacho me exasperaba. Desde que se había enterado de mi despido no hacía otra cosa que llorar. Sentía lástima por ella, pero me dolía verla tan devastada. Susy, mi secretaria, quien había retornado a su trabajo hacía una semana después de su maternidad, también empacaba. La había tratado de convencer de que no entregara su renuncia, pero se había empeñado en decir que si ya no era mi asistente no quería el puesto.

Sabíamos que mi archienemigo Marcos Strauss sería el nuevo CEO.

—Te voy a echar tanto de menos, Roig —se lamentaba Pebble mientras llenaba las cajas. Se sacudía la nariz con el pañuelo de seda que me había regalado la abuela durante la celebración de año nuevo.

—Vas a estar bien. —Trataba de infundirle aliento. En su estado de salud era preferible que no pasara malos ratos.

—Sabemos que Marcos Strauss es un nazi —dijo sollozando.

—Cuando logre estabilizarme en algún otro lugar prometo que te contrataré. —le dije.

Continuamos desmontando la oficina en silencio.

—¿No sabes nada de Patricia? —me preguntó.

—Desde la muerte de su abuelo no he sabido nada de ella.

—Se va a Nueva York —dijo Pebble.

Tensé mi cuerpo.

—Una editorial le aceptó el manuscrito, pero le exige que se mude.

Me quedé sin habla. Ese hecho suponía que la perdería para siempre. Vi que Pebble me miraba con atención e intenté disimular.

—Me alegro por ella.

—Ya que no eres mi jefe me atreveré a decirte esto, no seas necio y corre a buscarla.

Me concentré en los documentos que tenía frente a mí.

—Luego te vas a arrepentir.

Al mediodía Marcos Strauss hizo entrada al despacho como si se tratara de

un rey con un séquito de sus secuaces, pidió hablar conmigo a solas y nos encerramos en la oficina.

Se paseó como dueño y señor del lugar. En cambio, yo me mantuve centrado en continuar empacando.

—¿Y Patricia?

—Era una asistente temporera.

—¿Tienes algún contacto de ella? Ahora que tu secretaria no estará quiero contratarla a ella.

Me levanté de la butaca para enfrentarlo. Estaba harto de su petulancia y le tenía reservada una guerra desde Viena. Lo tomé de la solapa del traje.

—Te diré algo, canalla —dije sin apenas abrir mi boca—. Te puedes quedar con el puesto y con tu arrogancia, pero a Patricia Campbell jamás la tendrás.

Sonrió con sorna.

—Recursos humanos me puede dar sus datos. Nadie se atreverá a negármelos.

Lo solté con asco. Luego lo vi que acarició la superficie del escritorio.

—Aquí, sobre este escritorio, me la cogeré en tu nombre.

La indignación fue tanta que no pude contenerme y le pegué dos golpes en el rostro. Me detuve cuando sus asistentes entraron y nos apartaron. Vi que sangraba por la nariz. Yo también llevé mi parte, pues tratando de esquivarme me golpeó con su codo en una de mis cejas.

—¡Saquen a esta escoria de aquí! —gritó y de inmediato sus alcahuetes me escoltaron a la salida trasera del edificio.

De todo ese espectáculo lo más que me dolía era ver a Susy cargar una de sus cajas tras de mí. Nos tiraron a la calle como si fuéramos un desecho. Y allí, en medio de esa afrenta, recordé que hacía treinta y tres días yo había hecho lo mismo con Patricia.

### *Ella*

—**S**ujétate, *cheri* —me decía Billy por teléfono. Su voz ansiosa me dejaba ver que algún rollo había sucedido en la empresa—. Te tengo la bomba nuclear. Acabado de suceder. Despidieron al gran jefe.

Tuve que sentarme frente a mi escritorio. Le hice señas a Magda, mi compañera en el centro de control de animales, para que cerrara la puerta. La

mujer comprendió y me dejó a solas.

—Fue un espectáculo, Pat. Se rumora que los dos hombres se cayeron a puñetazos en la oficina, pero Roig dominó en la trifulca, aunque me dijo Pebble que Marcos le hizo una cortadura en una de sus cejas.

—¿A qué Marcos te refieres?

—Al nuevo jefe, debes conocerlo, era el director en Viena.

Sabía que la desavenencia de Roig y ese hombre no era solo por el puesto.

—Dicen que por poco destrozan la oficina. Tuvieron que intervenir los de seguridad y hasta escoltaron al jefe al estacionamiento junto a Susy.

Sentí lástima con Susy, aunque no la conocía. También pensé en Pebble. Su situación de salud no aguantaba ambientes de tensión tan lamentable como aquella que Billy acababa de decirme.

—Están diciendo que van a acusar a Roig por los destrozos. Pat, esto es un desastre.

Terminé la llamada con una sensación de tristeza muy grande. Todo comenzaba a derrumbarse. Era como si un terremoto categoría ocho aún estuviera remeciendo mi vida.

Me vi tentada a llamar a Roig, pero desistí por el bien de mi dignidad.

## *Él*

—**S**e va a vivir a Nueva York y no sé cómo retenerla, George.

Ese domingo desayunaba en un bistro cercano a mi apartamento gracias a la invitación de mi amigo.

—Por imbécil —dijo mientras devoraba su sándwich—. Eso te pasa por rencoroso.

—¿Y si no me perdona? La última vez fui un grosero de lo peor con ella. La traté muy bajo. La traté como a una cualquiera. Siento vergüenza de mi proceder.

—Si te texteó para darte las gracias por haber ido al hospital es porque aún siente algo por ti.

—Creo que lo mejor es dejarla ir. Ese ha sido su sueño —dije después de terminar mi café.

—Son dos idiotas. Se aman y se han hecho daño, pero no se perdonan.

George tenía razón, pero no quería truncar el sueño de Pat de irse a Nueva

York a triunfar con sus libros. La amaba y eso me obligaba a no ser egoísta.

—Puedes irte con ella. Ahora que no tienes trabajo...

—No seré el mantenido de una mujer.

—Muy machista tu comentario.

—No es machismo, pero me gusta manejar mi dinero. Me sentiría incómodo.

—Nueva York te ofrece un mundo de posibilidades.

—Me llamaron de una nueva compañía que va abrir aquí y me ofrecieron buen dinero.

—¿Y qué estás esperando?

—Le pedí que me dieran hasta mañana.

George me observó a la cara.

—Ve tras esa mujer, Roig. Ahí está tu felicidad.

Desvié mi mirada. Me encontraba en una encrucijada.

### *Ella*

**L**as despedidas siempre son dolorosas por más festivas que nos empeñemos que parezcan. Ese domingo por la tarde la pasé con mi abuela en casa de mi padre, pues el lunes a mediodía me mudaría a Nueva York. Camile preparó un almuerzo delicioso que pareció ser del agrado de Adele.

—Ahora la enseñaré a cocinar un poco —me dijo la abuela cuando nos acomodamos en la terraza—. No lo hace mal, pero debe mejorar.

Sonreí para mis adentros. Ya se notaba un poco más repuesta de la partida de mi abuelo. Me sujetó las manos y me miró a los ojos con su carita llena de arrugas.

—Te voy a extrañar mucho —dijo.

Al escuchar su confesión bajé la cabeza para que no notara mis lágrimas.

—No sientas tristeza. Yo estaré bien, Patty. —Era quien único me llamaba así en la familia—. Ahora te toca volar a ti, mi mariposa.

Tuve que abrazarla para calmar mi llanto.

En la noche conduje hasta casa de Billy, pues me había preparado una cena junto a varios amigos en común para festejar la firma de mi contrato y mi nueva vida en la Gran Manzana.

—Tengo que ir a visitarte —me dijo mi amigo cuando me entregó un Cosmopolitan—. La última vez que estuve en Nueva York fue una

experiencia única.

Me alegraba que hubiese retomado su relación con Thomas, pues hacían muy buena pareja. Ambos se complementaban muy bien. Pululé entre los invitados y casi a medianoche, cuando todos se retiraron, regresé a mi apartamento para seguir empacando.

Augusta ronroneaba por toda la casa. Era como si supiera que al día siguiente le esperaba un nuevo destino. La tomé en mis brazos, pero después de dos segundos de caricias, maulló, harta de mis mimos. Sonreí y la dejé en su cama.

En eso escuché la alarma de un nuevo mensaje de texto.

Roig:

*“Espero que tengas éxito en Nueva York”.*

Releí el mensaje. Quise llamarlo, pero ya lo había decidido, no alentaría esa relación. Me enfocaría en lo que tenía de frente.

Pat:

*“Gracias”.*

Le contesté de forma parca después de media hora. Para ese momento estaba convencida de que había avanzado mucho en mi empeño de olvidarlo y que era mejor centrarme en mí. Lo de Roig Alexander jamás funcionaría porque una relación sana se basaba en la confianza y él jamás confiaría en mí.

### *Él*

**E**sa madrugaba daba vueltas en la cama. Como buen masoquista había averiguado por internet que el vuelo directo a Nueva York salía a las doce del mediodía. Así que durante toda esa noche me había desvelado buscando las fuerzas para matar a los demonios de mi obstinado orgullo. Buscando algún buen argumento para retenerla, pero qué podía hacer frente a un contrato editorial. Sería una canallada de mi parte pretender retenerla.

Cuando mi móvil sonó a las once de la mañana pensé que esa era mi última oportunidad con Patricia. Tal vez había desistido de tomar ese vuelo.

—Roig... —La voz de mi madre me desalentó.

—Hola —dije con desgano.

—Hijo, acabo de enterarme que Patricia deja California.

—Si, tiene un nuevo trabajo en Nueva York.

—Escúchame muy bien, Roig Alexander. —Mi madre pocas veces había empleado un tono tan dominante—. No dejes que se vaya. Ve a buscar a esa chica.

—No puedo retenerla.

—¿Cómo que no puedes retenerla? Tus hermanas van a buscarte en este mismo instante. ¡Ve con ellas al aeropuerto de inmediato!

### *Ella*

La fila de cotejo era descomunal. Nunca hubiese imaginado que tantas personas viajarían a Nueva York a finales de enero. Elizabeth me ayudaba con el equipaje. Al menos ya habíamos entregado la jaula de Augusta en el área donde abordaban los animales. Alan tuvo que inyectar a la pobre para que soportara las horas de vuelo.

Miré mi reloj y me percaté que faltaban menos de quince minutos para salir. Antes de cruzar la línea de cotejo me giré hacia mi hermana y no pude evitar el llanto. El momento más triste de mi partida había llegado.

—Enana, dime que estarás bien —me dijo.

—Sabes que sí.

—Ve a cumplir tu sueño, Patricia Campbell —me abrazó.

—Te voy a extrañar.

—Sabes que yo también.

—Te quiero.

El guardia de la fila me apuraba.

—Te quiero más —me dijo Elizabeth con su mano extendida. Me lanzó un beso a distancia y luego de eso la perdí de vista.

No me consideraba una romántica sin remedio, pero al caminar hacia la puerta de abordaje juro que anhelé escuchar la voz de Roig a mis espaldas. Ese solo instante lo hubiese cambiado todo.

—Señorita, su boleto —la voz de la chica del registro hizo que me espabilara.

## *Él*

**P**arecía un demente corriendo por los pasillos del aeropuerto de Palo Alto. Milagrosamente no me detuvieron por sospecha de terrorismo. Agradecía que mis hermanas me hubiesen llevado hasta allí y que no tuviera que buscar estacionamiento.

Desde el momento en que ese par me hostigó en mi apartamento para que hiciera desistir a Pat intentamos comunicarnos a su móvil sin resultado alguno.

—¿El vuelo 205 con destino a Nueva York ya salió? —pregunté en el área de información.

—Están abordando —me dijo un joven.

—Gracias.

Me dirigí al pasillo que me indicó, pero al intentar convencer a los de seguridad para que me dejaran pasar, me detuvieron. Quizá mi comportamiento les hizo sospechar. Intenté decirle que la mujer de mi vida iba a tomar ese avión y tenía que detenerla, pero no me creyeron, así que me dirigieron a una oficina cercana para interrogarme.

Una hora más tarde me soltaron gracias a que mi padre intervino.

De regreso a casa me di por vencido y tan pronto mis hermanas salieron por la puerta de mi apartamento comprendí que tenía que seguir adelante.

—Sí, habla Roig Alexander —dije a través de mi móvil—. Aceptaré el puesto de trabajo.

—Bienvenido a bordo —escuché a mi nuevo jefe decir.

## Capítulo veintitrés

*Un mes después...*

*Ella*

Ver aquel conglomerado de personas frente a mí en medio de la librería Barnes and Noble, en pleno corazón neoyorquino, me hizo recordar todo lo que había sacrificado por estar allí. El Manual de Seducción se convirtió en *best seller* mundial apenas unas semanas después de su lanzamiento. Me llovieron entrevistas en radio, prensa y televisión. Y se juntaron visitas al exterior.

Ese desenfreno laboral me había ayudado a no pensar tanto en Roig y en mi familia, y a medida que pasaban los días iba poco a poco acostumbrándome a esa nueva vida. Incluso, mi editor se había encargado de cambiar mi número de móvil para, según él, evitar las distracciones. Estaba segura que intuía que mis nostalgias repentinas se debían a algún asunto sentimental, así que se aseguró de que no tuviera perturbaciones.

De igual forma, una chica manejaba mis redes sociales y me hacía un resumen diario de los asuntos más importantes. En realidad, con la agenda tan comprometida que tenía no podía encargarme ni de mí misma. Solo sacaba el tiempo necesario para los mimos requeridos de Augusta. Me entristecía cuando la tenía que dejar cuidando, pero no tenía otra opción.

A treinta días de iniciar aquella locura había visitado tres países, pero ya me había convencido de que esa vida glamorosa no llenaba ese vacío que sentía mi alma. Con el éxito llegaron los chismes mal intencionados y los periodistas con exclusivas. Desde acusaciones de que era feminista, de que rebajaba al sexo masculino, hasta difamaciones sobre mi supuesta escandalosa vida sexual.

Estaba deseosa de que toda esa vorágine promocional se detuviera para poder dedicarme a lo que más amaba, escribir. No pedía mucho, un apartamento pequeño, con un buen café, música de Enya de fondo y los ronroneos de Augusta.

Lo que sí me llenaba era el cariño de mis lectores, pero eso pocas veces la editorial me lo permitía experimentar.



—¿Puede dedicárselo a mi hermana? —me dijo un chico que llevaba tiempo esperando en la fila.

Su pregunta me ayudó a salir de mi reflexión y concentrarme en lo que tenía de frente, una fila interminable de lectores ansiosos por mi dedicatoria.

—Por supuesto —le sonreí al chico y nos tomamos un selfie. Asunto que a la señora Mitchell la sacó de sus casillas.

Un sinfín de veces me había llamado la atención por mis acercamientos con los lectores. “No puedes permitir que se te acerquen demasiado. No sabes sus intenciones. Además, debes cuidarte de las fotos. Una pose inconveniente y serás el hazmerreír de todos”.

Paul, mi editor, me sonreía desde una esquina de la librería. Me imaginaba que iba calculando sus ganancias a medida que la fila avanzaba.

—Quiero que me dedique uno a mí —fui incapaz de levantar la mirada de inmediato.

Pensé que mi traidora memoria me estaba jugando sucio. Un temblor me recorrió como si se tratara de un corrientazo. Esa voz me trastornó igual que la primera vez que la escuché en el salón de la empresa cuando al fin Roig advirtió mi existencia.

Se me secó la boca.

Tomé el bolígrafo entre mis manos trémulas para estampar mi firma. Me sentí un poco atolondrada, pero no levanté la mirada para no llevarme una desilusión.

—¿Su nombre? —intenté fingir que no estaba conmocionada.

—Usted debe conocerme muy bien, señorita Campbell. Fue conmigo que probó esas cincuenta y ocho tesis —su voz aterciopelada me torturaba—. Debo admitir que se confirmaron una por una sus teorías porque he venido hasta Nueva York a verla.

Me encontré con esos ojos negros que tanto me gustaban.

—¿Cree que después que autografie mi libro podemos tomarnos un café? Tenemos mucho de que hablar.

Le sonreí. Su ingenio me hacía la mujer más feliz de la tierra.

—Tendrá que esperar. La fila...

—Por usted vale la pena esperar una vida entera.

¿De dónde había sacado aquel tono poético? Me guiñó un ojo y desapareció entre la multitud tan pronto estampé mi firma en el ejemplar que le correspondía.

## Él

La conquistaría de nuevo; ese era mi único objetivo con aquel viaje relámpago hasta Nueva York. Esos treinta días me habían servido para darme cuenta cuanto la amaba. En principio pensé que con un poco de fuerza de voluntad la olvidaría, pero fui un iluso, a medida que avanzaba el tiempo mi vida se convirtió en un infierno. Por eso, a la primera oportunidad en mi nuevo trabajo, tomé un avión directo a Nueva York. Fue difícil acceder a ella, puesto que la editorial se negó a darme datos del hotel donde se hospedaba, así que no tuve más remedio que esperar a esa actividad promocional.

No sabía con certeza qué estaba haciendo allí. Tal vez no me perdonaría por mi imprudencia la última vez, pero intentaría convencerla de que la amaba. Existía la posibilidad de que borracha de fama me despreciara y me dijera a la cara que no quería nada conmigo, que prefería ser la estrella del momento dentro del mundo de las letras. Apostaba a que al menos escucharía lo que tenía que decirle.

Esperé en la fila más de media hora mientras me extasiaba con su hermosura. No había perdido esa gracia en su trato con la gente y me agradaba su alegría cada vez que se fotografiaba con sus lectores, en su mayoría chicas entusiastas y agradecidas con su manual.

En medio de la multitud pensaba que ese libro contenía parte de mí, pues fue conmigo que Pat intentó probar sus teorías. Y allí andaba yo, loquito por esa mujer de cabellera castaña. Sí, lo había logrado, consiguió sacar del mercado al peor donjuán de todo Palo Alto. Solo la quería a ella.

Tras ese encuentro inicial me quedé en una esquina viendo la dinámica hasta que el gentío fue mermando. Me miraba de vez en cuando, pero tan pronto era descubierta por mí, disimulaba. Después de dos horas de espera, justo cuando me le iba a acercar, un grandulón me detuvo.

—Necesito a hablar con la señorita Campbell —dije al levantar mi mirada hacia la cara del tipo. Cruzó las manos a la altura del pecho. Calculé que tenía como dos metros y un poco más en estatura, sin dejar al lado sus músculos.

—No puede atenderlo en este momento.

Vi que otro hombre se le acercó a Pat para darle instrucciones en el oído. Ella movió la cabeza para darle una respuesta negativa. En eso una mujer también intervino.

—Tiene que marcharse —insistía el grandulón.

No quería dañarle el evento a Patricia, pero sentía que, si la dejaba ir esta vez, no lograría arreglar las cosas con ella.

Pat hizo varios gestos con sus manos. Se notaba molesta. La vi avanzar hacia mí. Quedé impactado cuando tomó mi mano y me dijo:

—Sácame de aquí.

No lo dudé ni un momento. Corrimos fuera de la librería bajo un tremendo aguacero, solicitamos un taxi y nos escapamos.

### *Ella*

**E**n contra de todo buen juicio desafié a Paul y a la señora Mitchell. Eran incapaces de entender que necesitaba media hora para tomarme ese café con Roig. Entendía la agenda y no hubiera querido que los compromisos se trastocaran, pero él estaba allí. Había tomado un avión para venir a verme, y muy por encima de mi orgullo y mi estrenada fama, ese hombre era el amor de mi vida y ya no estaba dispuesta a negarme a mí misma una posibilidad con él, por eso me escapé.

En el interior del taxi intentamos secarnos un poco. Evitaba mirarlo porque temía de mis propios instintos. El conductor nos dejó frente a un café cercano.

—Espero que esto no te traiga problemas —me dijo cuando al fin pudimos ocupar una de las mesas.

—No voy a pensar en eso por ahora —le sonreí—. No sabía que fueras lector.

—Si el Manual de Seducción tiene que ver conmigo, debo leerlo, ¿no crees?

Bajé la mirada con un poco de vergüenza.

—Espero que me hayas perdonado por eso —dije.

Roig me tomó la barbilla para que lo mirara. Momento que aproveché para acercarse a mi rostro.

—Aprendí a no ser rencoroso. —Se acercó un poco más—. Espero que tú me hayas perdonado también. Las cosas que te dije...

—Todo está olvidado, Roig. —Anhelaba ese beso que no llegaba.

Nos apartamos un poco y nos mantuvimos en silencio mientras la camarera acomodó los cafés.

—Fui al aeropuerto a buscarte —dijo y me quedé helada—. No llegué a

tiempo porque los de seguridad me detuvieron. Por poco me envían a prisión.

—Roig...

—Déjame explicarte. He sido un idiota cegado por mi orgullo. Estaba dolido y tenía miedo de aceptar que te amo, Patricia Campbell, y que eres la mujer de mi vida. Siento cómo me comporté y de verdad espero que me perdones.

Le tomé la cabeza entre mis manos para besarlo porque ya la ansiedad de poseer su boca me estaba matando.

—Yo también necesito tu perdón por mi engaño—dije—. Te amo, Roig.

Nos besamos de nuevo. Esta vez el beso tomó otro matiz y cuando nos dimos cuenta de que todos al nuestro alrededor nos observaban soltamos sendas carcajadas.

—Quiero hacerte el amor. —me dijo al oído—. Me siento incapaz de esperar.

Lo tomé de la mano y salimos de allí a toda prisa. Tuvimos los preliminares en el taxi de camino a su hotel y cuando llegamos poco nos faltó para desnudarnos en el ascensor. Las ansias nos nublaban el sentido y el decoro. Alcancé ver a varias personas mirarnos con espanto.

—Estamos dando un espectáculo —le dije entre risas.

—Espectáculo es el que vamos a dar cuando llegemos a la habitación, cariño.

En el interior nos consumimos con ansias. Fue extraordinario observarlo cuando me dio placer con su boca. Quería contenerme, pero no podía. Roig intentó dominarse, sin embargo, al sentir mi deseo y mis gritos, fue incapaz.

Volamos juntos a ese instante que no se puede retener. Terminamos bañados de sudor en la cama con nuestros rostros saciados.

—Me gustó mucho más cuando me tomaste en la boda de tu hermana —confesé al rato—. Ese instante no lo puedo olvidar.

—Pues esta vez no será sublime, Patricia —sonrió con malicia.

—No quiero que lo sea.

Me tomó de las muñecas y volvimos a empezar.

### *Ella*

“La escritora del libro *Manual de Seducción* es vista con su amante en los pasillos de hotel Park Hyatt”, “Candente escena en un café”, “Escritora

novel ofrece espectáculo en pleno corazón neoyorquino”. No salía de mi asombro ante los titulares de aquellos periódicos amarillistas. Paul daba vueltas de un lado para otro en su nuevo despacho ubicado en Manhattan. Me había citado allí muy temprano para discutir mi futuro como escritora.

—Es que no me explico cómo pudiste, Pat —decía dejando ver lo cabreado que estaba—. Lo dialogamos. Te advertí que no te fueras con ese hombre. Los periodistas te harían papilla y mira el desastre que has provocado. La editorial no te perdonará este escándalo.

Me arrellané en mi silla sin ningún argumento. Mi silencio fue mi mejor defensa. No me arrepentía de nada, pues durante la noche anterior fui la mujer más feliz sobre la tierra. Despertar con ese hombre a mi lado fue la mayor recompensa. Llevaba semanas sintiéndome muerta.

Sabía que Roig, quien estaba afuera, escuchaba los gritos y reclamos de Paul.

—¿No te das cuenta del daño que has ocasionado?

—Tampoco soy una inconsciente.

—¿No lo eres? Te metes en un café en pleno Nueva York y prácticamente tienes sexo con ese tipo en los pasillos de un hotel...

—¿Un beso y un par de gestos cariñosos? ¿Todo esto por una demostración de afecto? —Intentaba minimizar el desastre. Levanté los periódicos del escritorio—. ¿Es que acaso los escritores no se enamoran y tienen sexo?

—No entiendes, Pat. Nos has arruinado.

En eso sonó el intercomunicador sobre el escritorio de Paul.

—Señor, la señora Mitchell acaba de llegar —anunció su secretaria.

Hice un mohín de incomodidad. La fiera Mitchell terminaría por devorarme. Adiós contrato editorial.

—¡Oh, querido, mira esto tú mismo! —La vi entrar tan entusiasta, con unos papeles en sus manos, que me confundí.

No se suponía que viniera a acabar con mi carrera. La cara de mi manejador se transformó en regocijo, soltó un grito al leer los papeles y se abrazó a la señora Mitchell.

—Querida, fue extraordinaria esa estrategia de verte con ese hombre —me dijo Mitchell y me besó ambas mejillas—. Se han triplicado las ventas del libro en las últimas horas. Ha sido un éxito.

Me mantuve quieta, sin entender del todo.

—Pat, salvaste las ventas —dijo esta vez Paul—. Tenemos que retomar la

agenda. Esta tarde Fox News, el programa de Ophra, Jame Leonord en la radio...

Dejé de escucharlo. Me centré en lo que en realidad deseaba. Quería retornar a casa con Roig.

### *Él*

**P**atricia llevaba encerrada dos horas con aquellos imbéciles. Comenzaba a llenarme de ansiedad. Me arrepentía de haberla ido a buscar. Mi presencia solo le había ocasionado un gran problema. Perdería su contrato editorial.

La amaba tanto que no me perdonaría si por mi imprudencia le tronchaba su carrera. La vi salir de la oficina con una enorme sonrisa.

Me abrazó con entusiasmo y me dijo al oído.

—Llévame a casa.

—Patricia, ¿estás segura?

—Es lo que más deseo.

Le tomé la palabra y nos marchamos. Durante el trayecto a su apartamento me informó que buscaría un mejor contrato con la misma editorial en donde no se requiriera su presencia de manera tan continua y en el que pudiera vivir en Palo Alto.

—Cásate conmigo —le dije antes de entregarme cuando le hacía el amor aquella tarde—. Dime que sí.

—¡Oh, sí, Roig!

—Dilo.

—Quiero casarme contigo.

Fue el último instante de lucidez que tuvimos porque después nos entregamos a ese intervalo de placer, motor del mundo.

# Epílogo

*Dos meses después...*

*Él*

**E**ra incapaz de entender por qué George tenía cara de atribulado cuando Ted y James me ayudaban a vestirme con mi etiqueta nupcial. Estábamos en casa de mis padres, pues esa tarde contraería matrimonio con Patricia en los jardines de la mansión Alexander.

—Debes calmarte, George —dije—. Todas las chicas de Palo Alto serán para ti solito de ahora en adelante.

Eso porque Ted y James ya habían conseguido pareja.

—Me quedaré solo en los clubes. ¿A quién voy a llamar cuando tenga un problema?

—Sigo teniendo el mismo número de móvil —dije mientras Ted me acomodaba la corbata y James me ponía la chaqueta.

—Hoy muere la leyenda —me dijo Ted y me palmeó el rostro—. Por fin llegó la mujer para ponerte en cintura, donjuán.

—¿Serás capaz de acostarte con una solamente? —preguntó James. De los cuatro era el menos juicioso. Solíamos decir que el pobre nació sin filtro para decir las cosas—. Eso es aburrido. Quisiera ser un jeque árabe para tener un harén.

—A la primera ronda de sexo huyes —bufé—. Eres hombre de una sola mujer, James.

Todos rompimos en risa.

—Con ese bombón de mujer que se gasta Roig no tendrá que fijarse en otra —dijo Ted. Como buen psicólogo se aseguraba de convencerme.

—Sabe que Patricia es capaz de castrarlo —comentó George mientras servía unos tragos.

Sonreí, no les confesaría que esa mujer era demasiado ardiente. Tanto que a veces me costaba llevarle el ritmo. Era como si jamás se saciara. Obvio eso me fascinaba. La noche anterior nos habíamos prometido no tocarnos hasta después de casados. Fue un voto para llegar a la luna de miel con mayores bríos. Fuimos muy ilusos porque ya en el desayuno lo estábamos haciendo

sobre la encimera de nuestra recién estrenada casa.

—Roig, tiene cara de depredador sexual —añadió James.

—Chicos, los voy a extrañar —dije.

—No te vas de Palo Alto —dijo Ted.

—Pero ya no podré irme de juerga con ustedes. A Patricia no le hará ninguna gracia.

—Una noche de chico al año no hace daño —dijo James—. La dejas a ella disfrutar de una noche de chicas.

Tan solo imaginarme a Patricia en un club rodeada por algunos lobos rapaces me enfermó. No lo toleraría. Era preferible no pensar en eso.

Unos toques firmes en la puerta anunciaron que había llegado el momento.

### *Ella*

—*Cheri*, estás más hermosa que nunca —Billy me recibió frente a la mansión Alexander junto a mi hermana y mis sobrinos.

Me agradó ver a mi cuñado Mike y saber que ya habían arreglado las cosas. Todo el asunto era que el pobre experimentaba problemas con su potencia sexual y se sentía avergonzado por no poder complacer a una mujer tan joven y hermosa como mi hermana. Aparentaba ser que Elizabeth lo resolvió de inmediato porque ahora tenía una sonrisa perenne en su rostro. Se veían más compenetrados.

Mi padre ayudó a mi madre a bajarse del auto en el que viajamos y ese gesto de cortesía me agradó. Al final habían zanjado sus diferencias, aunque la muy astuta aún no presentaba a su novio cuarentón ante la familia.

Eché de menos a la abuela, pero por su edad y su estado de salud era preferible que se mantuviera bajo el cuidado de la enfermera. Caminé entre mi familia hacia el jardín.

Un leve temblor me recorrió cuando vislumbré a Roig de espalda frente al cura. Aspiré todo el aire que me fue posible, me aferré al brazo de mi padre y caminé al altar. Las sonrisas de las mujeres de la familia de Roig me alegraban. Era como si todas celebraran que el playboy por fin sentaría cabeza.

Cuando Roig me tomó la mano sentí que temblaba. Se veía tenso, nervioso, aunque trataba de disimular.

—¿Estás bien? —le pregunté antes de que iniciara la ceremonia.



—Ansioso porque acabe todo para disfrutar de la luna de miel —me dijo entre dientes.

Sonreí ante sus ocurrencias.

La ceremonia fue corta y amena, y luego de que el sacerdote nos declarara marido y mujer, Roig me dijo:

—La gitana de Viena tenía razón después de todo.

—Mis cincuenta y ocho tesis se probaron una por una.

—No fueron tus tesis las que me sedujeron —dijo.

—¿Y entonces qué fue?

—Tu trasero.

Le pegué un manotazo en el hombro, pero luego lo besé.

### *Él*

**L**a presión de la ceremonia vino cuando vi a mi hermana mayor y a mi cuñado levantar una especie de soga blanca para atarnos a Patricia y a mí en un símbolo eterno. Era el fin de mi carrera como donjuán, pero el inicio de una hermosa vida junto a la única mujer que había amado.

—Te amo —le dije en el interior de la limusina que nos llevaría a la celebración—. ¿Alguna vez lo has hecho en medio de tu boda?

Comenzaba a meter mi mano bajo su vestido. La vi ponerse nerviosa y eso me llenó de un intenso deseo.

—Nunca me había casado —me dijo, coqueta.

—¿Y qué tal si nos dejamos llevar?

Sentir su mano en mi excitación me produjo una sensación deliciosa. Jamás lo había hecho en el interior de la parte trasera de una limusina.

—Roig...

—Dime, cariño —le dije cuando se acomodó encima de mí. Ya había perdido sus bragas.

—Te amo.

—Soy todo tuyo, Patricia Campbell. Solo tuyo.

*Cinco años después...*

### *Él*

—Te dije que este día llegaría, Roig —me decía Erika a través del móvil con su voz maquiavélica—. No cuentes conmigo para cuidar a tus tres hijos.

—Escúchame, hermana. Te lo ruego. Necesito una noche, solo una noche con Pat.

—Ahora entiendes por lo que pasamos Ethan y yo.

Era cierto, necesitaba una noche en donde no tuviéramos la presión de los niños. Necesitábamos hacerlo en la cama, en la cocina, en la sala, sin miedo a que alguno de los renacuajos nos descubriera.

—Una noche. No te pido más —insistí con la bruja.

—¿La llevarás a cenar?

—Claro.

Mentira. Tan pronto dejáramos los niños le daríamos rienda suelta a nuestra lujuria.

—Está bien —dijo al final y suspiré con alivio—. Pero por favor, cuando quieras un revolcón con tu mujer, no me mientas.

La arpía colgó sin darme tiempo a refutarle.

En eso Pat entró a nuestra habitación con el más pequeño de la familia en brazos. Max era un bebé hermoso, el benjamín de la familia. Luego, Stacy, la mayor, y Briana, mi segunda hija, invadieron mi cama con su característica algarabía.

—¿Qué te dijo tu hermana?

—Logré convencerla.

Vi cómo se le iluminaron los ojos.

—Niñas, ¿qué tal si se quedan un fin de semana en casa de la tía Erika? —les pregunté. Stacy, con cuatro años de edad, entendió la propuesta, pero imaginé que Brina, con tan solo dos años, levantó sus bracitos por imitar a su hermana.

Comenzaron a brincar en el colchón con entusiasmo.

—¿Un fin de semana? —preguntó Pat con incredulidad—. ¿Cómo lo lograste?

—Le dije que era solo un día, pero no pienso ir por ellos hasta el domingo.

—Roig...

—¿No quieres jugar conmigo? —le pregunté, coqueto.

—¿A qué jugaremos? —dijo con voz seductora. No había perdido su habilidad para seducirme.

—A papá y a mamá. Te enseñaré de dónde vienen los niños. —Le besé la nuca—. Te mostraré que no los trae una cigüeña.

—¿No? —preguntó con fingida inocencia.

—No, pero te gustará. Lo sé.

Le guiñé un ojo y me dediqué a jugar con mis hijas en medio de una guerra de almohadas.

### *Ella*

**H**icimos el amor durante toda la noche. Debíamos aprovechar que los niños estaban bajo el cuidado de mis cuñados. Me relajé sobre el pecho desnudo de Roig cuando culminamos nuestro maratón amoroso. Me sentía plena con el hombre amado, mis hijos y mi familia, sin dejar de lado mi fase de escritora.

Faltaba poco para lanzar mi cuarto libro; Manual para mamás. La editorial con la que trabajaba ahora entendía mis prioridades y, más que tener una vida glamorosa, cuidaban mi imagen como mujer de familia. Hacía dos años que Roig había adquirido una empresa en Palo Alto y se dedicaba al diseño de programas. Al final Billy se convirtió en su mano derecha, y junto a Susy y Pebble conformaban una exitosa empresa de la cual todos recibían dividendos.

Dos veces al mes me presentaba al centro de control de animales a prestar mis servicios voluntarios y continuaba asistiendo a mis reuniones del Club 4H. Hacía más de dos años que había recibido noticias de Ralph. Me alegró saber que al final se casó con una panameña y se quedó viviendo en ese país de forma permanente.

Por su parte, mi madre no se casó con su novio cuarentón, al final optó por quedarse sola y dedicarse a viajar con un club de retirados. Mi hermana y mi cuñado parecen disfrutar de una segunda luna de miel, y ya los gemelos culminaron sus respectivos bachilleratos. La abuela Adele había fallecido hacía un año. Un momento muy doloroso para toda la familia.

De todo, lo más que lamentaba era que mi amiga Ariana hubiese acabado internada en un hospital psiquiátrico después de atentar contra su vida en múltiples ocasiones.

—Espero estés pensando en mí —me dijo Roig al ver mi actitud reflexiva.

—Egoísta.

—Te demostraré lo egoísta que soy cuando se trata de ti.

Me acomodó sobre él e iniciamos una nueva danza.

—Quiero escucharte, Patricia.

—Roig, soy tuya.

—Esta noche no tienes que inhibirte. Los niños no están. Quiero que te entregues por completo. Me vuelven locos tus gritos cada vez que...

—Te amo, Roig.

—Yo más. Voy a dártelo todo, Pat. Todo.

Definitivo, no hay un manual para el amor, solo hay que vivirlo, sin miedos, ni remordimientos, ni rencores, ni orgullo, simplemente entregarse por completo.

—*Fin*—

Saludos queridos lectores:

Gracias por darme la oportunidad de presentarles la historia de Patricia y Roig. Otra historia que he disfrutado muchísimo al escribirla.

Me gustaría que dejaran su comentario en Amazon porque me ayuda a mejorar y a reforzar lo que les ha gustado. Para eso pueden pulsar el siguiente link: <http://relinks.me/B074G13F5F>

Los comentarios de nuestros lectores son una extraordinaria forma de apoyarnos.

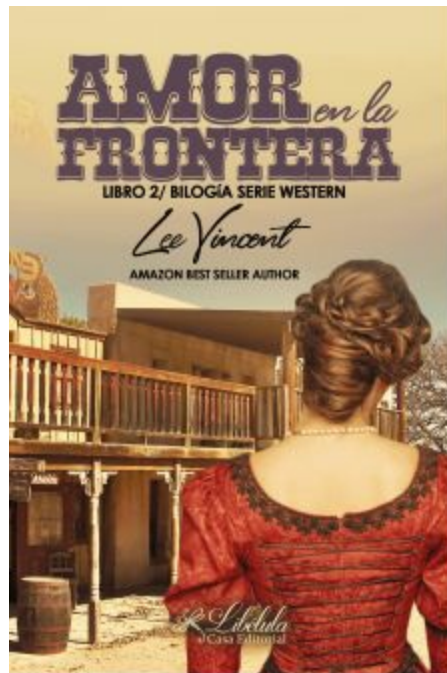
De otra parte, si les ha gustado la obra, compartan su experiencia con otros y anímenlo a adquirirla. También eso nos ayuda para que otras personas nos conozcan.

No quiero despedirme sin decirles que estos pasados meses los he dedicado a hacer de esta novela una buena historia, cuyo último fin era que se divirtieran. Y con honestidad, espero haberlo logrado.

Gracias por dejarme entrar en su imaginación. Hasta la próxima historia.

Reciban un caluroso saludo de mi parte,

The image shows a handwritten signature in black ink that reads "Lee Vincent". The signature is written in a cursive, flowing style.



**Amor en la Frontera**  
**Libro 2/ Bilogía Serie Western**  
**Octubre 2017**

¿Podrán Heather y el vaquero Luke Montana reunirse de nuevo?  
¿Habrà sido la rendición y ajusticiamiento de Richard Perkins?  
Un nuevo pueblo, una nueva vida y un nuevo hombre le espera a Heather  
en esta segunda y última parte de Amor en la Frontera.



## En ruta al destino

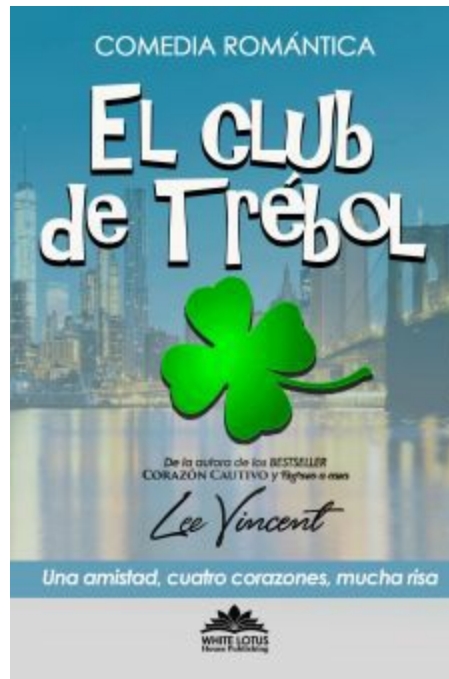
Cuando Lara Mackenzie dijo con voz firme frente al altar del pueblo de Walden: “No, no acepto”, jamás imaginó que esa frase le diera a su vida un giro inesperado que la colocaría frente a un enigmático y apuesto hombre.

Nick Jacob lo menos que necesitaba era una mujercita que viniera a meter las narices en su vida, pero esa noche de invierno el destino se empeñó en traerla a las puertas de su rancho en Montana.

Dos desconocidos que lucharán para no ceder y aceptar que el fogonazo de la atracción los impactó desde el primer momento.

Un hombre que se ha refugiado en su soledad, una mujer determinada en no ceder a lo que siente, un desafortunado incidente que abrirá un abismo insalvable entre ambos. ¿Lograrán darse una oportunidad? ¿Cuánto estarías dispuesto a perdonar por amor?

Disponible en formato digital y en papel: <http://relinks.me/B071LDWW4J>



## El Club de Trébol

Trébol jamás imaginó que un viaje junto a sus tres amigas le cambiaría la vida para siempre. Solo le bastó conocer al irresistible Liam Farrell, un hombre extremadamente sexy y fanfarrón, para descubrir que a veces el amor se presenta como una trampa.

¿Podrá Trébol resistirse ante un Liam Farrell decidido a conquistarla?

Acompaña a este club de amigas en varias situaciones caóticas que te harán morir de la risa. ¿Te gustaría ser parte de El Club de Trébol? Requisitos: Estar desajustada mentalmente y tener unas ganas intensas de vivir.

Disponible en formato digital y papel: <http://relinks.me/B01M2XHPL2>





## Regreso a casa

¿Qué harías si el destino te pone cara a cara con tu primer amor? Eso es lo que le sucede a **Claire Roberts** cuando un inesperado suceso la obliga a regresar a casa de su madre después de siete años. Allí tendrá que enfrentarse a sentimientos que creía enterrados, al rechazo despiadado de su madre, a varios secretos dolorosos, y al gran amor que aún siente por **John Curtis**, un apuesto granjero, obstinado en seducirla y que no escatimará esfuerzos en reconquistarla.

En medio de ese torbellino de emociones, Claire se verá involucrada en una red de corrupción gubernamental, bajo la amenaza de un enemigo que se jugará todo con tal de preservar su poder, y un hostil adversario que no escatimará esfuerzos hasta ponerla frente a frente a la muerte.

¿Lograrán John y Claire anteponer las viejas heridas y el falso orgullo que los caracteriza para que el amor resurja? ¿Serán capaces de reencontrar el camino? ¿Sobrevivirá su amor entre tanta adversidad? Una historia recreada en el hermoso estado de Kansas, donde el amor, el perdón y la redención serán protagonistas.

Disponible en formato digital y papel: <http://relinks.me/B01JJRMIBI>



## Corazón Cautivo: Una pasión tan candente como el desierto

¿Alguna vez has sentido una pasión tan cadente como el mismo desierto? Esto es lo que **Rania Manzur** experimentará cuando se vea obligada a viajar a **Badra**, un país en el corazón de **Medio Oriente**, para cumplir una promesa hecha hace casi veinte años, ser la princesa de un reino de costumbres milenarias. Lo que no pudo prever es que quedaría cautiva del heredero al trono, el príncipe **Abdul Alí Al Salim Arafat**. Un hombre que se valdrá de todo con tal de retenerla. Presa del canto de las dunas y de los místicos paisajes del desierto ¿Rania será capaz de escapar del amor, la pasión, el odio y la traición?

¿Aprenderán a amarse?

Su amor tendrá que batallar contra varios enemigos motivados por la ambición de poder y por las ansias de verlos separados. Un reino amenazado por un adversario sin rostro, un secreto que no debe ser descubierto y un hecho del pasado que puede destruir un corazón. Para lograr salvar el reino, el amor de ambos tendrá que imponerse ante la adversidad. ¿Lo lograrán?

Disponible en formato digital y papel: <http://relinks.me/B01AYCJFMM>

## **Datos de la autora**

**LEE VINCENT** es una escritora independiente que desde muy temprana edad se hizo aficionada a la novela romántica, relatos autobiográficos y del género de la ficción. Estudió relaciones públicas y publicidad, lo que le ha permitido desarrollar su pasión por la escritura de novelas y relatos cortos. Actualmente cursa una Maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón en San Juan de Puerto Rico.

Cabe destacar que la autora creó su propio sello editorial con el nombre White Lotus House Publishing, bajo el cual publicó su primera novela *Corazón Cautivo* (2016), obra que en sus primeros 30 días de lanzamiento logró colocarse #1 en ventas en Amazon en las categorías Romance, Contemporáneo y Suspense.

Entre sus otras historias se encuentran *Regreso a casa* (agosto 2016), y *El club de Trébol* (comedia romántica, (Octubre 2016), *Amor en la Frontera* (primera entrega de la serie Western- Febrero 2017), *En ruta al destino* (Junio 2017), y *Manual de Seducción* (Agosto 2017). En octubre 2017 publicará la parte final de *Amor en la Frontera*.

En la actualidad vive con su esposo, sus dos perros y su gata en un pueblo del noreste en su natal Puerto Rico.

### **CONTACTO DE LA AUTORA:**

Email: [leevincentauthor@gmail.com](mailto:leevincentauthor@gmail.com)

Twitter: [@AutoraVincent](https://twitter.com/AutoraVincent)

Facebook; Lee Vincent (Escritora)

“Para mí es muy importante saber de ti, querido lector.  
Por eso, no dejes de contactarme”— Lee Vincent

